



LUCES, SOMBRAS Y ROCK & ROLL

LUNATIC
Wolf

KELLY DREAMS



Lectulandia

Radu Alezandru supo que la guerra había llamado a su puerta en el momento en que se vio obligado a rescatar a su propia compañera. Los conflictos ocurridos en los últimos meses al otro lado del océano habían traspasado sus fronteras y estaban sembrando el caos en territorio europeo. Ahora ya no se trataba solo de ayudar a su príncipe a encontrar la mujer que constituía la esperanza de su raza, sino de mantener a los enemigos a raya y a su compañera lo suficiente cerca para no perderla.

Judith Stevens supo que su vida había cambiado para siempre en el momento en que él la salvó. Durante toda su vida le habían dicho que él aparecería, que la complementarían como ningún otro; su alma gemela... Quizá deberían haberle advertido también que dicho hombre era en realidad un lobo y el alfa de Praga.

Unidos bajo una lluvia de adversidades, deberán descubrirse mutuamente y aprender a confiar el uno en el otro antes de que la muerte se interponga en su camino o en el de aquellos que han jurado proteger.

Lectulandia

Kelly Dreams

Lunatic Wolf 1

Luces, sombras y rock & roll

American Wolf - 5

ePub r1.0

Titivillus 03.11.2017

Título original: *Lunatic Wolf 1*
Kelly Dreams, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A **Carolina Castillo** y **María Rivera**, gracias por estar ahí, por echarme una mano cuando lo necesito y querer a mis lobos tanto como yo.
A mis **Facebookeras**, no os puedo nombrar a todas porque necesitaria otro libro para ello, solo puedo daros las gracias por estar día a día ahí, por apoyarme de la manera en que lo hacéis, por ser más mi familia que solo lectoras y por tantas y tantas cosas que hacen que merezca la pena dedicar cuerpo y alma a escribir esta y otras series.
Y por supuesto, gracias a ti, **lector**, por darme una nueva oportunidad y elegir este nuevo libro.
Gracias a todas.

Kelly Dreams

PRÓLOGO

El paraíso era un paisaje lleno de verdes, azules y arenas recortándose en el horizonte, un paraje en el que la mente se despejaba y los pensamientos fluían con la suavidad del viento que acariciaba las inamovibles rocas y el sabor de la libertad. El lugar al que Judith Stevens acudía siempre en busca de paz, aire puro y soledad. Para una mujer cuya herencia estaba labrada en la tierra que yacía bajo sus pies, el disfrutar del entorno del *Národny park Nizke Tatry*^[1] era lo equivalente a descansar el alma y acallar las inoportunas voces que resonaban en su cabeza.

Pero incluso el más hermoso y tranquilo de los lugares puede ser corrompido en un abrir y cerrar de ojos. Un instante, eso era todo lo que se necesitaba para que una vida se extinguiese o comenzase de nuevo. Un breve momento fue todo lo que ella tuvo para darse cuenta de que estaba en el lugar y momento equivocados.

Quizá debió prestar atención a las nubes de color plomizo que se cernían sobre el parque, hacer caso a la inquietante sensación que llevaba horas notando en la boca del estómago, pero en el estado anímico en el que se encontraba, todas aquellas señales parecían ser simplemente incordios que no tenía ganas de atender. Había desoído las advertencias de la voz de *bunică* en su mente, había relegado a una esquina esa parte de sí misma que la conectaba a un padre desconocido y a unas raíces maternas de las que no podía escapar para limitarse a disfrutar por una vez de su fin de semana libre. Poco sabía entonces que, el ignorar las señales, la llevaría a asomarse a través de una puerta que ya no se cerraría jamás, a ver el mundo desde una perspectiva nueva, una en la que las más oscuras fantasías amenazaban su vida y su realidad.

Se había detenido como siempre para hacer una pausa después de las más de dos horas de caminata. Era una costumbre adquirida, un lugar fijo en el que posaba su mochila, sacaba su botella de agua y después de dar cuenta de un delicioso bocadillo, se permitía gozar del descanso y la tranquilidad que le obsequiaban las montañas.

Ahora, sonidos que nunca antes había escuchado en esos parajes hicieron eco entre las montañas, aullidos lupinos que no deberían pertenecer al parque natural y que sin embargo se hacían cada vez más intensos.

—¿Lobos?

La salvaje canción la llevó a fruncir el ceño, ponerse en pie y acercarse al risco desde el cual se veía la explanada de arena salpicada de verde por la que serpenteaba el camino. Un bulto de color oscuro parecía abrirse paso entre el verdoso suelo en la línea del horizonte, moviéndose a tal velocidad que pronto se convirtió en la silueta que correspondía al aullido que había escuchado.

—Un lobo.

Su primera impresión no fue más que un momento fugaz, no se trataba de un solo

animal pues salidos de la nada aparecieron tres manchas más ganando terreno en una desesperada carrera. Pronto quedó claro que se trataba de cuatro animales y algo en su formación le advirtió que su presencia allí no era amistosa.

—¿Pero qué demonios...?

Inconscientemente se incorporó, buscando un mejor lugar en su precario observatorio, moviéndose con pasmosa facilidad entre las rocas hasta detenerse al borde de una importante caída. Sus pies desgranaron algunas piedrecillas que enseguida se deslizaron montaña abajo, apartó un momento la vista de los inesperados visitantes para seguir su progresión cuando un agónico sonido volvió a atraer su atención y le sacudió el alma.

Crueldad. Un ataque vicioso y sangriento se llevó a cabo ante sus propios ojos. Dentelladas, gruñidos, aullidos, golpes... una lucha encarnizada se gestaba bajo sus pies y la sola visión empezó a provocarle una inesperada y desesperada ansiedad. Tres contra uno, una lucha desigual en la que habría un claro perdedor.

—¡No! ¡Dejadlo!

No sabía si era su propia estupidez, las desbocadas emociones que se elevaron repentinamente en su interior o si se trataba de las voces que volvían a murmurar sin orden ni concierto en su cabeza, fuese lo que fuese se encontró gritando en voz alta, haciendo partícipes a esos combatientes de su presencia.

—¡Dejadle en paz!

La desesperación en su propia voz la sobrecogió, hizo que todas y cada una de sus terminaciones nerviosas cobraran vida y sintió como la tierra bajo sus pies y el viento que soplaba en ocasiones respondiese a su inestabilidad.

Casi como si fueran uno, las enormes cabezas de los canes se elevaron en su dirección.

«*MUERTE*».

Una voz se alzó por encima de las otras, la única a la que se permitía escuchar, poniendo de manifiesto que la escena que estaba contemplando traía consigo el fin de la vida. Aguzó la vista e, incluso en la distancia, vio que esos ojos inhumanos hablaban de muerte, de horror y una sed de venganza que no se podía comparar con nada que hubiese visto antes.

«*¡Corre!*».

Una nueva voz se estrelló en su cráneo haciéndola tambalearse, dura, fiera, con un toque nada humano y demasiado oscuro. Se llevó las manos a la cabeza de forma inconsciente y jadeó por el dolor que empezaba a revolverle el estómago.

Esa no era una de sus perpetuas compañías, su ímpetu hablaba de vida, de presente y de una rabia tan salvaje que la sacudió hasta los huesos.

Un nuevo aullido resonó en el solitario paraje, algo como nunca antes había escuchado, una advertencia quizá de las maniobras que aquellos animales estaban llevando a cabo. Dos de ellos se habían separado de la pelea y corrían ahora en dirección al sendero que los llevaría directamente a ella.

—Ay Dios...

Se giró de manera automática aún sin un destino en concreto, la escena era tan irreal que no podía pensar con claridad. Por fortuna, sus instintos siempre habían sido lo suficiente buenos como para ponerla en movimiento antes de que ella misma se diese cuenta de ello. Retrocedió a toda prisa y buscó algo que pudiese servirle de arma pero solo había piedras y no eran de un tamaño que pudiese hacer realmente daño. Cogió la primera que rozaron sus dedos y se giró justo a tiempo de ver a dos enormes canes con las fauces ensangrentadas y una sonrisa diabólica acechándola.

—Ni se os ocurra dar un paso más —advirtió con voz temblorosa.

Los animales no solo no hicieron caso alguno de su advertencia, sino que siguieron avanzando, abriéndose en abanico de modo que cada uno pudiese vigilarla desde un flanco, listos para atacar.

Un nuevo aullido, esta vez de profundo dolor, se hizo eco a través de las montañas. Los dos animales erizaron entonces el pelo incluso más, sus dientes se desnudaron al punto de ver cómo goteaban de saliva, pero su atención ya no estaba en ella, estaba en «él».

No podía darle otro nombre, no se parecía a nada que hubiese visto antes, ni siquiera en los documentales. El enorme can marrón oscuro con el pelo brillante de sangre y heridas abiertas cojeaba a través del camino, sus dientes desnudos y llenos de sangre y restos que le provocaron un vuelco al estómago.

«Huye, ahora».

Esa voz volvió a golpearla con fuerza. Sus ojos se encontraron brevemente con los del lobo y, por estúpido que pareciese, supo que la advertencia venía de él. Los dos canes empezaron a moverse ahora cambiando su atención hacia el recién llegado.

«¡Corre!».

Saltó cuando la orden se estrelló de nuevo contra su cráneo y la pelea que había tenido lugar abajo volvió a repetirse esta vez delante de ella. La bilis empezó a subirle por la garganta y contuvo a duras penas las ganas de vomitar, empezó a retroceder automáticamente, la mirada y su atención fija en los tres combatientes y no en lo que debería, el terreno.

Cuando el suelo bajo sus pies pareció temblar y este se volvió blando, desmenuzándose, supo que estaba en un problema mucho mayor.

—Oh Dios...

El terreno cedió y perdió todo apoyo durante unos interminables segundos en los que sus ojos se encontraron con los de aquel enorme can. La sensación de vacío bajo ella le arrebató el aliento y la mantuvo en un eterno momento de suspenso en el que sucedieron varias cosas inexplicables. El animal empezó a desvanecerse ante sus ojos, su forma se hizo difusa solo para volver a cobrar solidez pero de una manera completamente distinta e imposible.

—Te tengo.

La sensación de caída se detuvo al momento cambiando por un horrible tirón de

su hombro y la dureza de unos dedos masculinos hundiéndose alrededor de su muñeca. La mirada ambarina que le dedicaban unos ojos en un rostro completamente humano la sacudió hasta el alma. Ni siquiera cuando tiró de ella, lanzándola sobre el seguro suelo antes de volverse hacia la previa refriega, pudo hacer que su efecto se borrara de su mente.

—Habéis llegado muy lejos en vuestra persecución —creyó oírle murmurar entre dientes—, pero es inútil. Esto se acaba aquí y ahora.

Los animales atacaron al unísono y el hombre, en vez de esquivarlos se lanzó sobre ambos. Solo que el borrón que cayó sobre ellos ya no era humano y sus fauces destrozaron a uno de los insurrectos en un momento. Las fauces se cerraron sobre la garganta de uno mientras el otro atacaba por la espalda, pero eso no evitó que la mirase con esos ojos lupinos y le gritase:

«¿Es que quieres morir?».

Su voz la golpeó por enésima vez, haciendo que por fin se pusiese en movimiento y sus piernas, inestables, la trasladasen lejos de la matanza que se llevaba a cabo ante ella. Comenzó a bajar a trompicones, resbalando, cayendo y levantándose cuando escuchó de nuevo un sonoro aullido a lo lejos, uno que fue respondido a sus espaldas.

Se detuvo, miró hacia arriba pero todo lo que vio fue al último atacante con el pelo erizado, gruñendo y lanzándose de nuevo hacia el interior.

—No —jadeó sintiendo una aprensión repentina.

Sus pies habían girado ya para desandar lo andado cuando se vio empujada hacia un lado por un oscuro borrón y salvada de una nueva caída por un par de brazos muy humanos. Un nuevo aullido agónico y el estertor de la muerte la impactaron una vez más, hundiéndose en su alma con tal peso que sintió que le faltaba el aire y se ahogaba.

—Respira, pequeña, respira.

El calor de un cuerpo la abrazó desde atrás, sintió una mano en su rostro pero apenas fue consciente de ese gesto, su mirada seguía empeñada en buscar algo, lo que fuese, sobre ese risco.

—No... no... él... no...

—Radu, será mejor que te dejes caer por aquí o alguien se negará a seguir respirando.

Las palabras, pronunciadas con un fuerte acento, trajeron consigo la aparición del extraño hombre y con ello una calidez inexplicable que alejó de un plumazo el peso que le oprimía el pecho. Sus ojos volvieron a encontrarse y, a pesar de la sangre que le cubría la cara, manchaba sus labios y las horribles heridas que exhibía un torso desnudo o los desgarros de un pantalón negro, su mirada fue suficiente para que el aire entrara de nuevo en sus pulmones.

—Cuando te diga que corras, tú corres —replicó nada más detenerse ante ella—. ¿Está claro, *přítelkyně*^[2]?

Le habría gustado responder, decir alguna cosa, pero su mente decidió que había

tenido suficiente de cosas inexplicables y se apagó.

CAPÍTULO 1

—Justo lo que necesitábamos, una senderista inoportuna —comentó Arik, poniendo de manifiesto lo que significaba para él la presencia de aquella hembra—. Y humana, nada más y nada menos.

Velkan se guardó sus palabras, no había mucho más que decir dada la forma en la que Radu Alezandru, el alfa de Praga, miraba a la mujer que sostenía en brazos. La mujer se había desmayado y no podía culparla por ello, a él mismo se le revolvía el estómago con lo sucedido el día de hoy, con lo que llevaba ocurriendo desde hacía un año y tres malditos meses.

Demasiadas muertes sin sentido, demasiados lobos a los que habían envenenado mentalmente y despojados de la raza humana que se habían unido a una cacería que cada vez tenía menos sentido. Ya no se limitaban a territorio americano, hacía siete meses habían empezado a producirse inesperados accidentes en Europa, demasiado cerca de su propio hogar como para considerarlo algo fortuito o aislado. Y el único culpable parecía ser un lobo al que no había visto en muchos años.

Rumati.

El alfa de la manada Daratriz había sobrevivido. Supo que era él en el mismo momento en que Leah, la compañera de Odin, lo describió. Un lobo en el que su familia había depositado lo máspreciado que tenía, el mismo que creyó muerto la noche de la masacre junto con toda posible esperanza y al cual llevaban varios meses rastreando.

Hoy habían dado con él por fin, habían podido echarle el guante si esos tres renegados no hubiesen surgido de la nada emboscándoles.

—Esperemos que haya sido la única con tendencias suicidas —gruñó su ejecutor mirando a la mujer de reojo—. Hoy no tengo el día humanitario.

La respuesta de Radu no se hizo esperar. Sus ojos cambiaron y asomó su lobo tiñendo incluso su voz.

—Tócala y te arranco la garganta.

Su guardián y beta se cruzó de brazos y lo enfrentó. Ese lobo siempre había tenido un borde suicida.

—No deberías amenazarme cuando sangras como un cerdo.

Y aquello no era sino un recordatorio de que no había tiempo que perder en dar fin a aquella cacería.

—No es que tú estés mejor...

—Suficiente. —Los detuvo a ambos, miró una última vez a la mujer y luego al alfa—. Tu deber ahora es cuidar de ella, debe ser lo primero.

—Voda... —Sabía que se debatía entre su lealtad para con él y la compulsión que todo lobo soltero siente al encontrar a su pareja.

—Estás malherido y ella es humana, Radu —le recordó con total tranquilidad—. No estás en condiciones de seguir con el rastreo.

Y eso era realmente una enorme putada, aceptó, el alfa de Praga era uno de los mejores rastreadores que tenía.

—Debemos seguir, estos tres incautos no eran los únicos lobos que están en la región —comentó Arik mirando a su alrededor—. Ha sido una buena maniobra, atacar a uno de nuestros alfas y apartar nuestra atención del objetivo principal.

—Le están dando caza —añadió el herido lobo—. Y no se detendrán ante nada, no les importará quién encuentren a su paso. —La forma en que apretó su preciada carga le dijo más de lo que lo harían las palabras—. En su mente solo hay ansia de sangre... ya no forman parte de una manada... No sé cómo lo han hecho, Velkan, pero... ya no son de los nuestros.

Y eso era otra de las cosas que hacía imperiosa la necesidad de terminar con ellos. No podían permitir que siguiesen abduciendo a buenos lobos y convirtiéndolos... en eso.

—Lo que dice, es verdad, Velkan.

Asintió y, con un solo pensamiento adquirió su forma lupina mucho más grande y estilizada que la de sus compañeros.

«Llama a Sorcha. Que os saque de aquí a los dos».

—Voda...

Desnudó los dientes y gruñó, advertencia más que suficiente para que el lobo bajara la cabeza.

—No discutas con el príncipe cuando está de mal humor, Radu, es peor que yo.

Dicho eso, el ejecutor cambió también a su forma lobuna y arrancó de inmediato a correr.

—Ten cuidado.

Se limitó a asentir con su enorme cabeza, giró sobre sus patas y pronto adelantó a su ejecutor, manteniendo un endiablado ritmo a través de la reserva natural. No había tiempo que perder, si los recuerdos que Malik había ayudado a Dawn a recuperar eran correctos, su compañera, la última loba de sangre pura que quedaba, estaba ahí fuera y el único que podía decirle su paradero, era el Alfa de los Daratraz.

Rumati se había equivocado. Lo sabía con tanta certeza como respirar. Había escogido el bando equivocado y ahora pagaba por ello. Él no iba a dejarlo con vida, no permitiría que alguien se entrometiese en sus planes, cualquiera que fuesen estos. Lo supo en el mismo instante en que envió a esos imbéciles tras él. No solo quería quitarlo de delante sino también deshacerse de esa escoria humana matando así dos pájaros de un tiro.

Se había dejado llevar por el dolor, por la necesidad de venganza y no había visto más allá, no vio lo que buscaba ese hombre no era justicia sino exterminio. Alguien

que pierde a su familia llora su pérdida y se resiente de su destino pero no recuerda unos instantes tan precisos ni se recrea en la manera en que mueren ya que sería revivir esa muerte una y mil veces.

No. No había sido dolor por la pérdida sino rabia y un odio tan absoluto para el que no existía un único culpable. Para él no era solo un resarcimiento, era más, venganza por algo que empezaba a pensar nada tenía que ver con el exterminio de su propia manada.

¿Cómo podía haber estado tan ciego a la realidad? Tenía que haber visto lo primordial, la primera razón por la cual toda esa locura no tenía sentido. Todos los lobos habían perdido esa noche una esperanza de perpetuar la línea real lo que a la larga dejaría un vacío de poder que podría destruir su sociedad y poner en peligro el equilibrio de las dos razas: la humana y la lupina.

El mundo no estaba preparado para un cambio así, no cuando incluso entre los suyos había despiadados asesinos.

No. No podía seguir flagelándose a sí mismo durante más tiempo, tenía que pasar a la acción y llevar a cabo la tarea que se había autoimpuesto. Debía encontrarla, cerciorarse de que estaba muerta o seguía con vida y, si sucedía el milagro de ser la segunda opción, solo había una manera de hacerlo: debía encontrar a su propia compañera.

Si tan solo no tuviese al ejecutor de su gente pisándole los talones desde hacía varias semanas posiblemente no tuviese tantos problemas para hacer lo que tenía que hacer.

«Los hay que no saben cuándo rendirse».

Tenía un cazador tenaz a su espalda y un grupo nada recomendable tomando la delantera, la combinación convertía la suya en una posición difícil para alguien que pretendía pasar desapercibido.

Sabía que venir a esa parte de Europa era arriesgado pero necesario. Él había pasado a la ofensiva, ya no iba a por los alfas norteamericanos, ya no usaba su supuesta presencia en esa fatídica noche como escudo para llevar a cabo sus planes, ahora su mirada estaba puesta en esta región y solo había una posible razón por la que hubiese venido hasta aquí. Quería terminar con lo que quisiera tuviese en mente.

Los lobos a los que llevaba siete largos meses rastreando habían llamado su atención casi al momento de volver a poner los pies en su tierra natal. Había algo en sus movimientos, en la forma en la que actuaban y en su relación con humanos nada recomendables que pronto despertó su atención. Si a ello se le unía el hecho de que su *modus operandi* había sido prácticamente el mismo que había tenido el grupo con el que había trabajado en América, la cosa estaba clara. Ese grupo de canes estaba rastreando algo o a alguien y no parecían muy contentos de que se les siguiese, a juzgar por la manera en que se habían separado tres miembros del grupo principal al poco tiempo de cruzar la frontera. Mientras unos parecían regresar sobre sus pasos, otros siguieron encabezando la marcha a un ritmo cada vez más endiablado.

Esas prisas tenían que deberse a algo y él estaba decidido a averiguar a qué.

Un sonoro y lejano aullido lo detuvo en seco, sus congéneres estaban más cerca de lo que pensaba. Escucho en silencio durante un rato y desnudó los dientes en su forma lupina.

Una parte de él quería volver sobre sus patas y atender al llamado de ayuda pero otra le decía que dejase a aquellos lobos con sus cosas. Una inmediata respuesta lo hizo desistir, la ayuda iba en camino. No le necesitaban allí.

Imprimió fuerza a sus patas y aumentó el ritmo que llevaba corriendo en *post* de sus presas. Si él había escuchado el sonido no le cabía duda de que ellos también. No sabía qué clase de lealtad existía entre esos foráneos pero tampoco tenía tiempo para sentarse a averiguarlo.

Había llegado la hora de averiguar que perseguían e impedirles hacerse con ello.

CAPÍTULO 2

«Eso ha sido un disparo».

Armas de fuego. Esos cobardes tenían sin duda secuaces cubriéndoles la espalda, humanos apostados en los límites listos para tender una nueva emboscada, pensó Velkan al tiempo que desnudaba el hocico mostrando los dientes y apretaba el paso obligando a su compañero a seguirle el ritmo.

«Si llego a saber que ibas a entrar en modo suicida, te habría dejado en casa, alteza».

Ignoró la réplica del ejecutor y obligó a sus patas a ganar terreno, forzando los músculos al punto del dolor. La urgencia primaba en sus venas y en su cuerpo, su mente estaba centrada únicamente en correr y alcanzar al único lobo que podía darle las respuestas que necesitaba. Para eso, era imperioso que lo encontrasen con vida.

Un nuevo disparo hizo eco en las montañas, el sonido parecía esta vez más cercano.

«Velkan, reduce la velocidad y cambia de dirección. Vamos a favor del viento».

No le escuchó. No podía. Su mente racional había quedado atrás y solo quedaba el lobo sediento de sangre, de venganza.

«¡Velkan!».

Sabía que estaba cabreando a su beta, pero ahora mismo no podía importarle menos. Las montañas parecían hablarle, le contaban la clase de veneno que había llegado a esas tierras para contaminarlas, para poner en peligro su hogar. Podía oler la perturbación en el viento, sentirla en la vibración bajo sus patas y lo odiaba, lo odiaba cada vez más.

«Maldita sea cachorro, frena ahora mismo».

Derrapó en el suelo cuando Arik se posicionó de un salto por delante de él de manera efectiva evitando que, en su loca carrera, acabase despeñándose por el desfiladero que se encontraba ante él. Chocó con fuerza contra el lobo negro rodando ambos por los suelos y su primera reacción, nada más detenerse, fue atacar.

«¡No te atrevas a...!».

El lobo entró en inmediata sumisión.

«No podrás salvarla si te haces matar, mi príncipe».

Sus palabras y la manera en que se sometió a su rango hicieron que su lobo refrenara sus ansias de sangre permitiéndole a su mente racional ocupar su lugar.

«No podemos dejar que lo maten».

El can se levantó lentamente y dio un par de pasos atrás.

«Por supuesto que no. El privilegio de acabar con su maldita vida es mío».

Bufó mentalmente, se sacudió de la cabeza a la cola y oteó el aire en busca de un rastro fresco.

«*Debemos...*».

Un sonoro y agónico aullido resonó unos segundos después de escucharse el cañonazo de un nuevo disparo.

«*Malditos humanos*». Masculló Arik desnudando los dientes. «*Hazme un favor y deja que haga mi trabajo. No tengo ganas de arrastrar tu culo herido hasta casa*».

Lo miró a través de sus ojos de lobo, dio un golpe en el aire con la cola y se puso en movimiento.

«*Procura que no tenga que arrastrar yo el tuyo y el de él*».

«*No te prometo nada, Voda, no te prometo nada*».

Reanudaron la marcha bordeando el desfiladero, internándose entre las piedras hasta dar con un sendero que bajaba por la pendiente. Fue a mitad de camino que vislumbraron por fin al grupo compuesto por dos hombres armados apostados en lugares elevados y la refriega que se gestaba en la meseta. Era una lucha desigual, cinco contra uno, pero eso no parecía amedrentar en absoluto al lobo negro como la noche que los mantenía a raya y se defendía con la decisión de alguien que no teme a la muerte.

Un nuevo disparo resonó entre las paredes lastimándole los sensibles oídos con su eco. El proyectil cayó cerca del solitario lobo levantando esquirlas en el suelo. Desnudó los dientes y gruñó, su pelo se erizó en consecuencia y buscó con su aguda mirada el lugar del que había procedido. La sombra negra que se movió entre las rocas fue suficiente para delatar su posición.

«*Extermínalos a todos*». Ordenó con crueldad, perdiendo toda compasión hacia los asesinos antes de salir en busca del humano y darle muerte él mismo.

«*Valium. Cuando volvamos a casa, te daré una caja entera de Valium para que duermas una jodida semana*».

Con aquel irritado comentario, Arik se perdió entre las sombras dejándole a él la tarea de dar muerte al francotirador.

«*Antes tendremos que limpiar la tierra del veneno que la corroe*».

E iban a empezar con ello en ese mismo instante.

Minutos. Segundos demasiado largos en los que todo lo que se oyó fue el eco de los gritos de un humano, el estertor de la muerte cuando la sangre dejó de manar de la herida abierta de su cuello y los aullidos de los lobos que habían osado interponerse en el camino de su Ejecutor.

Sangre. El sabor metalizado corrió por sus colmillos, tiñó sus garras e impregnó su piel. El dolor no fue otra cosa que una inyección de determinación para acabar con aquellos que se atrevían a oponerse a él y traer a sus pies el odio y la maldad de alguien más.

«*Velkan... espera... necesitamos respuestas*».

No hubo piedad, su lobo tomó el mando y desgarró gargantas, rompió espaldas y

dio muerte a cuantos se opusieron a su supremacía. No hubo palabras, no hubo preguntas, no había justificación posible para lo que habían hecho, para las vidas inocentes que habían arrebatado en su paso por territorio europeo o las heridas que habían infringido a sus alfas de América.

«No hallarás en ellos otra cosa que muerte y eso es lo que obtendrán».

Demasiado pronto se encontró rodeado de cuatro cadáveres, ojos sin vida y sangre caliente abandonando los cuerpos animales que yacían destrozados. Su lobo todavía no estaba satisfecho, él no estaba satisfecho, esas muertes no le habían reportado otra cosa que una satisfacción pasajera, no llenaban en absoluto el corrosivo vacío que llevaba en su interior y que, con cada día que pasaba, amenazaba con consumirlo.

«Voda».

Se movió lentamente entre los restos hasta detenerse sobre el cuerpo moribundo del único lobo que importaba, aquel al que no había visto en más de diecisiete años y que había tenido a su cuidado lo más preciado para él.

«Dame una sola razón por la que no deba acabar con tu vida ahora mismo, Rumati».

El can estaba malherido, las heridas eran profundas, sangraba en abundancia y su respiración era cada vez más lenta. Al menos dos proyectiles habían entrado en su piel, uno en su pierna y otro en el costado, posiblemente tocando algún órgano.

«Dame tú una para no odiarte como lo he hecho estos últimos diecisiete años, mi príncipe, para comprender por qué alguien mandaría exterminar a toda una manada».

Sus palabras hicieron que desnudase los colmillos y gruñese, su pelo encrespándose de nuevo.

«¿Qué te hace pensar que yo he pedido la muerte de mi propia gente, del clan en cuyo seno se ocultaba lo más preciado que puede tener un lobo? ¿Qué te ha llevado a creer que yo o cualquier otro lobo atacaríamos a nuestra propia compañera? ¿Qué, Rumati? ¡Dame una maldita razón por la que no deba desgarrarte el cuello ahora mismo! ¡Dámela!».

La peluda cabeza hizo un enorme esfuerzo para moverse lo justo y mirarle con esos ojos en los que una vez había confiado.

«No tengo razones, mi príncipe, ninguna otra que la pérdida de mi propia familia, de mi esperanza para el futuro y la sed de venganza que nació del dolor». Murmuró en su mente, su voz cada vez más agotada. *«Me equivoqué, Velkan, me equivoqué y ahora ellas corren peligro».*

Sus palabras lo dejaron sin respiración, la esperanza asomó tímidamente en su alma.

—¿Ellas? —Cambió inmediatamente a su forma humana, se aferró a él con desesperación—. ¿Está viva? ¡Dímelo, maldita sea! ¿Está...?

«Ambas... lo están... por ahora».

El animal cerró entonces los ojos y su conciencia se apagó dejándole con una amalgama de emociones que apenas podía procesar. Sintió a Arik moviéndose a su lado, también en su forma humana, mirando el cuerpo moribundo tirado a sus pies.

—Un golpe rápido y dejará de sufrir.

Sacudió la cabeza casi de forma imperceptible. El lobo negro que yacía ante él en un charco de sangre, con desgarros, cortes y una fea herida en el rostro no podía morir, no se lo permitiría.

—No.

La respuesta de Arik no se hizo esperar.

—¡No puedes dejar que viva! ¡No después de lo que hizo!

Se obligó a mantener la mente en el presente, en no viajar a los recónditos y oscuros lugares en los que la rabia y el dolor lo dominaban. Las últimas palabras pronunciadas seguían presentes en su mente.

—Está viva. —Incluso decirlo en voz alta costaba, pero esa certeza hacía que la esperanza creciese y ese vacío empezase a remitir—. Creo... que tanto su compañera como... mi princesa... están vivas. Dawn... esa pequeña y maravillosa loba tenía razón, sus recuerdos de esa noche. Alguien se llevó a los niños... Hay más supervivientes de la manada Daratraz de los que pensábamos.

Su compañero gruñó a pesar de estar en su forma humana.

—Era él quién debería haberla puesto a salvo, él quien tenía el deber de protegerla y falló estrepitosamente —siseó lleno de un rencor que solo él comprendía—. Le falló a toda la manada.

—Salvó a Leah —le recordó oportunamente. La joven alfa compañera de Odin había defendido a ese renegado y su actuación crucial—. Protegió a la compañera de uno de mis alfas.

El ejecutor sacudió la cabeza, podía notar su tormento, su necesidad de castigar.

—Era el encargado de velar por el futuro de nuestra raza y, ¿qué ha hecho últimamente? Se ha dedicado a darles caza...

—Nadie mejor que yo sabe lo que sientes en estos momentos, Arik, nadie desea más que yo terminar con su vida... Pero no somos como ellos —señaló los cadáveres en el suelo—. Esto no lo ha iniciado Rumati, pero sí puede decirnos quién está detrás.

—No confío en él.

Sus labios se curvaron lentamente, una mueca que no reflejaba lo que verdaderamente sentía.

—¿Crees que yo sí? —Negó con la cabeza—. No, amigo mío. Pero tampoco puedo dejarlo aquí empapando mis tierras con su sangre, si lo hago, me convertiré en lo mismo que nos está dando caza.

Y era algo demasiado oscuro, demasiado aterrador, especialmente porque al contrario que quien estuviese detrás de esos lobos, él no jugaría, iría directo a la yugular; no tendría piedad.

—Vas a perdonarlo, después de todo, le perdonas. —Su beta bufó con fastidio.

—Lo perdonaré cuando encuentre a Denali con vida y bien —declaró sacándose el abrigo que llevaba en forma humana para echarlo sobre el can y envolverlo con mucho cuidado en él—. Solo entonces, Arik, solo entonces volverá a ser mi hermano.

Lo cogió en brazos sin esfuerzo y miró a su compañero.

—Estás loco si piensas que te dejaré meterlo en casa, cachorro —siseó el lobo. Miró a su alrededor y compuso una mueca. Sabía lo que estaba pensando, comprendía lo que sentía en aquellos momentos—. Abandónalo en algún lugar, preferiblemente en una oscura cueva y regresemos a la fortaleza.

Fortaleza. Sí, ese era sin duda el nombre correcto para la casa de tres plantas y oscura piedra que era su hogar. Su antiguo exterior no era más que una fachada, casi como él mismo, que ocultaba las comodidades y modernidades de su interior.

—Malik se ocupará de sanar sus heridas —declaró poniendo punto y final a la discusión.

Frunció el ceño.

—Ese cachorro AlRashid me da escalofríos —replicó el ejecutor—. Sus facultades son... demasiado místicas para mi gusto.

—No son más que un reflejo de lo que serán cuando alcance la verdadera madurez de su poder —aseguró mirando su carga—. Será un muy buen médico y sanador, con un poquito de ayuda.

—Ayuda que tú piensas darle mandándole a la universidad —recordó sus planes con total claridad—. Aunque el Sheikh podría tener algo que decir al respecto.

Él sí lo sabía, ya lo había hablado con Khalid y ambos estaban de acuerdo en que el saber no ocupaba lugar y sería una muy buena oportunidad para el futuro del joven lobo.

—Todo eso puede esperar —declaró desechando la conversación—. Hay que llevarle a algún lugar en el que pueda sanar.

El Ejecutor torció el gesto.

—Sería más piadoso matarle ahora.

—¿Piadoso para quién?

—Si muere será un problema menos —repuso con un gruñido—. Es un traidor a los suyos, a su propia manada.

—Pues deberá ser su manada la que le imponga su castigo, no nosotros.

—Lo que queda de su manada —rezongó—. Y dudo que estén muy decididos a darle la bienvenida...

—Todos tenemos pecados que queremos mantener ocultos, vidas que se han convertido en una continua penitencia, pero yo todavía conservo la esperanza, Arik, es todo lo que queda cuando tu vida se convierte en una vacía existencia.

Apretó los dientes, su fino oído captó el sonido a la perfección.

—No lo quiero en tus dominios —sentenció cruzándose de brazos—. No cederé ante eso. Si quieres salvar su miserable pellejo, hazlo lejos de nuestro hogar.

Asintió buscando al momento una solución.

—De acuerdo —aceptó—. Llama a Mijaíl, si alguien puede manejarle es él.

Su beta lo atravesó con la mirada pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Como deseas, *Voda* —declaró y miró de nuevo el moribundo lobo—. Solo espero que no tengas que arrepentirte de la decisión que has tomado.

Bajó la mirada sobre el peso muerto que llevaba en brazos y no pudo menos que estar de acuerdo con él.

—Yo también, Arik, yo también.

CAPÍTULO 3

—¿Qué quieres que haga con él? ¿Lo entierro?

Mijaíl vio como el joven príncipe ponía los ojos en blanco ante su comentario. Su petición había sido tan inesperada como lo había sido el hecho de que le pidiese permiso para incursionar en sus tierras para cazar a unos hijos de puta. Se hubiese unido a la caza de buena gana de no ser porque ya contaba con ayuda más que suficiente.

—Todavía está vivo y me gustaría que siguiese así —replicó el lobo.

Enarcó una ceja y echó un vistazo a su espalda, a la habitación tras cuya puerta cerrada se encontraba su reciente petición.

—¿Estás seguro de que todavía respira?

El bajo gruñido del ejecutor le advirtió de que su ironía no era bien recibida.

—Mijaíl, es importante...

—Debe serlo si estás dispuesto a perdonarle la vida —respondió encontrándose con sus ojos. Ambos sabían que el lobo que acababan de depositar en la puerta de su casa no era precisamente el más popular del planeta.

Con todo, no eran muchas las ocasiones en las que Velkan pedía un favor y, el que se hubiese dejado caer en su casa con ese inesperado invitado solo le indicaba lo delicada que se estaba volviendo toda aquella situación. Sabía perfectamente quién era ese lobo y compartía los sentimientos aniquiladores de Arik al respecto. Si bien era cierto que él poseía una vena menos sádica y había aprendido a dominar el arte de la paciencia en los últimos años.

—Melinka se encargará de sus heridas.

El joven lobo que llevaba sobre sus hombros el peso de toda una raza asintió con la cabeza en acuerdo.

—Te enviaré a Malik AlRashid, si hay alguien que puede ayudarle es él... —buscó entonces su mirada—, su presencia incluso puede que sea beneficiosa para ti.

Desechó su velada insinuación y llevó la conversación hacia terrenos más seguros.

—Yo no soy quién debe importarte ahora —le recordó—. Sino la nueva plaga que ha surgido de la nada y está causando estragos en nuestras respectivas regiones.

—Oh, me importa y también debería importarte a ti —aseguró y señaló lo obvio—. Han entrado en tu territorio...

Sonrió con desdén ante las palabras de Arik.

Como alfa que regía las regiones eslovacas y húngaras tenía terreno más que suficiente para que esos indeseables camparan a sus anchas, como ya lo habían intentado al meterse en su reserva natural. Solo el hecho de encontrarse en ese momento en la capital escocesa gestionando algunos negocios había impedido que

echase a la escoria él mismo.

—Solo porque ese imbécil que has traído a mi puerta los ha empujado hasta aquí —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Soy de los que procura mantener en todo momento amigos indeseados y a enemigos fuera de mis lindes, Arik, ya me llega con lidiar con los vecinos... Y ni te digo el buen humor que me ha dejado el que uno de esos vecinos haya puesto sus sucias patas en mi parque natural.

—¿No os parece que ya es hora de enterrar el hacha de guerra?

Se giró hacia Velkan con gesto inocente.

—¿En su espalda? Dime fecha y hora.

Los ojos del lobo se clavaron en los suyos.

—Radu acaba de recibir una segunda oportunidad en su nueva compañera.

Las palabras tardaron unos momentos en penetrar en su mente y darles el lugar que les correspondía. La sorpresa y también la amargura lo golpearon pero tuvo cuidado de no dejar traslucir ninguna de ambas.

—Así que el alfa de Praga ha encontrado una nueva mujercita —chasqueó la lengua—. Lo siento por la loba, no le ha caído precisamente el premio gordo.

—Es humana.

La carcajada resonó en la sala incluso antes que pudiese retenerla. Ninguno de los presentes ignoraba la relación que lo unía a Radu Alezandru, lo que habían sido antaño y lo que eran ahora. Si había dos alfas que no se podían ni ver, eran ellos. Algo irónico, dado que se habían pasado gran parte de sus vidas pendientes el uno del otro. Pero esta daba muchas vueltas y en uno de esos giros le había tocado a él apearse y hacer lo que ningún lobo debería afrontar jamás, una realidad demasiado oscura como para abrazarla sin obtener en el proceso algunas cicatrices eternas.

—Parece que el destino es justo, después de todo —comentó con palpable sarcasmo—, y da a cada uno lo que se merece.

Oh sí. Él había tenido también lo suyo. Ese cabrón llamado destino le había obsequiado con lo que todo lobo desea encontrar, una compañera, solo para quitársela de la manera más cruel e infame posible. La había querido y amado como se suponía debía hacer y la había llorado tras su abrupta partida, pero sus lágrimas no habían sido las de un lobo destrozado por la pérdida, sino las de un alma partida en mil pedazos.

Se subió las gafas oscuras que protegían sus sensibles ojos y mantuvo una actitud estoica.

—Le enviaré un ramo de flores a modo de felicitación —comentó manteniendo el tono irónico en todo momento—. Creo que los cardos van bien en esta época del año.

Velkan lo miró sin decir nada, no hacían falta palabras y ambos lo sabían. Las cicatrices que Mijaíl llevaba en su interior eran casi tan palpables como las externas.

—¿Tulipanes mejor?

—Cualquier día tendré que venir a separaros a los dos —irrumpió Arik mirándole con total conocimiento—. Y va a ser un jodido día, porque no sé si me disgustas tú

más que él.

Sonrió con desdén.

—Apúntalo en tu agenda, ejecutor, quién sabe si ese día no esté más cerca de lo que cualquiera piensa.

—Ella puede volver, lo sabes, ¿no?

Las misteriosas palabras hicieron que prestase toda su atención al lobezno.

—Si el destino es inteligente no pondrá de nuevo ese lastre en mi camino —replicó con voz acerada—. Con una vez fue más que suficiente.

—Ekaterina no era la adecuada.

Apretó los dientes, la respuesta presta en la punta de la lengua.

—Era mi compañera...

Y una asesina. Una a la que él mismo había tenido que dar caza y presenciar su ejecución.

¿Cuántos lobos podían decir eso? ¿Cuántos podían decir haber amado a una mujer y tener que darle después muerte? La sangre que tiñó esas primorosas manos lo había manchado también a él, había infringido en su corazón las mismas heridas mortales que acabaron con una criatura inocente.

No. No quería esa maldición de nuevo en su vida. Ekaterina había sido la única y la había amado como había podido, incluso intentó disculparla en su incipiente locura, pero la muerte le concedió la libertad que él no había podido darle.

—Además, ya no tengo paciencia para reeducar a otra mujer.

—No te cierres al destino, Mijaíl, uno nunca sabe cuándo llamará de nuevo a la puerta o en qué manera.

Bufó y desechó la conversación con un gesto de la mano. No había necesidad de hurgar en el pasado.

—Me ocuparé de tu invitado e intentaré que siga con vida, pero deja de darme ya sermones —se quejó mirándole con gesto contrariado—. Sienta fatal que te los de alguien más joven que tú.

—Te cambio el puesto cuando quieras.

—¿Y tener que lidiar con lobos lloriqueándote cada día? —Hizo una mueca de espanto—. Desgraciadamente mi oído sigue en perfectas condiciones, Velkan, sino hasta lo pensaría.

—Al final cada uno tenemos lo que nos toca en suerte —acotó Arik.

El joven Príncipe miró a su subordinado, quien se limitó a enmarcar una ceja. No dejaba de asombrarme como alguien que apenas entraba en la treintena era el cabeza de su raza. La prematura muerte del Rey había dejado a un Velkan de 10 años al frente de su gente. Por fortuna tenía un buen consejero al lado y el lobo había madurado lo necesario para convertirse en un buen hombre, sabio y justo. Pero no dejaba de ser un chiquillo con una fuerte carga sobre sus hombros.

Era curioso que lo viese así cuando el mismo no había cumplido todavía los cuarenta y tres.

Con todo había algo que parecía haber cambiado en los ojos del muchacho, una luz que antes no había estado presente.

—Eres demasiado joven para quejarte.

—Es posible. Se me ocurre alguien que estaría incluso de acuerdo contigo pero este no es el momento de discutirlo. Necesito a ese lobo fuera de peligro, mucho depende de él.

Entrecerró los ojos ante su franca respuesta. Había escuchado rumores, pero no había llegado a darles demasiada importancia, especialmente viniendo de dónde venían. Ahora, sin embargo, parecía tener la confirmación de boca del principal interesado.

—Entonces, ¿los rumores sobre la princesa...?

Velkan asintió lentamente sin apartar la mirada ni un solo instante.

—No estaba del todo seguro pero... sé que Rumati no mentiría, no en algo tan importante —aceptó dándole por fin nombre al lobo que había traído consigo—. Ella está viva.

El tono de su voz cuando pronunció esas palabras y el brillo en sus ojos le dijo todo lo que necesitaba saber. Ese era el cambio que había visto en él, la esperanza brillaba ahora en esas profundidades doradas.

—¿Qué piensas hacer ahora? —inquirió mirando a uno y a otro—. ¿Hay alguna pista sobre su paradero?

Negó con la cabeza y la frustración en el gesto era palpable.

—Rumati ha viajado de Estados Unidos a Europa, llevamos meses siguiéndole el rastro —añadió Arik—. No fue hasta hace unas semanas que dimos con él, lo que no esperábamos era que él estuviese siguiendo a su vez a esos lobos...

—¿Los estaba rastreando?

—Todo lo que puedo suponer es que lo hacía con la esperanza de que lo condujesen hasta ellas.

—¿Ellas? —frunció el ceño.

—Nahara Daratriz, la joven compañera de Rumati, sería otra de las supervivientes de esa noche —le explicó el ejecutor—. Todo apunta a que la adolescente huyó esa noche con la princesa...

Y, si esa joven loba había conseguido escapar, haría hasta lo imposible para proteger a la niña, cualquier lobo de su raza daría hasta su propia vida para proteger a los lobos puros, la línea real.

—Pero, ¿cómo ha aparecido esta información ahora? ¿Cómo no se ha sabido nada antes?

El lobo se pasó la mano por el pelo con gesto agotado.

—Dawn fue junto con Leah, la compañera del alfa de Nevada, una de las supervivientes de aquella noche —expuso de manera resumida—. Por azar del destino, ha estado internada en una clínica de salud mental hasta hace relativamente poco. Sus recuerdos de aquella noche no son muy fiables, tiene lagunas, no ha sido

sino hasta la llegada de Malik, el joven sanador de la tribu AlRashid, que entre ambos han podido rellenar esas lagunas y darnos una versión lo más fiel posible de lo ocurrido.

—Atacaron sin previo aviso. Se desató el infierno —continuó Velkan—. Intentaron reunir a los niños pero no estaban todos. Dawn está casi segura de haber visto a una mujer adulta guiando a algunos niños por en medio del fuego, conduciéndolos a través de las casas en llamas hacia uno de los molinos, el único que tenía una vía de escape subterránea.

—¿Una vía subterránea?

Su compañero asintió.

—Lo hemos comprobado —explicó al tiempo que apretaba los dientes—. Era uno de los conductos del agua, una acequia hecha de piedra lo bastante grande para que unos niños pudiesen atravesarla sin ser vistos y que desembocaba algunos metros más abajo, en el río.

—La pelirroja está segura de que vio a una mujer, no recuerda con exactitud su rostro o quién era, pero jura y perjura que guio a un puñado de críos a través del fuego mientras ella y los supervivientes que se encontraron esa noche, huían hacia los bosques. Entre ellos cree recordar a una jovencita que llevaba una niña de cinco años con rizos color azabache con ella.

Y esa era toda una declaración, pensó atónito, especialmente cuando todos se habían vuelto locos buscando a la heredera de sangre. Había sido un infierno el ver ese lugar y no hallar rastro alguno de la niña u otros supervivientes. Él había viajado escoltado al príncipe y lo sabía bien.

Si había algo que nunca podría olvidar era el dolor en los ojos de un joven lobo como Velkan y su estoicidad ante los acontecimientos. Había perdido a su compañera incluso antes de poder reclamarla.

—No hemos tenido noticia alguna de su paradero en estos últimos diecisiete años. Si ha estado viva, ¿por qué no se ha dado a conocer? ¿Por qué no ha buscado a algún miembro de su raza?

—Solo podemos suponer que quien quiera que se la llevó ha querido mantenerla oculta por algún motivo —repuso Arik, aunque no parecía muy convencido.

—Demasiadas suposiciones, demasiadas incógnitas y tan solo una certeza, Denali está viva —atajó Velkan.

Y eso le daba fuerza para soportar la separación, comprendió.

—La pregunta es, ¿dónde? —Miró a los dos lobos.

—Lo averiguaremos —repuso el ejecutor—. Levantaremos cada maldita roca hasta dar con ella.

—Esos lobos, los recientes ataques... no creo en coincidencias —admitió finalmente. La presencia del alfa de la diezmada manada Daratraz era prueba de ello.

—Ni nosotros tampoco —corroboró Arik—. Habrá que poner sobre aviso a todos los alfas de las regiones circundantes. Rastreamos la zona, vigilemos los

perímetros, si se atreven a respirar lo sabremos.

Velkan miró hacia el otro lado de la sala, casi podía adivinar lo que estaba pensando.

—Todavía estamos a tiempo de sacarlo de su miseria.

Las palabras del ejecutor eran toda una declaración en sí misma.

—No. Quiero que viva —declaró con franca decisión—. Me lo debe.

—Dudo que se atreva a morir sabiendo que irías al infierno a patearle el culo —le aseguró—. Es lo que hacemos aunque no nos guste especialmente la familia.

—Y tú lo sabes mejor que nadie, ¿no?

Se encogió de hombros pero no contestó. Aquello formaba parte del pasado.

—Es hora de reunir a los alfas —resumió finalmente—, y que se sepa toda la verdad.

—A quien no le gusta una buena fiesta en esta época —chasqueó intentando aligerar el ambiente—. Pero no me mandes hacerla a mí, apestó en sociedad.

—A ti te necesito aquí.

La firme convicción que escuchó en su voz fue suficiente para él, después de todo, era una petición del jefe de su raza, no podía negarse a ayudar y tampoco quería hacerlo.

—Estoy a tu servicio, Voda.

—Hablaré con Savage —añadió Arik—. Ella pondrá sobre aviso a Odin y a los demás alfas de territorio americano.

El joven asintió.

—Que así sea.

Mijaíl no se perdió la mirada y el gesto en ese rostro cuya madurez no conseguía disimular su juventud. Solo esperaba que Velkan no hiciese nada estúpido, rogaba por ello.

CAPÍTULO 4

Una compañera. Después de tanto tiempo, de haber perdido a la dueña de su corazón, el destino le otorgaba una segunda oportunidad en la forma de una mujer humana.

Era extraño y excitante a la vez, pensó Radu, la había reconocido al momento, no se lo había cuestionado o lo había rechazado, por otro lado no es que hubiese tenido tiempo para ello.

Según los documentos que encontró en su mochila, su nombre era Judith Stevens, nacida en Praga y con residencia en el 10 de la calle Donatellova, Strasnice.

Era una muchacha, una jovencita en lo que a él respetaba, su pelo tenía un intenso tono rojizo tan irreal que parecía artificial pero no había ningún olor químico en él. Conocía el color de sus ojos, la forma de su mirada y había podido hacerse una idea de su cuerpo al cogerla en brazos, pero eso era todo lo que sabía de ella.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta y ladeo la cabeza. Ella seguía inconsciente, su cerebro se había apagado por la sobrecarga de estímulos y la sorpresa de que algo que, posiblemente creyese irreal, se hubiese materializado ante sus ojos.

Sabía las dificultades que tenían los humanos para lidiar con lo sobrenatural, llevaría algo de tiempo pero terminaría acostumbrándose así como él a ella.

Con todo, no podía evitar preguntarse cómo había llegado hasta allí, que llevaba a una mujer como ella a buscar la soledad de las montañas. Era un misterio para él como lo era todo lo relacionado con ella.

Había decidido llevarla a su propio hogar, tal y como estaban las cosas ahí fuera, no se sentiría tranquilo teniéndola lejos de él y, por extraño que pareciese, ese sentimiento había sido algo completamente ajeno a él cuando se había emparejado la primera vez.

Ahora mismo su lobo parecía dividido entre su nueva compañera y su lealtad hacia el príncipe. Sabía que Velkan estaría bien mientras tuviese a Arik a su lado, el ejecutor no le perdería de vista y evitaría que se metiese en cualquier problema que pudiese presentarse. Con todo, la reciente persecución y la pelea en la que se había visto inmerso no abandonaban su mente. La manada se había dividido a propósito, habían buscado dividir su atención y dividir así el peligro. Su ritmo era vertiginoso, sabiéndose perseguidos por alguien más y no había manera de que se equivocase sobre la identidad de ese cazador.

Su aullido le había puesto los pelos de punta, pero Velkan había actuado sabiamente enviándole a casa con ella, no habría podido mantener la atención necesaria en el rastreo con Judith inconsciente y lejos de él.

—¿Radu?

Levantó el índice y se lo llevó a los labios mientras daba un paso atrás volviendo

al pasillo. La atractiva loba rubia enarcó una ceja ante su silenciosa advertencia y caminó hacia él.

—¿Qué...?

Le indicó con un gesto de la cabeza el dormitorio.

—Ella es Judith.

La réplica no se hizo de rogar. Esa mujer mantenía con mano firme tanto su casa como su vida en orden.

—¿Ahora metes a tus amantes en tu cama? —le soltó con su vena irónica de siempre—. Aunque es un pelín jovencita para tus gustos, ¿no? Y... es humana.

—Es mi compañera.

Melinka giró muy lentamente en su dirección con los ojos como platos.

—Me estás tomando el pelo.

—Todavía no he caído en ese tipo de suicidas tentaciones.

Mel era una guerrera, una rastreadora y su mano derecha. La loba beta era algo así como su voz de la consciencia además de su mejor amiga y estaba emparejada, curiosamente, con el beta de la última persona a la que soportaba.

—Pero... ¿ella? —Miró hacia la habitación y de nuevo a él—. ¿En serio?

—Lo juro por mi honor —aseguró siguiendo su mirada hacia el dormitorio—. Aún ahora no entiendo cómo ha pasado esto. Reconocí su aroma, mi lobo la reconoció... Alguien, ahí arriba, debe tener un sentido del humor muy retorcido para decidir enviarme otra mujer, una nueva compañera.

Los ojos claros de la loba cayeron sobre él.

—Lo único que encuentro extraño es que no estés meando a su alrededor para marcar territorio.

Ahora fue él quien enarco la ceja ante su pobre elección de palabras.

—Oh, ya sabes lo que quiero decir. —Lo desecho con un gesto de la mano—. Esta sí que es una enorme y grata sorpresa. Una compañera. Después de tantos años una segunda oportunidad. Bendita sea la deidad que se ha acordado de ti. Ahora procura no meter la pata.

No pudo más que suspirar y decir lo que sentía en ese momento.

—No sé qué hacer con ella —confesó y señaló el dormitorio—. Este no es un buen momento para volver a emparejarse.

—El momento no se elige, solo llega, acéptalo.

—Es humana —le recordó.

—Humanas, lobas, no notarás la diferencia, lobito.

La miró de nuevo.

—Desnudas somos todas iguales —le soltó a modo de aclaración—. ¿Lo pillas?

Puso los ojos en blanco.

—Ahora, la parte importante, ¿cómo diablos ha llegado hasta aquí y porque está vestida si está en tu cama?

Sin duda una interesante pregunta para la que no tenía una verdadera respuesta.

—La caza nos reportó más premios de los esperados.

—Siempre igual, me dejas en casa cuando las cosas se ponen interesantes —bufó ella.

—Te necesito para proteger el fuerte.

—Excusas, exc...

—¡Deja a ese lobo ahora mismo!

Ambos se giraron hacia el dormitorio a tiempo de ver a la bella durmiente despertándose de golpe, con el brazo extendido y señalando con el dedo hacia el frente.

—Vaya, parece que la cosa pinta bien. —Le palmeó el brazo con cuidado, incluso ella debía haber olido sus recientes heridas—. Que te diviertas, querido.

—Mel...

—Esto es algo a lo que debes enfrentarte tú solito —le recordó y se despidió con la mano—. Buena suerte.

—Será perra... —gruñó para sí, entonces se giró hacia el dormitorio y se encontró de nuevo con esos inquisitivos y sorprendidos ojos azules, los más hermosos que había visto en sus cuarenta y dos años de vida.

Judith no podía apartar la mirada de ese hombre. Rojo. Ese era su color, el color de su aura y de un alma que ocultaba secretos a los que no se atrevía a acercarse. Era más de lo que parecía a simple vista, mucho más de lo que el ojo humano comprendía y también mucho más de lo que ella podía afrontar ahora mismo.

Cerró los ojos con fuerza y se llevó la mano a la cabeza.

—¿Te sientes mal?

Su voz le provocó un escalofrío, su sangre golpeó en sus venas y la temperatura creció en su interior. Era él, había aparecido por fin, las voces la habían avisado de esto hasta el cansancio y, aunque había hecho todo lo posible por ignorarlas, al final había ocurrido.

—¿Judith?

Su nombre le provocó otra ráfaga de calor y se inclinó rauda hacia un lado de la cama para vomitar.

Casi sin darse cuenta él estaba allí, una mano grande tocándola, acariciándole la espalda.

—Respira.

Lo hizo, su cuerpo se alivió bajo su contacto, extrayendo de él lo que necesitaba.

—No deberías tocarme.

—Por el contrario no veo motivo alguno por el que no deba hacerlo.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y lo miró. Esos ojos color ámbar parecieron jugar al escondite durante unos segundos con los mechones de pelo negro que le bailaban por la frente.

—Estás pálida.

Su mente no registró sus palabras. Su presencia, esa forma de mirarla, su aroma, todo ello abrió una compuerta cerrada hasta el momento y los recuerdos se vertieron en forma de cascada. Revivió lo que había ocurrido, los aullidos que habían resonado en el parque, el vicioso ataque, su caída y él, esos ojos mirándola y entonces ya no eran los suyos, sino los de un lobo.

Lo imposible se había hecho realidad ante sus ojos, un animal que tomaba forma humana y un humano que adquiría forma animal.

—Eres un lobo.

¿Había sonado a acusación? Demonios, lo que tenía que preocuparle no era su tono, sino la estupidez que había pronunciado en voz alta.

—Lo soy —admitió tranquilo, echando por tierra cualquier posible explicación que quisiese encontrar su cerebro—. Soy el Alfa de Praga. Radu Alezandru.

Bajó la mirada sobre sus propias manos y tragó al ver los rasguños en las palmas. No había sido un sueño, no lo había imaginado. Volvió a mirarle con gesto acusatorio.

—Me salvaste.

Su tono pareció hacerle gracia a juzgar por la ligereza con la que respondió.

—Era mi deber.

—Tu deber.

—Eres mi compañera.

Sus palabras no significaban nada y al mismo tiempo tenían sentido. Al final su abuela había tenido razón, no podía escapar a sus raíces, no podía negar quién era y el que él estuviese allí, mirándola, era prueba de ello.

—Nada de lo que digo tiene sentido para ti.

Negó con la cabeza. Si él supiera...

—No... Y sí.

Se limitó a sonreír.

—Han sido demasiadas emociones para procesarlas en tan poco tiempo.

Oh, no se hacía una idea de cuántas.

Miró a su alrededor para evitar fijar la mirada en él, solo entonces fue realmente consciente de dónde se encontraba o dónde no.

—¿Dónde estamos? —preguntó volviéndose de inmediato hacia él.

—En mi casa —respondió con total tranquilidad—. En Nove Mesto.

—¿Nove Mesto? ¿Estamos en Praga?

—Sí.

—Vaya.

Miró de nuevo a su alrededor y vio su mochila. Entonces frunció el ceño y se volvió hacia él.

—Espera, has dicho mi nombre, ¿cómo...?

—Sí, abrí tu mochila —aceptó sin más—. Puede no haber sido educado pero si

necesario.

Lo miró unos segundos y decidió que decía la verdad. No era un acosador, ni un lunático, su aura era limpia y eso ya era tranquilizador en medio de esa inesperada locura.

—Bueno, eso me sitúa un poco lejos de casa —murmuró—. Supongo que si estoy aquí es porque es aquí donde debo estar.

—Tienes una forma bastante interesante de afrontar las cosas —comentó él—. En tú lugar otros no dudaría en, al menos, preocuparse.

Sí, bueno, no había muchas personas capaces de estar en sus zapatos.

—Me preocupa estar en Praga, no sabes cuánto, pero soy de las que opina que si he llegado aquí es por algo y lo mejor que puedo hacer es averiguar el motivo.

—Un pensamiento inteligente y que comparto, *přítelkyně*.

Compañera. La palabra encerraba mucho más de lo que parecía a jugar por la manera en que la había pronunciado y su reacción.

Volvió a mirarse las manos y compuso un mohín.

—Um, ¿puedo pedirte un botiquín o algo para desinfectarme las manos?

—Puedes pedirme lo que necesites —aceptó dando un paso atrás y señalándole una puerta al otro lado de la habitación—. En cuanto al botiquín está en el baño.

Siguió su indicación con la mirada y no pudo evitar mirarle de nuevo.

—Has dicho que te llamas, Radu, ¿no?

Él asintió y ladeó la cabeza como si esperase a que tuviese más preguntas que hacerle.

—Así me bautizaron —replicó con bastante desinterés.

Enarcó una ceja y expuso lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Bien, Radu, ¿por qué tengo la impresión de que estamos aquí y que yo soy la única que no sabe algo que parece ser de vital importancia?

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Estamos aquí porque fue el lugar más seguro en el que pude pensar para traerte —le dio una rápida respuesta—, y en el que yo me siento tranquilo sabiéndote en él. Posiblemente nada de lo que esté mencionando ahora tenga sentido para ti, solo puedo prometerte que todo tendrá sentido a medida las cosas se vayan aclarando. Por ahora, creo que lo justo es que sepas que eres mi compañera.

Arrugó la nariz. Ese hombre era muy perspicaz.

—¿Y qué significa exactamente eso?

La mirada que le dedicó la sacudió de los pies a la cabeza, encendió terminaciones nerviosas que no recordaba ni tener.

—Creo que el significado que conozco, contigo será muy distinto —le dijo en un tono de voz ronco, sexy que le provocó un escalofrío de lo más placentero.

Si esto no era una jodida señal de dónde se había metido, no sabía qué lo sería.

—¿Por qué?

La recorrió con la mirada.

—Porque eres distinta —parecía estar buscando su alma o algo más profundo—, a un nivel que todavía no entiendo, eres distinta.

Ese hombre, lobo, lo que fuese, era muy perspicaz.

—Pero no tiene mayor importancia, por uno u otro motivo aquí estamos —continuó—. Con el tiempo, puede que sepa darte una respuesta a la pregunta que acabas de hacerme.

Dio un paso atrás y se disculpó.

—Por el momento... —le indicó de nuevo el baño—, te dejaré para que puedas asearte y después quizá puedas explicarme tú a mí qué hacías en una reserva natural tú sola.

La facilidad con la que eludió su pregunta y le dio la vuelta la dejó pasmada durante unos segundos.

—Claro —murmuró sin dejar de mirarle—. Cuando tú me digas qué era toda esa masacre.

Su gesto se oscureció y sus ojos, de un bonito tono dorado adquirieron un brillo extraño y amenazador.

—Me temo que mi pueblo está en guerra, Judith, y eso que viste, solo ha sido el comienzo.

Tembló, no pudo evitarlo. Si eso era solo una escaramuza, le horrorizada pensar en que se convertiría todo lo demás.

CAPÍTULO 5

Nahara se despertó de golpe con esa angustiosa sensación de nuevo en la boca del estómago. Se obligó a respirar a través de la nariz y deshacerse de los rescoldos del intempestivo sueño. Afuera, la oscuridad de la noche había dado paso ya a las primeras luces del amanecer, las cortinas de la habitación estaban corridas y la manta de la cama contigua a la suya hecha a un lado. Miró a su alrededor con presteza y la aprensión con la que había despertado se incrementó durante unos enloquecedores instantes.

—¿Dena? —Hizo su manta a un lado y bajó de la cama. Ni siquiera se había desvestido. Su intención había sido dormir un poco después de que su protegida se hubiese quedado traspuesta sobre su propia cama—. ¿Denali?

El silencio fue la única respuesta.

Luchó con la ansiedad que se elevaba en su interior, obligándola a replegarla de nuevo. Dejó el lecho y extendió la mano hacia la mesilla de noche sobre la que descansaba un arma de fuego. Comprobó que tenía el seguro puesto y se la introdujo en la parte de atrás de la cintura del pantalón. No detectaba peligro, pero en los tiempos que corrían ya no podía arriesgarse.

Dejó el dormitorio y atravesó rápidamente el área de la cocina y salón que conformaban la casita que habían alquilado a las afueras de Liptovské Revúce, un pequeño pueblo en la región de Zilina. Solo tuvo que abrir la puerta principal para detenerse en seco, enmarcada por las primeras luces del amanecer que se elevaba en el horizonte encontró lo que había perdido.

Sus pulmones volvieron a recuperar su función, el corazón se esforzó por bombear de nuevo con normalidad y procuró mantener un tono neutral en su voz.

—Tienes un don único para provocarme un ataque al corazón.

La joven veinteañera giró el rostro en su dirección, unos amables ojos turquesa estaban enmarcados por unas negríssimas pestañas. Su pelo, recogido en una larga trenza de la cual habían escapado algunos rizos, parecía refulgir como el ónix bajo la luz del sol.

—No podía dormir.

Y aquello no era una novedad. En los últimos años apenas habían sido capaces de descansar, siempre vigilantes, siempre mirando por encima del hombro mientras vivían en una continua huida. Su vida se había visto truncada de una manera radical obligándolas a iniciar esa vida nómada en la que parecían dos fugitivas.

—¿Las pesadillas otra vez?

Volvió a darle la espalda, la vio estirarse, alzando el rostro hacia la luz que se colaba entre los árboles y una vez más fue consciente de que la niña había quedado atrás para dar paso definitivo a la mujer. Sus curvas se habían acentuado, su cuerpo se

había moldeado a base de entrenamiento y no era solo belleza lo que exhibía, sino un aire letal y salvaje que hablaba de la loba de sangre pura que vibraba debajo de su piel. Los días en los que podía correr libre y jugar de forma despreocupada se habían terminado hacía tiempo, primero le había sido arrebatada su infancia y ahora era su vida la que corría peligro.

—Nunca se han ido por completo.

Una verdad que ambas compartían, un fantasma del pasado que volvía en los momentos más bajos para atormentarlas. Recuerdos de fuego, sangre, gritos y la muerte royéndole los talones. Si bien los suyos, dada su edad, eran más fieles que los de su amiga, ninguna podía borrar de su piel la noche en la que perdieron sus vidas y su identidad.

—Están ahí fuera —comentó entonces, un puntual recordatorio de lo que las había hecho refugiarse allí, de lo que las mantenía en constante alerta desde hacía algo más de un año—. Han vuelto a la caza... si es que la han dejado alguna vez.

Salió de la casa y se detuvo a su lado oteando los alrededores, extendiendo sus agudizados sentidos para cerciorarse de que no fuesen emboscadas.

No, dudaba que alguna vez se hubiesen detenido. Él los había adiestrado bien, los había empujado a tener presente una única consigna: recuperarlas.

—No nos cogerán, no dejaré que te tenga.

La joven loba desvió la mirada en su dirección y sacudió la cabeza.

—No, Nahara, no nos tendrá a ninguna de las dos —la corrigió.

Enarcó una ceja y trató de darle un tono cómico al asunto para restarle esa seriedad que tan a menudo parecía cubrir últimamente el rostro femenino.

—¿En serio piensas que ese vejestorio podría siquiera olerme el culo? No le darían las patas para alcanzarme.

La chica esbozó una renuente sonrisa, un intento por complacerla, uno que solo le recordaba lo mucho que parecía haber envejecido en tan solo quince meses.

—Le harías morder el polvo, de eso no me cabe la menor duda —respondió, su voz carente del optimismo que solía vibrar en ella.

Denali no era así, su vitalidad, la luz que parecía irradiar en todo momento siempre le había dado esperanzas, había hecho que cualquier problema se esfumase, pero ahora... la mujer de veintidós años que tenía delante parecía haber envejecido de repente perdiendo todo lo que le daba esencia.

—Le necesitas...

Las palabras escaparon de su boca incluso antes de que pudiese refrenarlas y consiguieron lo que siempre conseguían, que su protegida se endureciese incluso más.

—No.

Sacudió la cabeza.

—Dena...

Se giró hacia ella y vio en sus ojos ese brillo incandescente que ardía en su

interior.

—No lo pondré en peligro —se negó de forma categórica—. No puedo permitir que se acerque a él, no mientras sigan persiguiéndome sin descanso.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes profesar tal lealtad por alguien que nunca ha hecho nada por ti? ¿Alguien para quién seguramente estés muerta?

—¿Cómo no puedo hacerlo? ¿Cómo negar el vínculo que todo lobo tenemos con nuestro líder? —se justificó.

Sus palabras la hicieron rechinar los dientes, omitía algo importante a propósito, como si el solo hecho de aceptarlo y tenerlo en cuenta pudiese costarle caro.

—Él no solo es nuestro líder, es tu compañero, princesa.

Volvió a darle la espalda, sabía que no deseaba discutir, posiblemente no volviese a dedicarle una sola palabra en la próxima hora con tal de no tener que volver de nuevo sobre lo mismo.

—¿Y no protegerías tú a tu compañero si estuviese con vida?

Su inesperada réplica fue como una puñalada en su corazón. Un recordatorio que hizo que su loba se revolviere inquieta y aullase con un agudo lamento. Rumati. Demasiados años habían pasado desde aquella aciaga noche, demasiado dolor al verse separada del hombre destinado a ser su compañero, demasiados años creyéndole muerto y ahora...

«No. Tu corazón te engaña. No es él, Nahara. Si estuviese vivo, si llevase todo este tiempo con vida te habría buscado, te habría encontrado y nada de esto habría ocurrido».

Si su compañero estuviese con vida, lo sabría, ¿no?

Miró a la niña que se había convertido en una hermana, en una amiga y se preguntó, no por primera vez, como soportaba estar lejos del lobo que había nacido para ella aún sabiéndolo con vida.

«Me enseñó a odiarle, a negarle, creí en sus mentiras, en sus engaños... pero una parte de mí se resistía con uñas y dientes a tal sino».

Habían sido engañadas, las habían hecho creer mentiras tan reales que terminaron viéndolas como la única verdad y eso no hizo más que hacer la traición si cabía más amarga una vez que la verdad salió a la luz. Solo Denali había mantenido una brizna de esperanza, siguió fiel a su compañero, su odio jamás había sido tal, siempre había dejado una puerta abierta al «y si», incluso cuando las cicatrices que llevaba ocultas bajo la ropa le recordaban cada día lo que ocurría cuando confiabas ciegamente en alguien.

—Si estuviese con vida, nosotras no estaríamos aquí ahora —replicó finalmente, obligándose a creer en sus propias palabras—. No habría ocurrido nada de esto.

—Eso no lo sabemos —negó paciente—. Nunca sabremos que podría haber pasado si las cosas hubiesen sido distintas, solo podemos intentar buscar la mejor manera de actuar cuando sabemos cómo son.

—Él no se detendrá —le recordó consciente de ello—. Nos ha perseguido sin descanso los últimos cuatro años. No parará.

Los ojos turquesa de la muchacha se encontraron con los suyos.

—Y ese es el motivo por el que debemos pararlo nosotras.

Sus palabras no eran las de una adolescente, ni siquiera las de una mujer joven, eran las de una guerrera.

¿Dónde había quedado su infancia? ¿Dónde su juventud e inocencia? ¿Cuándo se había convertido en la persona que tenía ahora ante ella? No podía dejar que siguiese ese camino, no podía permitir que echase a perder su vida o que volviese a mancharse las manos como se había visto obligada a hacerlo ella misma.

—No puedes pasarte toda la vida luchando, Dena —aseguró—. Tienes que saber cuándo bajar las armas, cuando dejar que otros luchen por ti.

Negó con la cabeza.

—No quiero que nadie muera por mí.

Caminó hacia ella y la cogió de los hombros.

—Ese es el deber de cada lobo, mientras tú y nuestro príncipe viváis, cada miembro de nuestra raza vivirá y morirá por vosotros —insistió en el credo que se negaba a aceptar a sabiendas de que era el correcto, el que cada lobo llevaba impreso en los genes—. Le prometí a Rumati que cuidaría de ti cuando te puso en mis brazos y se alejó de nosotras, se lo prometí a mi compañero y no hay nada en este maldito mundo que haga que rompa esa promesa.

—En ese caso, esperemos que él vuelva a ti para liberarte de ella —declaró con firmeza—. No quiero tener tu muerte en mi conciencia y tu sangre tiñéndome las manos, Nahara, antes prefiero morir yo...

La abrazó con fuerza. Era tan fuerte y tan frágil al mismo tiempo, una pequeña guerrera que siempre tendría su corazón además de lealtad.

—Deja que te lleve a casa, Denali, deja que te lleve con él.

La notó temblar, supo el momento exacto en que esa coraza empezó a desprenderse.

—No puedo...

—Es hora de volver al hogar.

Negó con la cabeza contra su hombro.

—Ya no tenemos un hogar, él lo destruyó.

Y ese era otro pecado por el que ese malnacido estaba sentenciado a muerte.

—Velkan te dará uno.

Negó de nuevo con la cabeza y la empujó con las manos, sus ojos estaban brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar, sus labios apretados en un duro rictus.

—No —negó de nuevo y esta vez había rabia en su voz—. No hasta que sepa que ese maldito está muerto.

Suspiró.

—No puedes matarle, princesa, no puedes matar a tu propio padre.

Levantó la barbilla con terquedad, un gesto que no hacía más que recordarle la clase de loba que era.

—Entonces es una verdadera suerte que ya no lo considere como tal.

No podía culparla por sentirse así, por hacerse eco de sus propios pensamientos y emociones. El hombre que las había recogido, quién las había protegido y ocultado para su propia protección durante años había sido como un padre para ellas, especialmente para alguien tan pequeña como lo era Denali en aquellos días. Nunca, ni en sus más salvajes pesadillas habrían pensado de él que no era otra cosa que el amable granjero que las había criado, protegido y querido, nunca imaginó que debajo de esa fachada existía un monstruo capaz de diezmar a toda una manada para llevar a cabo su propia venganza.

No. No podía permitir que lo asesinara, ese placer era únicamente suyo, una cuenta pendiente de la que ese malnacido ni siquiera era consciente.

—Pagaré por todas y cada una de las muertes que ha provocado, Dena, pero no te corresponde a ti esgrimir el arma que acabe con su vida.

La chica dio un nuevo paso atrás y se pasó la mano por el pelo con gesto alterado haciendo que su trenza se balancease.

—No podemos dejar que siga matando, que siga embaucando y trayendo la desgracia sobre lobos y humanos inocentes —se quejó y extendió el brazo como si quisiera enfatizar sus palabras—. Ya has visto lo que ha hecho a los alfas de América, las muertes que ha dejado tras de sí... es como si quisiera decirme *«mataré a cada lobo hasta que salgas a la luz»*.

Sacudió la cabeza.

—No —negó con rotundidad—. Ninguna de esas muertes ha sido culpa tuya...

—Pero es a mí a quién quiere...

—¡No! —Insistió con mayor vehemencia—. No te tendrá. Jamás. No lo permitiré, Denali. Te llevaré a casa, te dejaré con el príncipe y...

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza con fuerza.

—No —negó con la cabeza—. No sabemos a quién tiene a su lado, a quién más ha contaminado. No podemos arriesgarnos a ponerle lo que desea en bandeja de ninguna manera.

—Oh, loba cabezota —resopló. No había manera de hacerla entrar en razón y empezaba a pensar que nunca lo conseguiría. Al final, tendría que actuar por sus propios medios y hacer lo mejor para ella—. Entonces, adviértele. Déjame que lo busque, que hable con él y le diga lo que ocurre. Su alteza debe saber a qué se enfrenta.

La vio morderse el labio, indecisa, y volvió a negar.

—No puede saber que sigo con vida, no puedo... ir a él todavía... no puedo.

Resopló, extendió los brazos a modo de rendición y sacudió la cabeza.

—Juro que me provocas dolor de cabeza.

Su respuesta fue mirarla con gesto culpable.

—Lo siento.

Volvió a resoplar y sacudió la cabeza.

—No es culpa tuya, Dena, lo de mi dolor de cabeza sí, pero no todo lo demás — optó por cambiar de tema—. Imagino que no has estado aquí de pie todo el tiempo, ¿has salido a rastrear?

La conocía lo suficientemente bien para saber que no se quedaría quieta, no con el revuelo que se había estado generando últimamente entre las fronteras de los países. La gente de los pueblos había estado hablando de ataques furtivos, de extranjeros haciendo preguntas extrañas... Las estaban buscando, no habían dejado de hacerlo y no lo harían hasta dar con ellas.

Demasiadas muertes sin sentido habían tenido lugar en los últimos quince meses a causa de su huida. El continuo ataque sufrido en los últimos tiempos por los alfas de Norteamérica no era más que una pantalla de humo, una *vendetta* personal aderezada con mentiras y falsos testimonios, algo en lo que mantener ocupados a los miembros más poderosos de su raza y alejar así la mirada de cosas más pequeñas pero con mucha más importancia, como era el buscarlas a ellas.

Un descuido, un estúpido descuido que ha costado tanto a tanta gente.

No podía permitir que volviese a pasar, no podía dejar que volviese a acercarse a Denali y destruyese todo lo que era.

—He echado un vistazo a los alrededores, la zona es segura pero... —comentó girándose hacia la izquierda y señaló el horizonte—. Anoche, las montañas se tiñeron de rojo. Se ha derramado sangre, pero creo que no ha sido sangre inocente.

Entrecerró los ojos hacia la zona que le indicaba y arrugó la nariz. Desde que podía recordar, Denali siempre había tenido una sensibilidad especial con la tierra y los elementos de la naturaleza que la rodeaban. Era capaz de escuchar cosas que los demás no podían, como si el suelo le hablase y le contase lo que allí había ocurrido.

—Iré a echar un vistazo y tú te quedarás aquí.

El gesto que le dedicó lo decía todo.

—Dónde tú vas yo voy, ¿recuerdas?

—Deberías empezar a escuchar a tus mayores.

Sonrió de soslayo.

—Ya lo hago, te escucho a ti.

Sacudió la cabeza y dio media vuelta para volver a entrar en la tienda de campaña.

—Ten preparadas tus cosas en caso de que tengamos que marcharnos de aquí a la velocidad de la luz.

Hubo un momento de silencio, entonces escuchó su voz.

—¿Crees que esto terminará alguna vez?

Se giró hacia ella y respondió con total sinceridad.

—Lo hará tan pronto ocupes tu lugar junto al príncipe —le recordó—. Y dejes

que otros peleemos tus batallas.

Sonrió.

—Algún día, *Naharita*, algún día tu deseo se hará realidad.

Sacudió la cabeza y volvió a darle la espalda. No iban a esperar tanto, algo le decía que ese día estaba más cerca de lo que ninguna esperaba.

CAPÍTULO 6

Judith se miró al espejo e hizo una mueca al ver el tono rojo intenso de su pelo. Si todavía albergaba alguna duda al respecto aquella era prueba más que suficiente. Su intensidad iba acorde a su propia aura la cual había ido mudando hasta adquirir el mismo tono del de la de Radu Alezandru.

Un lobo. Sus ancestros habían decidido que ella, la última romaní de su clan, encontrase su equilibrio en un lobo.

—De verdad, abuela, preferiría que me hubieses dejado una escoba en herencia y no esta maldición.

Suspiró, se salpicó la cara con agua e hizo una nueva mueca cuando está le escoció en las Palmas.

—Tenía que haberme quedado en casa, viendo la tele y comiendo helado, así no estaría en semejantes problemas.

Echó un vistazo a la habitación adyacente y típicamente masculina. Todo olía y le recordaba a ese monumento de hombre que había conocido en circunstancias más bien peculiares.

Moreno, con unos bonitos ojos dorados, hombros anchos y una elegancia innata, era un hombre de lo más interesante. No era un niño, cosa que le había llamado la atención y le gustaba de una forma que no esperaba. Según el estado de su aura debía estar alrededor de los cuarenta y tantos, lo que le otorgaba unos quince años más que ella.

—No creo que eso me convierta en una cría, no con veintiséis años encima.

Sacudió o cabeza y empezó a buscar en los armarios hasta dar con el antiséptico y las gasas.

—Lo que esto me convierte es en una estúpida e imprudente mujer que se ha metido dónde no debía y estaba en el sitio menos oportuno.

Y a pesar de todo, aquello había resultado también en un inesperado encuentro destinado a cambiar su vida.

—Eres mi compañera.

La seguridad en su voz vino acompañada de esa mirada en sus ojos, una que decía más de lo que seguramente él querría dejar traslucir.

—Compañera —repitió para sí.

¿Su propio equilibrio? ¿Era tan solo una forma distinta de englobar lo mismo?

Sacudió la cabeza y se aseó rápidamente antes de volver a la habitación y encontrarla ahora vacía. Echó un vistazo a su alrededor, no había duda de que se trataba de una estancia puramente masculina, con un toque elegante, moderno y también con un poco del viejo mundo.

—Praga —murmuró acercándose a la ventana y suspiró—. Un poquito lejos de tu

zona, Jud.

Especialmente dado la ubicación de la casa en la que se encontraba como pudo ver a través de la ventana.

Los edificios de la antigua urbe parecían un campo de guardianes dormidos, seres a la espera de ser despertados para defender la ciudad.

Aquel era sin duda un escenario privilegiado, una localización en la que poca gente podría permitirse tener una vivienda y sin embargo ese hombre disfrutaba de una impresionante.

Agitó la cabeza y le dio la espalda a la ventana para volver a comprobar el masculino dormitorio. Era el suyo, no tenía duda alguna al respecto, el lugar poseía su misma energía, una que la inquietaba a niveles que apenas podía empezar a comprender.

Se miró las manos y suspiró, un poco de agua, jabón y desinfectante y estaba como nueva, no podía decir sin embargo lo mismo del resto de su persona o de sus pantalones favoritos los cuales habían sufrido las inclemencias de su accidente.

—30€ a la basura —resopló e hizo una mueca—. Bueno, al menos estás viva. Eso bien vale un par de pantalones.

Un dato importante a tener en cuenta dadas las circunstancias.

Se fue directa a la puerta con intención de salir —y comprobar así mismo que no la habían encerrado—, pero tan solo llegó a tocar el pomo. Él estaba allí, al otro lado, en algún lugar cercano. El pensamiento le aceleró el corazón e hizo que diese un inmediato paso atrás y mirase ese objeto inanimado como si esperase que la atacara.

—De acuerdo, cálmate, sabes que esto pasaría antes o después, la abuela te lo advirtió —empezó a murmurar—. Aunque debería haber añadido que podías volverte loca en el proceso. ¡Por amor de Dios! ¡No tengo ni la menor idea de quién este tío! ¡Si hasta tiene cola y pelo!

Se obligó a respirar profundamente un par de veces y contó mentalmente hasta veinte.

—Mierda, no todos los días una bruja romaní encuentra a su pareja de vida —negó con la cabeza y atacó finalmente el pomo—, tendría que haber un manual para esto.

El pasillo estaba vacío aunque bien iluminado, algunos cuadros cubrían las paredes y se quedó atónita al reconocer a algunas de ellas. Dado que no era ninguna entendida en arte, aquello ya era de por sí acojonante.

Contó varias puertas, alguna de las cuales estaban abiertas, pero fue la situada al final y cerca de las escaleras la que atrajo su atención. Reconoció su voz, profunda y a la vez preocupada, a juzgar por la manera en que hacía pausas parecía estar al teléfono.

—¿Sobrevivirá?

La inquietante pregunta la llevó a pensar en toda clase de horribles probabilidades.

—Entiendo —escuchó de nuevo—. Esas son noticias inesperadas pero esperanzadoras. Sí ella está ahí fuera, es necesario encontrarla.

¿Estaban buscando a alguien? ¿Por eso había sido conducida hasta allí?

—No empieces a pesar en cosas raras, Jud, él ni siquiera sabe quién eres y mucho menos qué es lo que haces.

Muy poca gente lo sabía, en realidad, no era algo que pudiese contar a la gente sin que esta la mirase ya de manera distinta.

Continuó acercándose hasta quedarse delante del umbral. Sus ojos se encontraron y él la saludo con un gesto de la cabeza.

Ha sabido todo el tiempo que estaba ahí.

Del mismo modo que ella había sentido su presencia, él había sentido la suya. No encontraba una explicación para semejante certeza pero así era.

—Me temo que yo tengo ahora mismo las manos atadas, pero puedo enviarte a Melinka. Es una buena rastreadora.

La llamó con un gesto de la mano y se encontró caminando hacia él.

—Lamento la interrupción —murmuró en voz baja, no queriendo molestar.

Negó con la cabeza.

—No hay nada que lamentar —respondió y volvió con su interlocutor—. Le diré que te llame y quedé a tus órdenes. Sí.

La miró mientras escuchaba, sus ojos cayeron sobre sus manos y levantó las palmas para mostrárselas diciéndole sin palabras que había encontrado lo que buscaba. Su gesto se ensombreció por un momento como si estuviese preocupado.

—No. Judith está bien, está aquí conmigo —comunicó a su interlocutor—. Mayormente rasguños, su mente es tan lúcida como la mía.

Uff, podría diferir con él en eso en estos momentos.

—Intuyo que es mucho más que una simple humana, Arik —no dejó de mirarla—. Dile a su alteza que no se precipite y no lo pierdas de vista.

Con eso apagó el teléfono y lo dejó sobre una mesa de madera. La habitación era un lugar totalmente masculino, con un aire hogareño y muy personal. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, solo el enorme escritorio contra el que estaba apoyado le confería un aire de sobriedad y modernidad.

—¿He elegido mal mis palabras?

Le sostuvo la mirada, pero no se atrevió a darle una respuesta directa. Todavía no sabía quién era él en realidad y la facilidad con la que había despertado su alma no hacía otra cosa que ponerla nerviosa.

—Entiendo —respondió a su silencio—. Tendré que aprender a ser paciente y ganarme tú confianza.

Sus palabras contribuyeron aumentando su nerviosismo e incomodidad.

—Siento si parezco arisca, pero... hay cosas que todavía me estoy esforzando por comprender —replicó intentando darle un voto de confianza—. No... no te conozco, me has salvado de romperme el cuello o, peor aún, de que me comiesen viva... y me

he despertado a kilómetros de mi casa sin saber cómo he llegado aquí.

—Son muchas incógnitas, ¿no?

Asintió.

—Unas pocas, sí —aceptó y miró de nuevo hacia el teléfono—. No he podido evitar escuchar parte de tu conversación. ¿Estáis buscando a alguien?

No cabía duda de que se estaba metiendo dónde nadie la llamaba, pero dado su propia naturaleza y la de su trabajo, una desaparición era algo que siempre le llamaba la atención.

Esos ojos dorados se mantuvieron fijos sobre ella durante unos instantes, entonces asintió.

—A alguien a quién creíamos pérdida desde hacía mucho tiempo.

El tono de su voz la tomó por sorpresa, pero más allá de la esperanza que parecía haber subyacente, fue la manera en que volvió a mirar el teléfono lo que la hizo indagar un poco más.

—¿Tiene que ver con lo que pasó en el parque nacional?

Esa mirada inquisitiva se clavó en ella atravesándole el alma, algo había cambiado motivado por sus palabras. Su aura acusó el golpe cambiando, adoptando un tono más oscuro e intenso.

—Tiene que ver con mi raza y la supervivencia de la línea de sangre pura —su voz parecía un poco más dura a pesar de que se esforzaba en mantener la compostura—. Me temo que has visto una de las caras menos amables y grotescas de mi gente.

Y eso parecía preocuparle. Interesante.

—Entre los humanos también hay maldad. —Y ella lo sabía mejor que nadie.

—Cierto.

El silencio se instaló finalmente entre ellos durante unos segundos solo para ser roto por su poco oportuno estómago.

Los labios masculinos se curvaron ligeramente.

—Ya que has abandonado la habitación, quizá te apetezca conocer la casa, empezando por el comedor...

No pudo evitar que sus mejillas se tiñeran brevemente.

—Depende, ¿yo soy el desayuno?

Una pregunta estúpida dónde las hubiera, pero el premio fue una sonrisa más amplia que lo hizo si cabía más atractivo.

—No, compañera, tú serías... el postre.

Le señaló la puerta.

—Después de ti.

Educado, atractivo y con una atracción animal que la estaba poniendo en serios apuros, así era el hombre que a todas luces le pertenecía. Su otra mitad, el que complementaría su alma para siempre.

Pasó delante de él y lo miró de soslayo.

—Tienes una casa bastante impresionante, sobre todo por las vistas.

Correspondió a su mirada y caminó a una distancia prudencial, como si quisiera que se acostumbrase a su presencia.

—Es un buen lugar para vivir —la acompañó hacia las escaleras—. El comedor, la cocina, la sala de estar y otras habitaciones están en la primera planta. Aquí ya has visto que están los dormitorios y mi despacho y hay un sótano terminado y amueblado además de plaza de garaje. Lamento comunicarte que no quedó sitio para la mazmorra.

—Te estás burlando de mí. —Su réplica la cogió por sorpresa.

—Tu forma de mirarme dice mucho más que tus palabras.

—Lo mismo digo. —No pudo evitar replicar—. Supongo que ambos tenemos cosas que callar.

—Muy cierto.

La acompañó al comedor y no pudo evitar notar como se le hacía agua la boca al notar los aromas y ver una mesa con un pequeño bufete. Su estómago rugió otra vez.

—Siéntate, Judith, lo último que quiero es matarte de hambre.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Imagino que estoy dando una imagen bastante peculiar.

—Me gusta lo que veo.

—Entonces es que no eres muy exigente.

—Los hay que no opinan de la misma forma.

—¿Amigos o enemigos?

—Digamos que un poco de cada.

Bueno, él tenía respuestas para todo.

Echó un vistazo a las fuentes que había sobre un mueble bajo y lo miró de soslayo.

—Um, esto va a sonar grosero pero, ¿tú comes de esto?

—Tengo especial predilección por los huevos revueltos.

—De acuerdo, pregunta estúpida donde las haya.

—¿Puedo preguntar yo ahora qué hacías en el *Nizke Tatry*?

La pregunta no la cogió por sorpresa, casi podía decir que se la esperaba.

—Me gusta escaparme de la civilización para estar más cerca de mis raíces.

—¿Tus raíces?

Volvió a callar. No era fácil abrirse con la gente pero él no era como los demás, ¿verdad?

Su mente permaneció en silencio, las voces que siempre solían inmiscuirse en sus pensamientos estaban sorprendentemente silenciosas, algo que no había reparado hasta ahora mismo.

Volvió a callar. No era fácil abrirse a la gente, sabía cómo reaccionaban, sabían lo que pensaban de ella y eso hacía que le costase relacionarse. Sin embargo, con él, que no era otra cosa que un virtual desconocido, estaba hablando más que con su propio jefe.

—¿Qué sientes cuando hay luna llena? ¿No notas su influjo?

Su pregunta pareció causarle verdadera gracia, sus labios se curvaron solos y sus ojos brillaron de diversión.

—Mi lobo sí, yo soy más de cantar en la ducha que aullar a la Luna.

Su respuesta la llevó a sonreír a su vez.

—De acuerdo, corramos un tupido velo sobre la estupidez que acabo de decir —musitó—. Hoy mi boca parece ir por libre.

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Es natural sentir curiosidad por lo que se desconoce —comentó—. De hecho, estoy encantado de que sientas esa libertad para hablar. No sé si sabría actuar con una mujer que corriese en círculos después de ver lo que tú has visto.

Sus palabras la llevaron a recordar ese momento en su mente.

—Estoy haciendo un enorme esfuerzo por no hacer precisamente eso —confesó y sonrió a pesar de todo—. Pero no soy nadie para juzgar quién es alguien en su interior...

—Para que nadie te juzgue a ti.

Sus palabras fueron tan certeras como un dardo que diese en plena diana.

—Supongo que podrías decirlo así.

Volvió a crearse un cómodo silencio entre ellos.

—Tu lobo... —murmuró entonces levantando la mirada—. ¿Cómo es?

Los ojos claros se encontraron con los suyos.

—Eso ya lo sabes.

Tragó, si recordaba su forma Lupita.

—Quiero decir, qué se siente.

—Libertad, una conexión especial con lo que me rodea —se encogió de hombros—. El lobo no tiene que preocuparse de cuentas, pagarés y empresas, solo de correr y eso es liberador en muchos aspectos.

Igual de liberador que resultaba para ella el poder estar en contacto con la naturaleza.

—Suelo pasar tiempo en la reserva porque allí las voces se acallan y puedo oír mis propios pensamientos.

Las palabras emergieron de su boca antes de poder detenerlas siquiera.

—¿Qué tipo de voces?

A juzgar por el gesto de su rostro estaba preocupado, pero no había ni un solo rastro de burla.

—No ese tipo de voces que debes estar pensando —se rio y se encogió de hombros—. Soy... cómo decirlo sin que parezca extraño... Aunque bien mirado, tú eres un lobo, no puede haber nada más extraño que eso.

Lo escuchó bufar.

—Te sorprendería...

—Comprendo lo que dices sobre esa sensación de libertad y comunión —

continuó intentando encontrar un camino a medias entre la confianza y el rechazo—, porque corre también por mis venas aunque yo no tengo un culo peludo. Soy romaní, de hecho la última *čarodějnice*^[3] de mi familia.

—Una bruja.

Asintió y se miró las manos.

—Tengo una conexión extraña con la tierra, me ayuda a despejar mi mente y acalla las voces.

—¿Y de quién son esas voces?

No pudo evitar mirarle. Cada vez que hablaba sobre quién y qué era la respuesta automática eran risas o acusaciones de locura, nadie se había parado a preguntar o interesarse de verdad. Este hombre no se estaba burlando, había un interés genuino.

—No tienen rostro para mí, solo escucho su lamento, su rabia, es como si buscasen a alguien que las escuchase y me encuentran a mí en el medio. —Se encogió de hombros—. No... No es agradable. Algunas son... tan oscuras que me producen jaquecas o... otras molestias.

Ya está, ya había dicho suficiente.

—¿Y el agreste paraje del Tatry lo calma?

Asintió con la cabeza.

—Hasta ahora era lo único...

Hasta ahora. No sabía por qué, pero desde que se había despertado en esa cama y él estaba a su alrededor, las voces se habían callado por completo dándole el mayor respiro de su vida.

—¿Hasta ahora? —Su curiosidad era genuina.

—No se te escapa una.

—Eres mi compañera, quiero saber lo que te aflige y si está en mi mano ponerle remedio.

Eso era dulce. Diablos, ¿de dónde había salido este tipo o, aún más, como no había llegado antes?

—De una manera que desconozco ya lo has hecho —aceptó—. Desde que me he despertado no he tenido a ningún duende irlandés zapateando en mi cabeza.

—Interesante —aceptó y señaló la comida al escuchar de nuevo su estómago—. Creo que sería una buena idea si nos sentamos y seguimos con esta interesante conversación desayunando.

Se lamió los labios y asintió.

—Es una idea que apoyo al cien por cien.

Retiró una de las sillas de la mesa y la invitó a tomar asiento.

—Por favor...

—Creo que es la primera vez que alguien me retira la silla —sonrió—. Gracias.

—Eso es que no te has encontrado con ningún hombre que merezca la pena —le susurró al oído mientras la empujaba ligeramente hacia la mesa—. Me alegra ser el primero.

CAPÍTULO 7

Una bruja. Una romaní con conexiones con la tierra. A Radu no le sorprendía que la mujer se hubiese tomado su presencia con tanta tranquilidad o que incluso sintiese esa inexplicable conexión cuando todavía no se habían vinculado. Era una joven con un poder espiritual propio, uno que posiblemente no le hubiese dejado ver todavía. Judith era muy precavida, medía sus palabras y se sorprendía ante sus propias respuestas como si solo pudiese recibir de las personas palos o malas contestaciones.

Su compañera era una de las pocas cosas que siempre había admirado y respetado, miembro de una sociedad que había estado muy unida a los suyos en la antigüedad y que, como tantas otras cosas, se creía ya extinta.

Solo llevaba unos minutos con ella y se había encontrado a sí mismo riéndose, agradeciendo su compañía como solo puede hacerlo alguien cuya alma lleva años añorándola.

—¿Puedo hacer otra pregunta?

Le fascinaba la forma en que tanteaba el terreno, preparándose por si recibía una negativa.

—No recuerdo haber impuesto un tope de ellas.

Se sonrojó, no lo hacía a menudo, pero esas pocas veces era realmente encantador de ver.

—No, pero hasta ahora has evitado responderme a ello.

Quizá lo había hecho porque no tenía una respuesta que darle. Nada era como debía, nada era como había sido la primera vez, todo era diferente de un modo visceral, de una manera única y asombrosa.

—No dejas de llamarme *compañera*, ¿vas a decirme que implicaciones tiene eso exactamente para mí?

—Las mismas que para mí —aseguró buscando la forma de explicárselo a alguien que no formaba parte de su raza—. Ser compañero de otra persona significa que tienes una conexión que no puedes explicar, te encanta su aroma, sientes calor en su cercanía, se vuelve una necesidad, como una línea de vida de la que no quieres soltarte. De repente todo cobra sentido a pesar de que parece no tenerlo y, en mi caso, entraría también un poco de territorialidad.

—Vaya, eso es mucho equipaje.

—No tanto —negó—. Algunos se pasan la vida esperando por ello.

La vio entrecerrar los ojos, la curiosidad llamando a la puerta.

—¿Tú no?

—Yo he obtenido más de lo que podía haber imaginado.

Y ella era prueba de eso.

—¿Más preguntas?

Su cara de sorpresa era encantadora.

—¿Vas a dejar que te interrogue?

—Serías la primera a la que permitiría hacer tal cosa —confesó.

Era un hombre muy celoso de su privacidad, especialmente desde que perdió a Ekaterina, pero Judith le inspiraba una confianza que no sabía de dónde salía, quería hablarle, quería que supiese cosas de él, que le conociese como él deseaba conocerla.

Sonrió un poco y siguió comiendo.

—Has dicho que tu... gente está en guerra, ¿por qué?

—No lo sabemos —negó e hizo una mueca—. Y el único que parece ser capaz de proveer una respuesta está más muerto que vivo.

—A ver si lo entiendo. ¿Estáis en guerra, no tenéis ni puta idea del porqué e igualmente la emprendes a dentelladas con una manada de perros rabiosos?

Apretó la mandíbula al recordar a esa manada de bastardos y lo que habría podido costarle a él mismo.

—Eran lobos, aunque no se merecen tal calificativo.

—No lo entiendo.

Se obligó a respirar y replegar a su lobo, quién estaba más que deseoso de salir de nuevo y dar caza a cualquiera que quedase vivo.

—Antes te dije que estábamos buscando a alguien.

Ella asintió.

—Se trata de la compañera de nuestro príncipe —explicó sintiendo que era correcto compartirlo con ella—. Alguien que perdimos la pista hace 17 años.

Sus ojos brillaron con un extraño fulgor, pero tan rápido como apareció desapareció.

—Así que, ¿también tenéis realeza?

—Sí, aunque a Velkan no le guste el título que ostenta.

—¿Y qué le pasó a la chica? —insistió—. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿La habéis encontrado ya?

—Es algo que estamos intentando averiguar.

Solo esperaba que Rumati viviese lo suficiente para dar ese tipo de respuestas y sobre todo hablar de su paradero.

—Quizá yo pueda echar una mano... —vaciló—. Digamos que... se me da bien encontrar gente, es a lo que me dedico.

Negó con la cabeza, lo último que quería era meterla a ella en medio de esta batalla.

—Me temo que has aterrizado en un momento complicado y no sé si podré estar a tu lado todo el tiempo que requiera esta primera etapa como compañeros —optó por ser sincero en la medida de lo posible.

—¿Y eso sería contraproducente?

Se lamió los labios, el deseo despertaba poco a poco cerca de ella.

—Eso tendrás que decírmelo tú, *přítelkyně*.

Se lamió los labios y odió su nerviosismo y deseo por él.

—Creo que este sería un buen momento para volver a mi casa y cambiarme de ropa, darle de comer a Wanda y dejar que corra el aire.

Deseaba escapar y eso ni a él ni a su lobo les gustaba un pelo.

—Preferiría que te quedases aquí conmigo.

Se tensó, fue algo imperceptible pero estaba allí.

—Pero sería egoísta de mi parte si te arranco de la seguridad que conoces por mi propio interés. —No le quedó otra que claudicar. No quería amedrentarla, quería que confiase en él.

Pareció meditar unos instantes su respuesta.

—Supongo que ya que mi coche estará todavía en el aparcamiento de la reserva, podrías llevarme a casa —lo sorprendió una vez más. Aquella era sin duda una enorme concesión para una mujer que acababa de ser lanzada en su regazo.

—Tu coche está ya en su lugar, pero te llevaré, de hecho, será un placer.

El trayecto se le hizo más corto de lo esperado, antes de que su mente pudiese rebelarse contra la absurda angustia nacida de la nada abrió la puertezuela y se bajó.

—Bueno, ahora ya ves dónde vivo —indicó el portal número diez—. Donatellova no es uno de los barrios más lujosos de Strasnice pero es tranquilo, algo muy importante a tener en cuenta.

Sí, el edificio de color tierra y ventanas blancas no era precisamente el Rich, las plantas y arbustos del breve jardín delantero necesitaban arreglo urgente, pero la comunidad hacía tiempo que se había desentendido de ello. Solo la parte de su portal conservaba cierto arreglo del cual se encargaba ella misma, más que nada porque la idea de que algún animalillo no deseado saliese corriendo de entre los arbustos a primera hora de la mañana o última de la noche no era algo que le apeteciese volverse a encontrar.

Echó un vistazo a ambos lados de la calle de dirección única y reconoció algunos de los coches aparcados, entre ellos el suyo.

—¿Ese es mi coche?

Radu siguió su mirada y asintió.

—Ya te dije que lo encontrarías en su lugar.

Se acercó al viejo cacharro y lo examinó como si esperase que con un solo toque se cayese hacia los lados.

—Deberías cambiar de vehículo. —Escuchó la sensual voz a su espalda—. El día menos pensado te dejará tirada en la carretera.

Le miró por encima del hombro e hizo una mueca.

—Claro, cuando mi jefe me conceda un aumento de sueldo.

Sus ojos se entrecerraron, un gesto de concentración o especulación.

—Dijiste que trabajabas... buscando personas.

Sí, eso había dicho, ¿no?

—Mi trabajo es, quizá, tan peculiar como yo misma.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—Soy consultora de asuntos «especiales» para la policía —se encogió brevemente de hombros. Eso sonaba mejor que decir que actuaba como médium, como a menudo le recordaba el detective Damek, encargado del departamento de desapariciones—. Ayudo en la medida de lo posible a localizar a gente o... cosas que ya no son gente... no sé si me entiendes.

Sus ojos se clavaron en ella de tal forma que se quedó sin aliento y el corazón empezó a latirle todavía con más fuerza.

—Ejerces de médium.

¿Por qué tenía que ser capaz de leerla tan bien y con tanta facilidad?

—Algo así —le restó importancia—. Ya te dije que no era un trabajo... convencional.

—Al igual que tú misma —asintió y se giró lo justo para mirar de nuevo el edificio.

No pudo evitar sonreír, casi podía adivinar lo que estaba pensando, su rostro era bastante expresivo.

—Llevo toda mi vida viviendo aquí, créeme, no es tan malo como parece.

Radu se giró entonces hacia ella y asintió.

—Te pido disculpas si te he ofendido, es solo... no me gusta que estés tan lejos de mí.

Y aquello era toda una declaración de intenciones, pensó sintiendo una inexplicable calidez. Nadie se había preocupado así de ella, no desde que faltaba su abuela y que lo hiciese un virtual desconocido era extraño. Como también lo era el que le diesen ganas de abrazarlo y darle las gracias.

Sacudió la cabeza quitándose esas peregrinas ideas de la mente y señaló la puerta.

—No me has ofendido, después de haber visto tu casa, puedo entender tu postura —aceptó sin más—. ¿Quieres pasar y así te aseguras que no me atacará ninguna cucaracha?

—¿Cucarachas?

El gesto de espanto que puso la llevó a romper en carcajadas.

—Estaba bromeando. Te prometo que el control de plagas está al día —murmuró entre risitas—. Pero si quieres subir, te adelanto que son cuatro pisos sin ascensor.

Ahora fue él quien sacudió la cabeza.

—Eres una caja de sorpresas —replicó y acabó sonriendo a su vez—. Te agradezco tu invitación, pero sé que ahora mismo necesitas conservar tu santuario para ti misma, al menos un día más.

Y aquello era algo que no podía rebatir. Los recientes sucesos la habían dejado extenuada y descolocada, necesitaba su espacio y sobre todo tiempo para meditar en el cambio radical que había dado su vida en apenas unas horas.

—Te dejaré hoy aquí, en tu hogar, para que puedas descansar y solucionar tus cosas —continuó con total tranquilidad.

Todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza, pero el claro indicio de la despedida empezó a caerle como un jarro de agua fría.

—Gracias por traerme y... —Se le quebró la voz y tuvo que esforzarse por respirar y pasar el nudo que había salido de la nada para instalarse en su garganta—. Joder...

—Respira, Judith, solo respira.

La mano grande y fuerte empezó a frotarle la espalda, ni siquiera se había dado cuenta de que estaban tan cerca.

—Dime que esto... no es cosa tuya.

Sus labios se curvaron en esa perezosa sonrisa que empezaba a conocer.

—No estoy haciendo nada —le dijo sin dejar de acariciarla—, solo ofrecerte consuelo.

—Es que no quiero consuelo. —La voz volvió a temblarle y casi escuchó en ella las lágrimas—. Oh, fantástico, era ya lo que me faltaba.

—Inspira profundamente y concéntrate en lo que te rodea, en lo que es familiar para ti —la instó él—. Estás en casa, estás en terreno conocido, puedes manejarlo.

Sacudió la cabeza y se obligó a hacerlo, a inspirar profundamente y soltar luego el aire al tiempo que reparaba en su calle, sus plantas, la puerta de su edificio, su hogar. Poco a poco la familiaridad fue tomando su lugar y desbancó la inesperada ansiedad que había hecho mella en ella.

—La abuela nunca dijo que esto sería tan malo —farfulló para sí—. Tan jodidamente malo.

—¿Estás bien? —le preguntó finalmente, buscando su rostro, levantándose con tan solo un par de dedos.

—No. —La respuesta salió sola y era verdad, no se sentía bien—. Pero no es como si pudieses hacer algo al respecto, ¿no?

Los dedos sobre su barbilla resbalaron hacia su mejilla, acunándole el rostro.

—En eso te equivocas, pero requeriría que me invitases a algo más que reconocer tu hogar y, ahora mismo, lo que necesitas es estar en tu terreno, con tus cosas y la familiaridad que te da estabilidad y no en mis brazos... o en mi cama.

Ese hombre era como un jodido oráculo.

—Radu...

Pronunciar su nombre fue tan extraño como liberador.

—Te veré mañana por la mañana. —La emplazó sin dejarle opción—. Hasta entonces, piensa en esto...

La besó en los labios, suave, cálido hasta que su lengua traspasó la línea de sus dientes y degustó su boca. Toda ella se convirtió en gelatina y le devolvió el beso con el mismo ardor.

—Te he grabado mi número en el teléfono, si me necesitas...

Jadeó. Le necesitaba, vaya que le necesitaba, pero no podía permitir que un completo extraño, ni siquiera aquel que estaba destinado a ella, entrase en su vida de esa manera y la pusiese patas arriba. Todavía no.

—... te llamaré.

La miró a los ojos y asintió.

—Espero que lo hagas, compañera —aseguró, le rozó la mejilla con el pulgar y dio un paso atrás—. Mañana a la mañana volveré a por ti.

Con esa promesa, dio media vuelta y se alejó, subiendo a su coche y dedicándole una última mirada antes de arrancar y dejarla allí.

CAPÍTULO 8

—No puedo creer que hayan estado tan cerca —comentó Nahara observando detenidamente los alrededores. Desde aquella posición tenían una buena vista del pueblo en el que se estaban alojando, unas tres horas de viaje a pie en forma humana y mucho menos sobre cuatro patas—. ¿Cómo demonios no nos hemos dado cuenta de que venían pisándonos los talones?

Su compañera permanecía agachada a un lado del sendero, observando todo a su alrededor.

—Porque no nos perseguían a nosotras —murmuró levantando la mirada—, no los individuos que tomaron esta ruta.

Se incorporó y arrugó la nariz como cuando le molestaba algo.

—Huían de algo o alguien y, a juzgar por las marcas de pelea, parece que ese alguien los encontró.

Continuaron por el sendero, ascendiendo entre las dos bajas colinas cuando un aroma penetrante y desagradable captó su agudo olfato.

—Sangre —murmuró la joven loba incluso antes de que ella pudiese decir algo—. Ha sido cruel e inmisericorde... Los sonidos que escuché ayer, no eran truenos, eran disparos...

La chica se volvió en su dirección pero ya no la escuchaba, apenas sí podía respirar.

—¿Nahara?

Echó a caminar hacia una zona en concreto dónde el olor se hacía más intenso, dónde la tierra aparecía teñida de un color parduzco y la marca de la muerte lo impregnaba todo.

—¿Va todo bien?

No la escuchaba, apenas sí podía respirar a medida que se acercaba a ese pedazo de terreno y reconocía la huella impresa en ese lugar, una más sutil que la sangre y que había guardado con llave en su mente diecisiete años atrás.

—¡Nahara!

Fuego, gritos, una explosión. La gente corría en todas direcciones y no sabía qué hacer. Llanto de niños, gritos de moribundos y entonces aparecieron unos demonios vestidos de negro y empezaron a matar a los supervivientes.

—¡Nahara!

Su grito se oyó por encima de todo el tumulto y finalmente lo vio. Grande, fuerte, abriéndose paso entre el horror para llegar a ella.

—¡Rumati!

Por primera vez desde que sabía que él era su compañero la besó. No como lo hacía siempre, la besó como si quisiera respirarla, como si no pudiese creer que

estuviese allí y necesitase asegurarse de que no era un espejismo.

—Gracias a Dios —lo escuchó murmurar mientras la abrazaba—. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Estoy bien, yo... estoy bien.

—¡Rumati! ¡La niña!

Ambos se girado hacía la voz, su hermana Cala estaba agrupando a los lobeznos pero faltaba alguien.

—Dena —comprendió empezando a palidecer—. Estaba conmigo... oh Dios...

—Donde, nena, dime dónde.

Se giró como ausente, ya nada era como debería, la aldea estaba en llamas.

—Nahara.

Asintió.

—El... El molino.

—No te muevas de aquí.

La besó en la frente y desapareció dejándola sola en medio de ese infierno. La gente se moría a su alrededor, lloraban y ella no pudo evitar hacer lo mismo. Mirará donde mirará la gente huía. Vio a un grupo de niños siendo conducidos hacía el bosque, los hombres que habían vuelto con Rumati enloquecidos ante lo que presenciaban sus ojos.

—Dios mío...

Se giró y empezó a mirar de un lado a otro hasta que lo vio de nuevo. Traía a la pequeña princesa en brazos y se la entregó.

—Llévatela —la empujó—. Protégela, no dejes que nadie la toque.

—Pero... ¿Tú no vienes? No, no quiero irme sola.

—Busca a Cala, vete con ella, os sacaré de aquí —la empujó una vez más—. Os encontraré, Nahara. Te lo juro.

—Rumati —lloriqueó. No quería irse, no quería dejarle allí.

—¡Vete! ¡Ahora!

Apretó a la niña que se aferraba a ella aterrada y se movió a duras penas.

—No puedo...

—Por mí, amor, llévatela. Te necesito a salvo, os necesito a salvo a las dos. Te encontraré. Lo juro.

Y su beso fue el último contacto que tuvo de sus labios antes de verlo desaparecer entre el humo y las llamas.

Trastabilló, el suelo pareció moverse bajo sus pies mientras que el mundo giraba a su alrededor. Cayó de rodillas, temblaba como una hoja cuando posó las palmas sobre el suelo y las levantó para encontrarlas manchadas.

—Nahara, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Al momento tuvo a la pequeña loba a su lado, mirándola entre asombrada y preocupada. Ella no solía comportarse así, era fuerte, nunca se derrumbaba, nunca permitía que el peso del pasado la derribase.

Se miró las manos una vez más, ladeó la cabeza y repasó la zona sin saber muy bien qué buscaba, qué esperaba encontrar y, sabiendo al mismo tiempo con absoluta certeza a quién pertenecían los restos de esa sangre.

—Oh Dios...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Levantó la mirada, la angustia que la había despertado horas atrás volvía ahora a atenazarle el estómago y le apretaba la garganta impidiéndole incluso respirar.

—Estuvo aquí. Esta... esta es su sangre, Denali. Es suya.

La chica frunció el ceño.

—¿Su sangre? ¿De quién? ¿De quién estás hablando?

Las palabras brotaron solas de sus labios.

—Rumati... —Pronunció su nombre sintiendo que al hacerlo se rompía por dentro—. Es... es su sangre. Su olor... su olor está por... por todo...

La sorpresa la golpeó con tanta fuerza como a ella misma. Su compañero había estado en ese lugar, a unos cuantos kilómetros de ellas. Tan cerca, tan cerca como para poder sentir su presencia y, aun así...

—¿Estás segura de lo que dices? —insistió la chica con precaución.

Dejó escapar una agria carcajada.

—Tan segura como puedo estarlo, Dena —replicó con un quejido—. Tan segura como lo estoy de reconocer su aroma. Estuvo aquí... Y la sangre... Oh, señor. Es demasiada sangre... incluso ahora puedo olerla.

Igual que la había oído la primera vez en su cuerpo, en su ropa, manchándole el rostro y las manos en medio de aquel incesante griterío. Era él, no tenía duda alguna al respecto, no había lugar para ello.

Cerró los ojos y luchó con la amalgama de emociones que se generaba en su interior, podía escuchar su propio corazón latándole en los oídos y a su loba aullando de dicha, pero había algo que no podía pasar por alto y era el lugar en el que estaba parada, el color de la tierra bajo sus rodillas.

—No está muerto, no puede estarlo.

No podía volver a perderlo otra vez, no podía volver a pasar por ello de nuevo.

—No, él no ha muerto...

—Dicen que no ha habido supervivientes, ha sido una masacre...

—No. Él está vivo y vendrá a buscarme.

—Aprende a olvidarle, pequeña, es lo mejor que puedes hacer.

Cuantas veces había insistido en lo mismo hasta hacerle dudar de sí misma, cuantas veces había minado su confianza en el transcurso de los años. Él, el único culpable, un lobo disfrazado de cordero.

Otra mentira más que añadir a la larga lista de ese hombre, otro engaño que la había convertido en una loba muerta en vida. Si no tenía suficientes motivos para querer destrozarle la yugular, acababa de darle el mejor de todos.

Se levantó de golpe y miró a su alrededor. Tenía que centrarse, no podía sucumbir

al frenetismo.

—Ha estado aquí y no hace mucho de eso. —Se obligó a ser analítica y fría—. Su olor es fresco todavía... creo que puedo seguirle el rastro.

Levantó la mirada para pedir la confirmación de su compañera pero esta le había dado la espalda y deambulaba por el lugar, su rostro había adquirido un gesto indescifrable.

—¿Denali?

Dio un respingo al escuchar su voz, levantó la cabeza de golpe y juraría que jamás la había visto tan blanca como en ese momento.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

Su aprensión creció exponencialmente.

—Hay... hay algo que... —se estremeció y se rodeó con los brazos—. Hay... hay otros dos rastros en el terreno... no son... no son nuestros perseguidores. No. Ellos tienen otro aroma y... apenas ya si queda su hedor.

Y eso la llevó a percatarse, y no sin retraso, de la ausencia de los cuerpos. Alguien había hecho limpieza en el lugar. Había notado esas sutiles diferencias al penetrar en esa parte del valle pero no había tenido tiempo para clasificarlos, por otro lado, no reconocía ninguna de esas huellas.

—Él estaba ahí... —Empezó a enumerar señalando un punto a sus pies—. Vino desde allí... le emboscaron... los otros olores vienen de aquí... es como si supiesen que estaba en la zona y viniesen en su ayuda...

Sacudió la cabeza y giró sobre si misma, recreando en su mente la posible forma en la que había ocurrido todo.

—Yació ahí... y ellos... —se estremeció—. No tuvieron piedad. Solo había muerte en la mente esos lobos, muerte y castigo. Sin compasión.

Volvió a mirar hacia el lugar en el que estaba ella, los ojos fijos en el suelo.

—Yo... no puedo estar segura, pero... —Se llevó la mano al pecho y aferró la tela de la chaqueta con los dedos—. Es... dolor... dolor y rabia... impotencia...

Al ver que empezaba a temblar caminó de inmediato hacia ella. Jamás la había visto en ese estado. Sabía que tenía una sensibilidad especial, que era capaz de canalizar las emociones que quedaban impresas en un lugar, pero esto iba más allá.

—Denali, ¿qué...?

Se apartó de un salto, levantó las manos manteniéndola alejada y miró a su alrededor con gesto tenso, casi aterrado, como si esperase que de un momento a otro saltase alguien sobre ella.

—No... no me toques... yo... ha estado aquí... él ha estado aquí.

Sus palabras iniciaron un fuego rabioso en su interior, gruñó y su loba se reflejó al momento en sus ojos.

—Ese malnacido...

—No, Nahara...

Negó con la cabeza y se giró hacia ella, las lágrimas caían de sus ojos

sorprendiéndola si cabía aún más. No recordaba cuál había sido la última vez que la había visto llorar.

—No —gimió abrazándose a sí misma—. Es... es... el príncipe. No sé explicarlo, pero... él ha estado aquí. Sé que ha estado aquí.

Y por segunda vez en unos instantes, se quedó sin saber qué decir.

—Le he visto una única vez, cuando era pequeña... pero sé que es él.

Sacudió la cabeza una vez más, se limpió las lágrimas con las manos y saltó hacia un lado, moviéndose ahora con una rapidez e inquietud que le resultó contagiosa.

—Y... y no estaba solo —insistió señalando el suelo—. Había... había otros dos lobos... dos más y otro herido.

Giró como una peonza, yendo de un lado a otro, subiendo, bajando, hasta que su forma humana cambió de golpe a la lúpina. En un abrir y cerrar de ojos su loba había tomado el mando, el ejemplar de lustroso pelaje negro era bastante grande para ser una hembra y poseía los pelos de las patas blancos, como unos delicados calcetines.

«*Se lo llevaron. Uno de ellos cargó con él*».

Su vagabundeo se convirtió en una emprendedora carrera que la llevó a cambiar al momento y unirse a ella. El rastro de su compañero seguía fresco en su mente, pero el hecho de que existiese tal cantidad de sangre la enfermaba, así como el no saber con exactitud de quienes eran esos otros tres rastros.

¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Habían estado persiguiendo al grupo de rastreadores que iban tras ellas? ¿Qué hacía el príncipe con ellos? ¿Qué hacía Rumati en ese lugar?

«*Te encontraré, lo juro*».

Las palabras resonaron una vez más en su mente prendiendo una tibia mecha de esperanza, de que no hubiese muerto, de que no se hubiese conformado y por encima de todo, que no la hubiese olvidado.

«*Por favor, que esté bien*».

¿Cuándo había sido la última vez que se había detenido a pedirle algo al de arriba? Ni siquiera podía recordarlo, ni siquiera estaba segura de si tendría su atención, pero no podía dejar de intentarlo.

Corrió para mantener el paso de la ágil loba, sabía que Denali estaba persiguiendo el rastro correcto, la había enseñado bien.

«*El rastro se bifurca aquí*». Le informó deteniéndose en una zona despejada. «*Se separaron... Uno de ellos partió desde este punto hacia la izquierda y... los otros dos siguieron en esa dirección*».

Siguieron un poco más y fueron dejando atrás las montañas para enfilar por las rutas de senderismo humanas y llegar a la pista por la que solía transitar algún vehículo. Oteó el aire en busca de algún inesperado senderista pero los rastros humanos eran bastante débiles, quizá el encontrarse ya de nuevo a principios de semana reducía la posibilidad de disfrutar de tiempo al aire libre.

—El rastro muere aquí.

Denali había recuperado su forma humana, sus ojos escaneaban el lugar como si pudiesen ver todavía lo que veía su loba. Deambuló de un lado a otro, nerviosa, inconforme, una sensación que conocía de primera mano.

—Han tenido que seguir en coche —chasqueó, le pegó una patada al suelo y se pasó la mano por el pelo—. Y no sé qué dirección han podido seguir... ¡Mierda!

La loba empezó a maldecir y a gruñir sin dejar de dar vueltas.

—Es culpa mía —masculló—, nunca debimos haber venido aquí. Teníamos que haber viajado a Italia, seguir hacia abajo. He sido una estúpida pensando que... Mierda, mierda, mierda.

—Nos habrían seguido tomásemos el camino que tomásemos, Dena —le recordó en modo conciliador—. Lo sabes tan bien como yo.

Resopló con obvia frustración, una que ella misma sentía. Pero no iba a permitirle tomar la culpa de algo que había sido fortuito y de la secreta necesidad que tenía esa joven loba privada de todo de estar cerca de su hogar.

Ella había nacido aquí, en Europa, sabía que su hogar era este, la cuna de su raza, el lugar en el que moraba su compañero. Durante toda su infancia no había oído hablar de otra cosa, ella misma había alimentado sus ganas de conocer la zona al hablarle durante su adolescencia del hogar de su compañero. Su necesidad de conocer sus raíces, de encontrar ese rincón en el que poder descansar y dejar por fin de huir era lo que las había traído hasta aquí.

—Los he conducido a su puerta, Nahara. —Extendió el brazo en dirección al Nizke Tatty—. Ya no se trata de ataques fortuitos al azar para recabar información, han penetrado en territorio de los lobos Europeos y han derramado la sangre de tu compañero.

No pudo evitar sentir como se le encogía el estómago al escuchar sus palabras, su loba se erizó y gruñó en protesta. Quería sangre.

—Ya no podemos seguir jugando al despiste, ya no puedo... —Se quebró—. Maldita sea. No puedo dejar que haga más daño, no puedo permitirselo... no puedo ser de nuevo la causa de tantas muertes.

—Denali...

—Ya te quité a tu compañero una vez, Nahara, no quiero hacerlo una segunda —negó rotundamente y se volvió hacia ella—. Tienes que buscarlo. Tienes que buscar al Alfa Daratriz y decirle que sigues con vida.

Y aquí estaba la princesa que era, la muchacha que se convertiría en mujer, en soberana y sería un ejemplo para muchos lobos.

—Jamás me arrebataste a mi compañero, Dena.

—Sí, lo hice —repuso con agónica firmeza—. Cuando me sacaste de aquel lugar, te obligaste a dejarle atrás, cuando te quedaste conmigo todos estos años, te obligaste a dejar de buscarle... Me has dado tu vida en más de una manera, no voy a pedirte nada más.

Respiró profundamente y la sujetó por los hombros, impidiéndole escapar.

—Pues yo si te pediré algo, mi princesa, de hecho, lo exijo —declaró con voz firme—. Dejemos de huir y enfrentémonos a él con todo lo que tenemos.

—Lo he intentado, Nahara, de verdad que lo he intentado pero...

Negó con la cabeza.

—Nada de peros, alteza. Enfrentémonos de nuevo a él, pero esta vez, usemos toda la artillería. —No cedió en su empeño—. Ocupa tu lugar al lado del príncipe Velkan y demuéstrole a ese bastardo que ya no eres una niña asustada, sino una loba de sangre pura dispuesta a defender a los suyos con uñas y dientes.

Fue perfectamente consciente del brillo de desesperación en los ojos turquesa y de cada una de las líneas de expresión que hablaban de una batalla interna. Denali no dejaba de ser una niña en muchos aspectos, una muchachita que necesitaba el cariño y el amor que la vida le había negado. Solo esperaba que el príncipe de los lobos fuera capaz de dárselo.

De lo contrario... se las vería con ella.

CAPÍTULO 9

Prescindibles. Todos aquellos que caían como bajas probaban ser prescindibles para sus planes. Era una pena que el único lobo útil hubiese decidido hacer examen de conciencia y desertar de su *vendetta* pero era algo igualmente previsible. Desde el momento en que llegó a él supo que debía ser sacrificado, su supervivencia era peligrosa, no solo había sobrevivido al exterminio de su propio clan sino que se había fortalecido en el proceso.

Él vivía por un código, para un único propósito el cual era tanto opuesto como favorecedor para sus propios planes.

Oh sí, sabía la importancia que tenía una compañera y lo que significaba perderla, conocía la penitencia que exigía seguir viviendo cuando ella ya no estaba y el dolor perpetuo que laceraba el alma. Pero el destino era lo suficiente maquiavélico como para proveer de nuevas oportunidades si sabías verlas y aprovecharlas.

—¿Señor?

Odiaba su voz, era como el chillido de una rata cuando se sentía acorralada, igual de temblorosa e inestable. Levantó la mirada del informe que estaba leyendo y cruzó las manos sobre la mesa.

—Asumo que siguen corriendo —dijo sin más—. Han demostrado poseer una energía encomiable y un arte natural para la lucha pero eso no las ha hecho más inteligentes.

No cuando estaban siendo dirigidas por su experta mano, empujándolas hacía el lugar que quería, dejando qué pensarán por si mismas, que viesan aquello que deseaba que viesan de la manera en que debía ser compuesto el cuadro.

—Sí —respondió al momento—. Han retrocedido sobre sus pasos y enseguida han vuelto a ponerse en marcha.

—Bien, bien.

Sabía que incursionar en esos terrenos era arriesgado, pero a veces necesitaban tomarse ciertos riesgos si se quería obtener resultados.

Sí. Cada uno de los peones se estaba moviendo como él había previsto, el tablero estaba tomando la forma que deseaba, preparándolo todo para la última partida, una en la que él sería el único ganador.

—¿La pequeña Daratraz sigue en la fortaleza?

Conocía cada uno de los movimientos que estaban ejecutando, se mantenía al tanto de todo aquello que le interesaba, especialmente porque estaban haciéndole un favor incluso sin ser conscientes de ello.

—Así lo parece —respondió—. En los últimos seis meses han estado ya tres veces en la fortaleza. Su última visita fue hace dos semanas y todavía no se han marchado.

Prácticamente había sido una suerte que no hubiese matado a esa joven loba cuando tuvo oportunidad, el sobrevivir al incendio había sido algo que le molestaba y mucho, pero cuando terminó en la clínica psiquiátrica le pareció justicia poética. Ahora la chica formaba parte del círculo cercano del príncipe y, según sabía, lo había puesto sobre la pista de la princesa a la que creía muerta. Sin que hubiese tenido que mover un dedo estaba obteniendo los resultados que quería.

—Bien —asintió complacido—. Que sigan vigilando la vieja casa principal, quiero saber quién entra y sale en cada momento.

Necesitaba estar al tanto de cada uno de sus movimientos de modo que no entorpeciesen los suyos y sus propios planes.

—A ellas seguidlas de cerca, pero que no os detecten —ordenó—. Presionadlas, ponedlas en movimiento, dejad que se acerquen a las grandes ciudades y que los valientes alfas encuentren su rastro. Dejemos que hagan el trabajo por nosotros.

Sus dos pequeñas lobas, su orgullo y su mayor fracaso. Se había descuidado, había visto cosas que creía podía cambiar sin darse cuenta de que el destino solo tenía un camino para lobos emparejados. Sí, dejaría que su niñita se reuniese con el príncipe, así todo sería mucho más dulce cuando diese el golpe final.

—Sí, señor.

Ladeó la cabeza, girándose hacia la ventana y contempló la ciudad que se extendía a sus pies, el próximo escenario de su obra teatral.

—¿Cómo va el nuevo escenario?

Sus labios se curvaron solos al pensar en lo fácil que había sido emboscar a los lobos más jóvenes, en el premio que había traído consigo la casualidad y una vigilancia bien planificada sobre el territorio. Necesitaba una nueva distracción, algo que hiciese que ese puñado de bestias que regían esa zona de Europa pusiese su atención en otro lado durante algún tiempo.

—Según lo establecido —contestó, pero hubo una ligera vacilación en su voz que lo puso de inmediato en guardia.

—¿Qué?

Dio un respingo, si seguía así, terminaría meándose en los pantalones y odiaba el olor del orín. Odiaba a los cobardes, no servían para nada, ni siquiera para morir.

—Ese hombre es una bestia...

Sonrió lentamente.

—Esa es la belleza de la humanidad —contestó—. Nos llaman a nosotros bestias, porque compartimos nuestra alma con una pasión animal, pero la verdadera bestia habita también en esos estúpidos y débiles humanos. Su crueldad puede ser equiparable a la de un animal salvaje, su viciosidad incluso mayor.

Clavó los ojos en su subordinado y bajó el tono de voz una octava.

—Déjalo que haga su trabajo, que disfrute dando rienda a su creatividad... —ordenó con la voz preñada de oscuridad—. Pero siempre dentro de nuestros planes...

Lo vio estremecerse. Escoria. Solo era un lobo abandonado, sin familia, sin patria,

un paria entre los suyos propios, una presa fácil para sus necesidades e igual de prescindible.

—Son... cachorros...

Entrecerró los ojos sobre él.

—Son el enemigo —sentenció entre dientes—, trozos de carne prescindibles... Si crees que no puedes hacerlo, encontraremos a alguien que lo haga por ti.

Una amenaza que supo captar al momento, no en vano llevaba el tiempo suficiente para saber cuál era el precio por desobedecer sus órdenes.

—Encárgate de que todo salga como debe o el que terminará colgado y desollado de un gancho serás tú.

El sudor prendó su cara y ese ácido aroma a orín empezó a perfumar el aire al mismo tiempo que salía a marchas forzadas de su oficina.

Sí, él era prescindible... pero antes de darle muerte, vería a los lobos de Europa aullar de rabia y dolor.

Era hora de dar rienda suelta a su rabia y asestar un nuevo golpe que lo aproximara todavía más a su venganza, al movimiento definitivo, aquel que le daría lo que injustamente le había sido arrebatado.

CAPÍTULO 10

La luz del contestador automático estaba parpadeando. Ese viejo cacharro todavía no había tenido la decencia de morirse, era como si las cosas de su abuela fuesen a durar para siempre, cosa que no había sucedido con ella.

Miró a su alrededor y suspiró. Este era su hogar, su refugio y sin embargo ahora lo encontraba más extraño que nunca.

—Falto de casa veinticuatro horas y parece que llevo fuera una eternidad.

Esa era la sensación que tenía ahora mismo, junto con una de abandono, algo ajeno a ella y no precisamente agradable.

Ignoró el insistente parpadeo y fue hacia el mueble que había en el otro lado de la sala. La superficie está llena de fotos y recuerdos entre los que destacaba uno en particular.

—Hola *babička* —sonrió ante su foto—. Al final tenías razón. Él existía, existe de hecho y le he encontrado... o me ha encontrado él a mí. Es difícil de explicar aunque no tanto como lo que te voy a decir ahora. Vas a alucinar. Es un lobo.

Todavía tenía problemas para asimilar ese hecho. Era como si a pesar de haberlo visto, a pesar de saberlo y reconocerlo en su aura, todavía luchase con el hecho de que algo imposible se hubiese hecho realidad.

—Cuando crees haberlo visto todo te pasan estas cosas y... —suspiró y miró a la mujer del retrato a los ojos—. Y no tengo la menor idea de cómo enfrentarme a ello.

Por suerte, Radu Alezandru no parecía tener tal conflicto interno. Era su compañera, algo así como su pareja de vida, la había reconocido como tal y no parecía albergar duda alguna al respecto. Poseía tal seguridad en sí mismo que llegaba a ser envidiable.

—Es un hombre del viejo mundo, parece tener siglos en vez de cuarenta y dos —sonrió para sí—. Quizá debería advertirle que soy capaz de leer la edad de una persona en su aura.

Dejó escapar un suspiro mientras rememoraba su momento juntos, esa mirada fija en ella, sus cálidos y educados modales, la inextinguible fuerza de su masculinidad y lo que esta provocaba en ella. Se estremeció, un escalofrío de placer la recorrió de los pies a la cabeza despertando su dormida sexualidad.

—He estado apenas unas horas a su lado y lo más incomprensible de todo es que me parece que fue toda una vida. —Una sensación que no lograba procesar—. Es como si hubiese encontrado por fin el lugar al que pertenezco, allí dónde debo estar... pero quedarme con él sería renunciar a todo de golpe y porrazo, *babička*, no estoy preparada para ello.

Y sin embargo, ahí estaba ahora, en su casa, rodeada de cosas que conocía, de las

que había disfrutado toda una vida y echándolo de menos.

—Mi cerebro ha entrado en cortocircuito. —Se rio de sí misma—. Prácticamente me eché a llorar delante de él porque se iba... y yo no quería que lo hiciese. Si he de ser sincera, lo que quería era volver a subirme en su coche e irme con él.

Sacudió la cabeza.

—Este es el imán del que me hablabas, ¿verdad? —insistió en su monólogo—. La fuerza que te atrae sin remedio y ante la que no puedes hacer nada, ante la que no quieres luchar...

Y el deseo. Su cuerpo parecía haber despertado de un largo letargo ante su sola presencia. Cada pequeña caricia había sido como una lengua de fuego sobre su piel, como una cerilla que prendía fuego a sus terminaciones nerviosas y la excitaba sin remedio.

—Sus ojos... Esa mirada...

Tenía que concederse una medalla por haber conseguido que no le colgase la lengua y mantener las bragas en su sitio. Si él le hubiese hecho alguna insinuación o petición más íntima, se habría ido a la cama con él en ese mismo instante y a la porra todo lo demás.

Él también la deseaba, no lo había ocultado ni un solo instante, por lo que era realmente sorprendente que, a pesar de todo se hubiese portado como todo un caballero y guardase las distancias. El tono de su aura hablaba de una profunda pasión, de un instinto animal personificado en parte lupina, pero también había visto oscuridad, algo que se remontaba atrás en el tiempo y que generaba un dolor agónico.

—Secretos... cosas que ocultar... incluso en eso nos parecemos.

Cada persona tenía sus propios fantasmas, sus propios demonios, algunos de ellos podían ser exorcizados con el tiempo y una mano delicada, otros, permanecían en tu alma para siempre.

—Me espera por delante una larga carrera de obstáculos, ¿eh? —preguntó a la foto y dejó escapar un resignado suspiro.

Bien mirado, su vida siempre lo había sido, de un modo u otro nada le había resultado fácil.

Contempló el retrato un rato más e hizo una mueca al fijarse en algo tan trascendental como el color de pelo de su abuela.

—Ahora es incluso más intenso que el tuyo, *babička*.

En la foto se apreciaba todavía un bonito tono caoba, rasgo identificativo de sus antepasados, pero el suyo era mucho más rojo ahora, casi en llamas, como si quisiese proclamar a los cuatro vientos que una bruja romaní había encontrado por fin a su otra mitad.

—Esperemos que se quede así y no se ponga más rojo o pareceré un jodido tomate.

Siempre había pensado que todo el tema del color de pelo y su grado de intensidad tenía más que ver con el champú, el sol y esas cosas, pero sus esperanzas

se acaban de ir por el desagüe.

—A Radu no ha parecido molestarle en absoluto.

Pensar de nuevo en él le provocó una cierta melancolía.

—Ah, no. Ni hablar. Nunca he lloriqueado por un hombre y no voy a empezar ahora.

Le dio la espalda a los recuerdos con decisión y se dirigió al contestador. No tenía ni que adivinar quien la había llamado, su ausencia de amigos y familia le dejaba únicamente a los tele operadores queriendo venderle algo o al cabronazo de su jefe.

—¡Judith! ¿Dónde diablos estás?

Sí. Esa voz ronca y llena de masculina arrogancia era la de su jefe, el detective Mirco Damek.

—Es la cuarta vez que te llamo y empiezo a cansarme de oír el maldito pitido del contestador. Joder, cómprate un maldito móvil y pásate al siglo XXI —le soltó con toda la ausencia de diplomacia y arrogancia masculina que tenía ese hombre en su casi metro noventa—. Llámame en cuanto oigas el mensaje y hazlo de una puta vez. Tenemos trabajo.

La comunicación se cortaba ahí.

—Típico de Damek —resopló—. Ni un hola cómo estás, ni un qué tal el fin de semana. Precisamente por eso me niego a decirte que tengo móvil y darte mi número, capullo.

Sacudió la cabeza y comprobó el resto de mensajes. Sí, tal y como había dicho, aquel había sido su cuarto mensaje, los anteriores habían sido un poco más apaciguados aunque con la misma carencia de modales.

Sacudió la cabeza y pasó al último.

—Señorita Stevens, le llamo desde las galerías Ekate, soy la secretaria del señor Jelinek. —No reconocía la voz ni el nombre de la mujer la cual hablaba un checo con profundo acento británico—. Espero no molestarla, pero mi jefe está muy interesado en sus... facultades.

Arrugó la nariz ante la elección de palabras de la voz.

—La señora Callahan le ha hablado de lo que usted hizo por su hijo Anthony y quiere saber si puede concertar una cita la semana que viene. Mi jefe lleva un tiempo buscando a su hija, la cual lleva desaparecida diez años y está convencido de que usted podría ayudarle.

Su petición la tomó por sorpresa, así como también el hecho de que mencionase al pequeño Anthony.

El nombre trajo a su mente el primer caso de desaparición en el que había participado ayudando a la policía. Había sido el año pasado, a principios de octubre. Un niño de seis años que había desaparecido en un parque, presumiblemente secuestrado, y que luego había ido a dar a una vieja mina abandonada.

La desaparición había salido en las noticias, había visto la desesperación de la madre, la impotencia del padre y en cuanto el policía salió ante la cámara, supo que él

era el enlace que necesitaba para poder ayudar a la familia. Llevaban una semana en una desesperada búsqueda que no arrojaba luz alguna al caso, nadie había pedido un rescate y tampoco se habían puesto en contacto con los padres lo que hacía que cada hora que pasara fuese un océano de desesperación para los implicados en el caso.

«Creo que puedo ayudarle a encontrar a ese niño».

Recordaba perfectamente la cara del policía, como la había mirado a los ojos y, en vez de despacharla como lo haría cualquier persona razonable, había tenido una única respuesta:

«Si puede hacerlo, hágalo, sino, le sugiero que no se vuelva a poner jamás en mi camino».

El color de su aura y las emociones que fluctuaban en ella había sido lo que la había impulsado a hacerlo, a demostrarle que no era ninguna farsante y que podía ayudarle.

Habían encontrado al niño escondido en una vieja mina abandonada seis horas después. Desde el momento en que vio la foto del pequeño en televisión pudo escuchar su angustia, sus suplicantes gritos de ayuda, las voces de sus antepasados la habían guiado hacia él, hacia el lugar en el que se había escondido.

Después del rescate el niño había explicado cómo había podido que se había escapado de un hombre malo, que había aprovechado la puerta abierta de una furgoneta para marcharse y que, al no conocer la zona se había perdido.

El culpable había sido encontrado una semana después a las afueras de Pilsen, un hijo de puta con antecedentes que, con un poco de suerte, no volvería a ver la luz del sol en muchísimo tiempo.

Desde ese momento su labor para con la policía había sido puntual, un último recurso al que echar mano cuando las vías «normales» resultaban inútiles y siempre bajo la dirección y supervisión del detective y su equipo.

Sabía que en comisaría se hacían bromas a su costa, había escuchado murmullos a su alrededor, sabía lo que pensaban de ella y su don, pero no se atrevían a decirlo en voz alta cuando el policía o su equipo estaban delante.

Por ello, esa llamada era ya de por sí inquietante.

¿Cómo había conseguido su teléfono? No dudaba de que la señora Callahan hubiese mencionado su nombre, pero sus colaboraciones para con la policía eran todo lo discretas que podía ser, este tipo de filtraciones no deberían darse. Nadie, a excepción de Damek, tenía su teléfono o dirección, nadie más.

—Le ruego que por favor lo tenga en consideración —continuaba la voz—. Diez años sin saber si un hijo está vivo o muerto, es una agonía interminable para un padre.

Sus palabras la hicieron estremecer, empatizando con ellas.

—Así mismo le ruego que mantenga todo esto en la más estricta discreción, no quiere que su nombre se haga público, solo le pide ayuda porque ya ha agotado todas las vías que tenía a su alcance sin alcanzar éxito alguno —declaró la mujer—. Le

ruega que se ponga en contacto con él lo antes posible en el teléfono...

Buscó un papel para anotar el número. Todavía no estaba segura de si aceptaría ponerse en contacto con él, pero anotar las cosas ya era un gesto adquirido.

Miró el contestador una vez más cuando la grabación llegó a su fin y frunció el ceño. Tenía una sensación extraña con esa llamada, no conseguía descifrar que era exactamente, pero había algo que no parecía encajar del todo.

—¿Qué quieres decirme? —musitó para sí, contemplando los números garabateados en un papel.

«*CUIDADO*».

La suave voz que acarició su mente la hizo dar un respingo y girar de inmediato la cabeza en dirección al mueble dónde estaban las fotografías. Reconocería esa voz en cualquier lugar, daba igual el tiempo que hubiese transcurrido desde la última vez que la escuchó en vivo, nunca la confundiría.

—¿Qué estás intentando decirme, *babička*?

La suya era una de las voces que menos oía y a la que no le importaría escuchar más a menudo, pero desde que se había ido, solo parecía visitarla cuando había algo realmente importante que tuviese que saber. Se quedó mirando su retrato hasta que sus ojos se desenfocaron y tuvo que parpadear.

Lo mejor sería llamar al detective y preguntarle directamente cómo era posible que esa persona hubiese conseguido su teléfono, ya que ni siquiera aparecía en las guías.

Respiró hondo, buscó el número en los papeles que tenía sobre la mesa y marcó.

—Soy Judith y, antes de que digas nada, que sepas que el fin de semana libro, capullo.

CAPÍTULO 11

—Buenos días, señor Alezandru.

Radu asintió al saludo de su secretaria y se metió en la oficina. Necesitaba hacer algo, lo que fuese para evitar conducir de vuelta y reclamar a su compañera. No se reconocía, la ansiedad que le provocaba su ausencia lo estaba volviendo loco, el deseo que le inspiraba su compañía si bien no era rabioso era lo bastante fuerte como para que estuviese con una puñetera erección ahora mismo.

Se dejó caer en la butaca tras su escritorio y echó la cabeza hacia atrás.

—Odio ser un jodido caballero.

En momentos como aquel le hubiese gustado ser un poco más despreocupado, mandar la prudencia al diablo y reclamar lo que le pertenecía. Por más que le molestara admitirlo siempre había envidiado eso en Mijaíl.

¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en él sin rencor, sin dolor, sin sentirse traicionado? Había pasado tanto tiempo odiándole que ya no recordaba siquiera lo que era quererle, compartir una amistad firme e irrompible. No, su traición había roto para siempre cualquier tipo de conexión que hubiese existido entre ellos.

—Lo último que necesito son más problemas de los que ya tengo —murmuró para sí pasándose los dedos por el pelo, rastrillándolo hacia atrás.

Velkan había dejado caer en la puerta del alfa de Bratislava un encargo que no le deseaba ni a su peor enemigo, por otro lado, posiblemente si había alguien que pudiese empatizar con Rumati y no quiera matarlo por fallar en su principal tarea era él.

No. Ya tenía suficiente ahora mismo lidiando con todas esas emociones como para pensar siquiera en la posibilidad de dar alojamiento a ese lobo y desentramar sus intrigas.

El solo pensamiento de que la princesa pudiese estar ahí fuera y viva era una noticia que implicaba a toda la raza, recuperarla y traerla a casa tenía que ser una prioridad. Pero el único que podía aclarar y dar respuestas sobre tal milagro había estado tan malherido cuando lo habían recogido que no sabía si sobreviviría.

Echó un vistazo al despacho que poseía en la empresa. Como director de una de las primeras y más importantes fábricas del famoso cristal de Bohemia del país, tenía un cargo que traía consigo mucho trabajo, dedicación y esfuerzo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo estéril e impersonal que parecía la oficina. Sí, poseía una decoración moderna y elegante, pero, aparte de algunos títulos colgados en las paredes y sus cuadros favoritos, no había ni una sola foto, planta o lo que fuese que lo hiciese más suyo.

Llevaba más de diez años trabajando en esa habitación, dirigiendo esa empresa y nunca se había tomado siquiera un momento para echarle un vistazo a los muebles.

—Rojo —murmuró pensando en su pequeña pelirroja.

Antes de poder pensar dos veces en lo que estaba haciendo, cogió el teléfono y llamó a su secretaria.

—¿Sí, señor Alezandru? —La respuesta fue inmediata.

—Rojo.

Hubo una ligera vacilación, como si no estuviese segura de lo que le había dicho.

—¿Disculpe?

—Busque un buen decorador y que añada algo de rojo brillante a esta oficina —le pidió—. Nada demasiado estridente y traiga una planta con flores en ese mismo color, algo natural, para darle un poco de vida a este lugar.

Escuchó el rasgueo de un bolígrafo sobre el papel mientras iba tomando nota de sus encargos.

—Sobre esos tulipanes —continuó pensativo—. Que envíen dos docenas a la atención de la señorita Judith Stevens, en Strasnice.

Le dio la dirección exacta y añadió una pequeña cita que debería ir escrita en la tarjeta.

—Sí, señor.

El tono de su secretaria había cambiado, no podía ocultar la sorpresa que había en su voz y eso le arrancó una perezosa sonrisa que terminó guardándose para sí.

—Es todo, Natascha, gracias.

Con un rápido murmullo, la mujer que llevaba años trabajando para él, colgó el teléfono y se dedicó a sus tareas.

—Parece que las cosas van a cambiar por aquí y la única culpable es una deliciosa ryšavý^[4].

No estaba seguro de si podría soportar pasar todo un día sin verla, no cuando había probado sus labios y había encontrado en ellos la promesa de mucho más.

Sacudió la cabeza y rescató el móvil de la esquina de la mesa pensando en la breve información que le había brindado sobre ella. Lo último que podía haber esperado era que su compañera trabajase con su contacto en la policía, así mismo, le resultaba realmente irónico que Judith no se hubiese percatado antes de la verdadera naturaleza de Damek.

El pensar en el detective lo llevó a gruñir, su lobo no estaba feliz con la noticia y, para ser sinceros, él tampoco. No le gustaba precisamente la idea de que su compañera hubiese confraternizado con el poli desde hacía tanto tiempo.

«Es mía».

Todo en él gritaba esa verdad, la única que había, una que generaba unos celos que le eran extraños y lo hacían sentirse inquieto. Acostumbrado a tener siempre el control de la situación y de su vida, el momento actual lo sobrepasaba.

Miró la pantalla del teléfono y, tras vacilar unos segundos, sacudió la cabeza y marcó el número que le interesaba.

—Damek —escuchó la rápida respuesta al otro lado del teléfono—. ¿A quién has

matado ahora que necesitas de mis servicios?

Sonrió ante la rápida respuesta de su amigo.

—A nadie todavía, Mirco, a nadie todavía, pero acabo de enterarme de que mi nueva compañera... trabaja para ti.

El exabrupto que escuchó del otro lado del teléfono lo hizo sonreír.

CAPÍTULO 12

—No dejas de mirarme como si quisieras un bocado de mí, Rumati.

Sonrió, no podía hacer otra cosa que admirar a la pequeña hembra que tenía ante él, su compañera, su otra mitad, la única a la que no podía reclamar todavía.

—¿Es así como te miro, Naarita?

Hizo un puchero, sabía que lo haría en el momento en que pronunció el diminutivo de su nombre.

—Odio ese nombre y lo sabes.

—Te llamaré Nahara cuando hayas crecido un par de centímetros más —replicó divertido. Le encantaba ver cómo se sonrojaba, cómo esos ojos brillaban de emoción contenida. Ella era como un espejo abierto para él, una criatura soñadora que pasaba más tiempo con la cabeza en las nubes que los pies en la tierra.

Esa pequeña mujer de tan solo quince años era suya, su compañera y no podía reclamarla. No la privaría de la inocencia de la juventud, de las experiencias que le daba la vida. Esperaría paciente, tanto como un lobo solitario podía serlo y, llegado el momento, la haría suya.

—A veces no sé si eres nuestro nuevo alfa o el lobo omega de la manada —chasqueó ella—, hay una muy fina línea entre ambos, ¿sabes?

Se rio, no pudo evitarlo. Ella sabía ser hartera, tenía ese puntito de travesura que lo encandilaba y lo dejaba en un estado de embobamiento absoluto.

—Procura que el resto de la manada no te oiga decir eso —pidió en fingida confidencia—, mi reputación se iría al garete.

Y ella sonrió, su rostro se iluminó y tuvo que aferrarse al caído tronco para no cogerla entre sus brazos y besarla como deseaba hacer, probar esos labios que se le antojaban dulces y cálidos.

«Todavía no es la hora, Rumati, todavía no lo es».

Esperaría. Por ella esperaría lo que hiciese falta.

Rumati empezó a parpadear, dejando atrás el sueño que hacía tiempo no tenía, uno de los recuerdos más dulces que guardaba de la niña que con el tiempo sería su compañera de pleno derecho.

—Nahara.

Pronunció su nombre y notó la garganta seca. Poco a poco su dolorido cuerpo volvió a la vida, empezó a ser consciente de cada uno de sus miembros y de cada herida o laceración que había sido infringida a su cuerpo. El sueño se alejó cada vez más, robándole ese momento de consuelo y enviándole de una patada a la fría y yerma realidad.

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos de nuevo, la claridad lo hacía lagrimear. Insistió en el proceso unas cuantas veces más hasta que fue capaz de mantenerlos abiertos y enfocar correctamente. Lo primero que vio fue una antigua lámpara colgando del techo por encima de su cabeza y no pudo conjurar en su mente un solo lugar que correspondiese a ello.

—Ah, ya te has despertado.

La acentuada voz lo llevó a ladear la cabeza hacia su izquierda, un gesto que hizo que le estallase y se viese obligado a cerrar los ojos y ahogar un quejido.

—Espacio, Rumati, espacio. —Escuchó de nuevo la voz—. No te he sacado de ese pozo de oscuridad para que vuelvas a meterte en él.

Se obligó a respirar a través del dolor y abrir de nuevo los ojos. El propietario de la voz era un joven de veintipocos años de tez oscura y ojos claros con obvia ascendencia árabe, su aspecto era el de cualquier muchacho pero había algo en él, en el aura que lo rodeaba, que aportaba un aire de madurez que contrastaba con su juventud.

—¿Quién eres?

Él sonrió.

—Malik AlRashid —se presentó—. Hermano del *sheikh* AlRashid, lobo alfa de AlHasa.

AlHasa. AlRashid. Su mente tardó en reunir la información, en comprender quién era ese muchacho y a quién se refería. El *sheikh* AlRashid era uno de los alfas de los Emiratos Árabes.

—¿Y qué haces aquí? —Conocer su identidad no explicaba su presencia o la propia, para cualquier caso, en aquel lugar—. O mejor dicho, ¿dónde demonios estoy?

Intentó incorporarse pero su cuerpo protestó al instante. Las manos del joven acabaron entonces sobre él para su eterna incomodidad, pero el alivio que empezó a extenderse por sus venas palió tal molestia.

—Estás en una cama y vas a permanecer en ella más tiempo del que te gustará si no te quedas quieto en este mismo instante —lo regañó—. Has perdido tal cantidad de sangre que para mí es un misterio el que estés todavía aquí. Pero lo estás, el príncipe Velkan no admitía otra cosa, así que será mejor que guardes reposo y dejes que haga mi trabajo.

La mención del joven príncipe atrajo al momento a su mente los últimos sucesos acontecidos. El rastreo de aquellos renegados, la emboscada y las balas perforando su carne.

Nahara. Su compañera estaba viva, lo sabía con tanta certeza como que estaba respirando. Ella se había salvado, de algún modo había escapado aquella noche.

—Tengo que encontrarla —murmuró más para sí que para el chico. Intentó hacer las sábanas a un lado pero los brazos le pesaban demasiado—. Tengo...

—No, señor, nada de eso. —Las manos del chico lo anclaron a la cama, sus ojos

se encontraron con los de él—. No le harás ningún bien a ella si te matas a ti mismo ahora. No estás en condiciones de salir de esta cama, mucho menos de dar un solo paso. No hemos trabajado las últimas veinticuatro horas a marchas forzadas para mantenerte con vida como para que decidas suicidarte ahora. Relájate, lobo, no es el momento...

Apretó los dientes, quería pelear, quería destrozar a ese mocosito por impedirle salir en busca de su compañera pero apenas podía mover un solo músculo, su mirada era hipnotizante.

—¿Qué estás... haciendo?

—Obligarte a descansar —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Si me prometes que te quedarás quietecito y tumbado, quizá deje que muevas las manos.

Abrió la boca, listo para replicar a sus palabras, pero el sonido de una puerta al abrirse, seguido del conocido olor y la voz del nuevo e indeseado invitado se lo impidió.

—Se quedará justo dónde está. —Escuchó a Velkan unos momentos antes de verlo por fin entrar en su rango de visión—. Gracias, Malik. Ve a descansar, yo me quedaré con él.

El joven le miró y luego hizo lo mismo con el príncipe.

—No dejes que se levante —le pidió—. Prácticamente es un milagro que esté consciente después de todo por lo que ha pasado.

Velkan se giró para mirar al muchacho.

—Lo sé y tienes mi eterna gratitud, sanador —declaró el príncipe.

El muchacho se sonrojó, carraspeó incómodo y señaló la puerta con el pulgar.

—Solo... asegúrate que no se mueve de esa cama o lo que hemos hecho no servirá de nada.

El silencio se instaló entre ellos hasta que escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, solo entonces se permitió hablar.

—¿Es ahora cuando vas a poner fin a todo esto?

La respuesta se hizo esperar, lo siguió con la mirada hasta que se detuvo a su lado de la cama, lo suficiente cerca para acabar con él si lo deseaba y mirarle a los ojos.

—¿Piensas de veras que habría pasado tanto trabajo para mantenerte con vida si quisiera quitártela?

Su voz era lineal, fría, tan inexpresiva como su propio rostro. El hombre que estaba ahora ante él era el príncipe, no el hermano al que había abandonado años atrás. Había cambiado, no solo físicamente, la mirada tras esos ojos dorados decía mucho sin necesidad de palabras y era un claro reflejo de lo que existía en aquellos momentos en su alma.

—Necesito respuestas... las exijo... —insistió inclinándose brevemente sobre él—. Necesito saber si ella...

Entendía su necesidad porque era también la propia, comprendía el dolor que había en el fondo de sus ojos porque era el suyo propio.

—¿Si se ha producido el milagro por el que llevo rezando toda mi vida? — Resumió con sus propias palabras—. Quiero creer que es así, que tanto Nahara como Denali están vivas, que lo que escuché no fue producto de mi imaginación y que esa maldita noche de hace diecisiete años no perdimos parte de nuestras almas.

Notó más que vio el momento exacto en que Velkan perdía esa coraza, que el aire volvía a entrar en sus pulmones devolviéndole el aire del que voluntariamente se había privado.

—¿Qué ocurrió esa noche? ¿Quién fue el responsable de la masacre? ¿Quién demonios es la cabeza de la serpiente que está sembrando el caos entre nuestra gente? —Las preguntas llegaban sin cesar, pero fue la última de ellas la que pronunció con rabia—. ¿Qué te llevó a ponerte en contra de tu propia raza? ¿Por qué no has venido a mí desde el principio?

Porque el fracaso era una mancha en su alma y la culpa un lastre del que nunca había podido deshacerse. Fallarle a su príncipe ya era malo, hacerlo a un hermano, mucho peor.

—Tú perdiste esa noche tanto o más que yo, ¿cómo podía volver a mirarte a la cara cuando me confiaste lo más preciado para un lobo y lo perdí? —Negó con la cabeza—. ¿Cómo hacerlo cuando durante tantos años te consideré responsable de lo acontecido a mi tribu? La semilla fue plantada y germinó, creció fuerte regada por el odio y la desesperación de la pérdida. ¿Qué pensar cuando la justificación que te dan apunta a la única persona en quién confiarías tu propia vida?

Movió la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos durante un segundo.

—Sus palabras eran demasiado convincentes, presentó unas pruebas que parecían poner en el punto de mira a los alfas de Norteamérica y su dolor y sed de venganza eran equiparables a los míos —confesó reconociendo para sí mismo ese hecho—. Envenenó las mentes de lobos inocentes que todo lo que buscaban era vengar a sus familias, encontrar una explicación a esa noche.

—¿Quién es? ¿Quién hay detrás de todo esto?

—No lo sé, juro que no lo había visto jamás hasta que se presentó un día en el bar en el que solía parar y puso sobre la mesa pruebas suficientes para que creyese que su camino y el mismo eran uno y el mismo —declaró—. Se hace llamar Armitage, desconozco su procedencia o a que manada o región pertenece, pero su odio era muy real. Ha perdido algo o a alguien y te culpa directamente a ti de ello.

—Armitage. —Escuchó como repetía el nombre, como si buscase de esa manera que surgiese algún recuerdo, encontrar algo que se le hubiese escapado—. No reconozco el nombre...

—Es un hombre de mediana edad, con el pelo entre negro y gris, pero son sus ojos, de un profundo color acerado, los que parecen clavársete en el alma cada vez que te mira —le dio una parca descripción del hombre—. Posee un acento que parece ir y venir y que por momentos juraría que es... como el tuyo.

Lo vio fruncir el ceño y finalmente negó con la cabeza.

—No puedo recordar a nadie así, pero haré las averiguaciones pertinentes.

—No tiene honor, Velkan, su único código es incitar al odio y al fanatismo, provocar el mayor caos posible para alcanzar su meta la cual solo empiezo a sospechar cual puede ser —aceptó. Hizo una pausa para tomar aliento, su cuerpo parecía revelarse contra él, el dolor aumentaba exponencialmente y todo lo que deseaba era cerrar los ojos y ceder al olvido. Pero no podía, no hasta que le dijese al príncipe todo lo que sabía—. Te busca a ti. Quiere infringirte el mayor daño posible, ese fue el motivo por el que ordenó la masacre de aquella noche.

Le había llevado tiempo comprenderlo, había estado tan cegado por la rabia, por sus plausibles razones que no había visto que el culpable de que su gente fuese asesinada aquella noche había sido él.

—Arrasó mi aldea solo para crear una distracción —apretó los dientes ante el odio que le suscitaban sus formas—, mató a mujeres y niños inocentes solo para provocar el caos y tomar lo que quería. No fue un ataque contra mí o mi manda, fue contra ti, contra la línea de sangre pura de nuestra raza. Esa noche buscaban a la princesa.

El cambio en él fue palpable, su lobo se asomó a través de sus ojos con una silenciosa advertencia.

—¿Qué ocurrió esa noche? ¿Cómo pudieron mutilar a toda una aldea?

El dolor que siempre habitaba en su corazón por la pérdida de su gente salió a la superficie mezclado con la impotencia y la rabia por no haber podido evitar tal masacre.

—Llevábamos semanas sufriendo pequeños ataques, empezaron matando en nuestro territorio de caza pero no se llevaban a las presas, luego un par de nuestros exploradores fueron asaltados y casi dados por muertos. —Reunió todos los recuerdos de aquellos días poniéndolos en palabras—. Empezamos a formar patrullas y salíamos casi cada tarde para comprobar los lindes de los terrenos y buscar a los culpables pero los rastros siempre llevaban a algún lugar sin salida.

Hizo una pausa para recuperar el aliento que empezaba a faltarle.

—El día en que se produjo el ataque había salido a explorar con algunos de los hombres mientras otro grupo hacía de nuevo un barrido del perímetro —apretó los dientes al recordar cómo había pasado la tarde, su despreocupación hasta que sintió el miedo y oyó el grito de su compañera en su cabeza—. Nahara gritó en mi mente, era tan solo una niña y no estábamos emparejados, pero su grito de horror llegó hasta mí. Escuchamos la primera explosión casi al mismo tiempo, entonces una segunda y una tercera y las columnas de humo empezaron a elevarse en el horizonte.

Apertó los dientes y notó la inesperada mano masculina sobre su hombro, un silencioso apoyo que le dio fuerzas para continuar.

—Arrasaron la aldea, salieron de todas partes apestando a humanidad e hicieron saltar por los aires todo lo que encontraban a su paso. —Siseó entre el dolor físico y el que traían los recuerdos—. Prendieron fuego, pasaron por el cuchillo a quienes

estaban desorientados o heridos, no hicieron distinciones entre los pocos hombres que habían quedado, las mujeres o los niños. Humanos, Velkan, no eran lobos, eran humanos y acabaron con toda una manada.

Tomó una profunda bocanada de aire y luchó por encontrar las palabras.

—Ni siquiera sé cómo llegué allí ni cuánto tiempo me llevó —murmuró—. Dejé a mis camaradas atrás y me lancé a la carrera con una única preocupación en mi mente; Nahara. Mi niña, mi compañera, su grito todavía resonando en mi mente. Solo cuando la vi entre el fuego y la destrucción, desorientada pero viva, pude respirar otra vez.

Buscó su mirada y deslizó la mano hasta posarla sobre la del joven lobo.

—Le puse a la princesa en los brazos y la alejé de mí —relató con profundo dolor—. Las empujé lejos de la aldea, la mandé con mi hermana Cala sabiendo que ella se encargaría de sacarlas de allí, que las protegería a ambas con su vida y le di la espalda a todo lo que tenía, a todo lo que me importaba para unirme a mi grupo y salir en *post* de los humanos que intentaban escapar.

Dejó caer la mano, ya no le quedaban ni fuerzas.

—Solo recuerdo sangre, muerte y haberme despertado lo que resultó ser casi una semana después lejos de allí. Unos granjeros me habían encontrado tirado y medio muerto en mi forma lupina, conocían a nuestra raza e hicieron lo posible para salvarme. —A ellos les debía el seguir hoy con vida—. Volví allí pero ya no quedaba nada, ni mi gente, ni mi familia... todo lo que quedaba era el hedor de la muerte y frías cenizas. Lo único que escuchaba a quién me acercase, a quién preguntase era lo mismo que me había dicho esa buena gente y que me negaba a creer; todos habían muerto.

Cerró los ojos y dejó que una solitaria lágrima cayese por la comisura de su ojo derecho.

—Sabía que Cala había escapado, tenía que haberlo hecho y la rastree con la esperanza de encontrar a Nahara y a Denali con ella. Sabía que ella no estaría entre los otros niños que habían conseguido escapar y que los clanes habían ocultado para ponerlos a salvo —se lamió los labios—. La encontré. Encontré a mi hermana... o más bien su cadáver en el paso subterráneo del molino. Sabía que las sacaría por allí, era el lugar más seguro y que prácticamente nadie conocía. Había quedado atrapada por el derrumbe del túnel, posiblemente provocado por las explosiones pero no había señal alguna de las niñas. Las rastree, conocía a la perfección el olor de mi compañera y lo seguí hasta que desapareció. Allí, en el linde del bosque, en una carretera de paso su rastro se extinguió por completo.

Volvió a abrir los ojos y lo miró.

—Las busqué a ambas durante casi un año entero, viaje de un lado a otro como un desquiciado sin encontrar ni una sola pista de ellas —apretó los dientes llevado por la cruda emoción—. En ese momento te odie, hermano, te odié por entregarme algo tan precioso para ti y por haber fallado en protegerlo, me odié a mí mismo por no haber

podido proteger a mi compañera y a mi familia... No era capaz de razonar, dejé que la rabia y el dolor me consumieran y que el lobo tomase mi lugar... Debo confesar que no sé qué hice en los próximos tres años, ni a dónde se encaminaron mis patas. Él me mantuvo con vida porque renuncié a mi humanidad...

Respiró de nuevo filtrando sus emociones.

—No he parado de buscar a Nahara desde entonces, maldiciendo al mundo y maldiciéndote a ti —confesó—. Así que cuando él me encontró y me ofreció venganza, la tomé sin vacilar. Pero eso no era venganza, no había honor en la lucha ni en el asesinato de inocentes. No era lo que yo buscaba, nada de eso haría que ella volviese...

—Fuiste tú el que acabó con esos humanos en Nevada —comentó Velkan, haciendo el primer inciso en todo ese tiempo.

Asintió lentamente.

—Se lo debía a tu alfa —respondió sin remordimiento alguno—. Se lo debía a esas dos jóvenes lobas de mi manada. No supe quién eran hasta que reconocí a la más joven.

—Leah, es la compañera de Odin.

Volvió a asentir.

—El caso es que él no se tomó bien que lo dejase sin activos y ha intentado darme caza desde entonces. Sus órdenes son deshacerse de mí —esbozó una irónica sonrisa—. Lo que no sabía es que dicha caza se volvería contra él y que su insistencia iba a despertar mi curiosidad. Ese día en el parque nacional, no me estaban persiguiendo a mí, estaban siguiendo un rastro... el de dos lobas de una exagerada importancia.

No. No estaban interesados en él, el grupo al que había seguido desde los Estados Unidos hasta Europa estaban tras la pista de alguien más, alguien de suma importancia como descubrió una noche en la que acamparon a las afueras de un pueblo. Siempre procuraban mantenerse lejos de los humanos, a pesar de que solían llevar a uno o dos con ellos.

—*Las quiere de vuelta.* —Había escuchado a uno de ellos—. Las dos perras han debido de hacerle algo gordo si quiere que se las busque hasta debajo de las piedras.

Uno de los lobos de mayor edad resopló.

—*Deberíamos haberlas matado como al resto de los supervivientes de ese clan* —gruñó lanzando algo al fuego ante el que se calentaban—. Especialmente a esa sangre pura...

En ese instante había sabido que si la princesa estaba viva, la otra loba solo podía ser su compañera.

—Le pedí a Nahara que la protegiese —concluyó su relato—, y ella ha cumplido con su palabra. Pero ya es hora de que la libere de ella, ya es hora de que me reúna con mi compañera y traiga a la princesa al lugar dónde pertenece y del que jamás debió salir. Están vivas, Velkan, ellos las estaban rastreando. Tu compañera y la mía están vivas y algo me dice que no están demasiado lejos de aquí.

Solo esperaba que permaneciesen en el lugar y ocultas el tiempo suficiente para que él pudiese encontrarlas y no se le adelantase ese hijo de puta.

—Las encontraremos, hermano —aseguró Velkan apretándole el hombro—. Levantaré si hace falta cada maldita piedra del mundo hasta dar con ellas.

Y lo haría, si algo tenía ese joven príncipe, era honor.

CAPÍTULO 13

Si había algo que la gente no era capaz de disimular era sus emociones, la mayoría ni siquiera eran conscientes de ello, lo que lo hacía si cabía más incómodo para Judith. Miradas, cuchicheos, cada vez que ponía un pie en ese edificio pasaba lo mismo. Daba igual que la hubiesen visto en más de una ocasión en compañía de la policía, la curiosidad y la crítica siempre estaban presentes.

Ignoró a los vecinos y volvió a echar un vistazo a la calle. Damek llegaba tarde, lo cual no dejaba de ser irónico después de la insistencia que había puesto en cada uno de los mensajes que había dejado en el contestador o, más aún, en la breve conversación que habían mantenido después. Él sí podía ordenarle que no llegase tarde, pero el detective si podía demorarse los veinte minutos que ya llevaba esperándole.

Resopló y volvió a asomarse desde el portal justo a tiempo de verlo cerrar la puerta de su coche y cambiar el teléfono de oreja.

—... tranquila, aparecerán antes o después —escuchó que decía, su tono era mucho más suave que el que solía emplear con la gente—. Son dos chicas responsables, habrán cambiado de opinión en el último momento o puede que se hayan quedado sin cobertura... No llames a la Guardia Nacional todavía, no han pasado ni veinticuatro horas para que pensemos en una desaparición... —insistió. Entonces hizo una pausa mientras escuchaba—. Sí. Tengo que terminar aquí con algo y después saldré para allá. Cancelaré mi cita con Merry. Bien. Si llaman, avísame inmediatamente.

Cortó la llamada, devolvió el teléfono al bolsillo trasero de su pantalón y se quitó las gafas de sol que le cubrían los ojos pardos. Sus cejas empezaron a juntarse al tiempo que arrugaba el ceño y la apuntaba con el complemento.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Resopló. Se lo había recogido en una trenza para disimular un poco la intensidad de su actual color rojo, pero al policía no se le escapaba ni una.

—No es asunto tuyo —zanjó el asunto al momento y señaló el reloj—. Llegas tarde, por cierto.

Asintió, él nunca se molestaba en negar lo evidente.

—Sí, acaba de surgir algo...

El tono de su voz unido a la fluctuación de color en su aura fue una advertencia mayor de sus emociones que sus propias palabras.

—¿Le ha pasado algo a tu prometida?

El detective iba a casarse en poco más de un mes, si bien no conocía a la chica en cuestión, había oído por los compañeros que era una mujer muy agradable.

Negó con la cabeza al tiempo que se quitaba las gafas.

—No, no, Merryna está bien.

Y a pesar de todo la intranquilidad seguía presente.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó y señaló el teléfono que había guardado—. Me ha parecido escuchar la palabra desaparición...

Volvió a restarle importancia con un gesto.

—Lo más seguro es que no se trate de nada —comentó avanzando hacia el portal del edificio—. Las hijas de una amiga se fueron de acampada este pasado fin de semana a *Horní Slavkov*, uno de los pueblos en las inmediaciones del bosque Slavkov. Se suponía que volverían anoche, pero no han aparecido todavía por casa y su teléfono da desconectado o fuera de cobertura. Dado que no es la primera vez que deciden salir y vuelven uno o dos días después de la fecha prevista, no debería ser motivo de preocupación.

Enarcó una ceja ante su tono distendido.

—¿Estás seguro?

Asintió y la miró con esa suspicacia que ponía siempre que sus palabras despertaban su lado policiaco.

—¿Hay algo que te haga pensar o... sentir lo contrario?

Negó con la cabeza. En realidad no, sus voces estaban tan silenciosas como si hubiesen acudido todas a la iglesia.

—En ese caso, ocupémonos de lo que tenemos entre manos —declaró y le dedicó al mismo tiempo una mirada un poco extraña—. Me gusta tu pelo, extremo, pero te pega bastante.

Puso los ojos en blanco y bufó.

—Deja en paz mi pelo.

Para su sorpresa levantó la cabeza y se acercó unos centímetros a ella, como si... ¿la estuviese oliendo? Sus labios se curvaron y sacudió la cabeza.

—Así que es cierto —le escuchó murmurar al tiempo que le daba la espalda y traspasaba el umbral del edificio—. Una médium humana es la nueva compañera del alfa de Praga.

Su comentario fue como una bofetada. Se quedó quieta en el otro lado del umbral mirándole, haciéndolo como no lo había hecho hasta el momento, reconociéndole por lo que era, comprendiendo qué era ese halo extraño que siempre había visto en él.

—Oh, con un demonio —siseó en voz baja—. Tú también eres como él. Eres... un lobo.

¿Cómo demonios no lo había visto antes? Esa oscuridad y dualidad de su aura era su parte animal.

Sacudió la cabeza y lo miró con nuevos ojos, buscando aquello que ahora conocía pero en el caso del detective era algo más sutil, no tan fuerte y fiero como en Radu.

—Soy un lobo pero no como él, no tengo en el cuerpo un solo pelo de alfa, aunque no negaré que soy dominante por naturaleza —le soltó con un ligero encogimiento de hombros y la miró por encima de uno de ellos, sus labios

curvándose con diversión—. Te confieso que casi me caigo de culo cuando me llamó para hablar amistosamente sobre su nueva compañera.

Parpadeo de nuevo, su cerebro parecía incapaz de hacer otra cosa que hacerla parecer un búho.

—No deja de resultar divertido especialmente porque pensé que nunca volvería a encontrar a alguien con quien compartir su vida y entonces, aquí estás tú —chasqueó—. Por lo que he oído te ha salvado el culo. ¿No te he dicho en más de una ocasión que acabarías metiéndote en problemas con esas escapadas tuyas?

Su pregunta hizo que se diese cuenta de su lapsus.

—Has dicho volvería —comentó sin quitarle la mirada de encima—. ¿Ha estado... um... casado?

Sus ojos se encontraron con los suyos.

—El matrimonio no siempre se da entre los de mi raza —comentó e hizo una mueca, posiblemente pensando en sí mismo y en su futura esposa—, no en la misma forma en que lo entendéis vosotros. Pero... para que lo entiendas, sí, podría decirse que un lobo emparejado está... casado... con su pareja, a nuestro modo.

Arrugó la nariz y dejó su pregunta a un lado para concentrarse en lo que acababa de decirle.

—Espera, ¿estás insinuando que se ha casado conmigo?

La miró de arriba abajo y sonrió con pereza, parecía estar pasándolo muy bien a su costa.

—Digamos que todavía estás en esa fase de compromiso...

Entrecerró los ojos.

—Te lo estás pasando muy bien a mi costa, ¿no?

Se rio, no ocultó su diversión.

—No te enfades, Judith —le guiñó el ojo—. No te haces una idea del alivio que supone el no tener que andar de puntillas a tu alrededor, mi equipo estará encantado de saber que te has emparejado con el alfa.

—¿Tú gente también es...?

Sonrió de soslayo y aquello fue suficiente respuesta.

—Cuatro culos peludos a tu entera disposición —aseguró—. Reave es el único humano en mi equipo. Y por supuesto, está el resto de la comisaría.

Sacudió la cabeza.

—Genial, así qué he estado formando parte de un zoo sin saberlo.

—Se dice manada. —La corrigió y caminó hacia el edificio—. Y supongo que ahora que estás con Alezandru formas parte de ella. Deduzco que no has notado nada raro por aquí, ¿eh?

Miró el edificio y sacudió la cabeza.

—No, nada que me haya hecho pensar que el episodio: hombre metido a la fuerza en un coche, sea algo más que una fantasía de nuestra querida señora Lourdes.

Lo escuchó gruñir, un sonido que hasta ahora nunca le había oído y caminó hacia

las escaleras.

—Lo que suponía —aceptó y empezó a subir—. A ver si esta vez la convencemos de ello y deja de llamarnos para contarnos cada escena detectivesca que se le pasa por la cabeza.

Arrugó la nariz.

—Si sabes que está como unas maracas, ¿por qué narices vienes? Es más, ¿por qué narices me arrastras a mí contigo?

—Porque cada vez que venimos aquí, tú acabas notando algo raro y terminamos con un nuevo caso resuelto a los pocos días —aseguró sin molestarse siquiera en mirarla mientras alcanzaba el segundo piso—. Eres algo así como mi talismán de la suerte.

—La madre que te...

Llamó al timbre y la puerta se abrió al momento interrumpiéndola.

—Buenos días, señora Lourdes. —Saludó a la madura señora que habitaba el segundo B.

Optó por comerse su propia indignación y se mantuvo un par de escalones por debajo de ellos, ni siquiera le interesaba saber que se le había ocurrido ahora a la loca mujer, en su mente había cosas más importantes.

Lobos. Su jefe desde hacía casi un año era un lobo y parecía tener una relación bastante próxima con Radu. Por otro lado, ese hombre parecía haber estado casado, emparejado o lo que fuera antes. Damek no lo había asegurado, pero tampoco lo había desmentido. Eso la llevaba a preguntarse si en ese mundo existía el divorcio o a la anterior compañera del alfa de Praga le había pasado algo.

Eran muchas las preguntas para las que carecía de respuestas y tampoco estaba segura de si quería descubrirlas. La sola idea de que Radu hubiese tenido otra mujer le provocaba una punzada de celos y no podía evitar preguntarse cómo habría sido ella, si la habría querido, si todavía la quería o la echaba de menos...

Sacudió la cabeza y suspiró, lo último que necesitaba ahora era esa clase de pensamientos, ya tenía suficiente con intentar comprender lo que estaba pasando y no acabar enloqueciendo en el proceso.

Levantó la cabeza y vio cómo su jefe había adquirido de nuevo esa actitud estoica mientras escuchaba la interminable cháchara de la mujer. No sabía cómo lo hacía, cómo era capaz de soportar el agudo tono de su voz o esa aura amarillenta que a menudo era típica de las personas absorbentes.

Si había algo que no soportaba era la inmovilidad, la pérdida de tiempo y el estar allí de pie como una estatua escuchando estupideces. Comprobó el reloj varias veces, se perdió en sus propios pensamientos hasta que el hastío empezó a hacer mella en ella y en su necesidad de moverse. Se desplazó por el corredor, contemplando el edificio, buscando algo, cualquier cosa que le indicase que podría sacar algo de aquella visita, pero allí no pasaba nada.

Damek no estaba mucho más cómodo, el normalmente paciente policía empezaba

a impacientarse y ello repercutía en miradas de superioridad y respuestas secas las cuales ni siquiera perturbaban a la mujer.

—De acuerdo, señora Lourdes —llegó el momento de poner fin a aquella charada, pensó aliviada. Cuando su jefe empezaba con esa frase es que iba a dar pasaporte y rápido—. Pasaremos a la comisaría todos los datos que nos ha facilitado y cotejaremos el número de la matrícula para ver si ese coche está registrado. Gracias por su cooperación.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y la fulminó con la mirada. Casi podía oírle decir: «¿Por qué coño estoy perdiendo el tiempo aquí?» mientras bajaba los escalones que los separaban y se unía a ella en una rápida y aliviada retirada.

—Esa mujer tiene tanta imaginación que podría crear su propia serie de crímenes sin resolver —masculló tomando la delantera, bajando las escaleras de dos en dos, algo sencillo para sus largas piernas—. Recuérdame que sea la última vez que responda a cualquier llamada de este lugar.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—No soy tu secretaria y tampoco paso tanto tiempo contigo como para poder recordarte las cosas...

—Gracias a Dios —masculló al mismo tiempo haciéndola parpadear como un búho ante su poco acertada respuesta.

—Eres un capullo, Damek.

—Tú lo sabes, yo lo sé... eso nos hace dos personas inteligentes.

Puso los ojos en blanco y le dio alcance saliendo ya por la puerta.

—Oye, hay algo de lo que quería hablarte.

La miró de soslayo.

—Si tiene que ver con Radu Alexander, te sugiero que hables tú con él —la interrumpió—. Es tu compañero.

¿La arrestarían si le pegaba una buena patada en el culo a ese hombre?

—No, tiene que ver con la persona a la que le has dado mi número de teléfono, gilipollas.

La acusación hizo que se dejase de andar a zancadas hacia la calle y bajase el ritmo.

—¿De qué me estás hablando?

—Alguien me dejó un mensaje en el contestador automático. —Lo obligó a detenerse—. Era una mujer, la secretaria de un tal Jelinek. Según dice en el mensaje, alguien le dijo que participé en la búsqueda de Anthony Callahan y me solicita ayuda para dar con su propio hijo, el cual lleva diez años en paradero desconocido.

Su acusación hizo que se detuviese en seco y negara con la cabeza.

—Yo no le he dado tu número a nadie, Judith, ni siquiera a mi equipo —le aseguró. Parecía un poco ofendido porque pensara siquiera en ello—. Tu trabajo conmigo es confidencial, ni siquiera las personas a las que has ayudado a encontrar o sus familias tienen acceso alguno a tus señas.

Aquello la hizo fruncir el ceño.

—Entonces, ¿cómo demonios ha dado con mi teléfono y cómo ha sabido que yo ayudé a encontrar a ese niño?

Se había negado a aparecer en las noticias, no quería esa clase de inserción mediática y las víctimas y sus familias siempre habían estado de acuerdo en mantener su anonimato cuando la prensa estaba de por medio.

—No lo sé, nena, pero si realmente te preocupa, puedo intentar averiguar quién es ese tal Jelinek.

Sacudió la cabeza.

—Posiblemente esté sacando todo esto de contexto, pero es que no me gusta este tipo publicidad, ya lo sabes.

Lo sabía y siempre había sido consecuente con ello.

—Envíame esa grabación a mi teléfono —pidió, entonces hizo una mueca—, o grábala en altavoz... lo que sea. Dios, dile a Radu que te compre un móvil a ver si por fin podemos unirte al club del siglo XXI.

Puso los ojos en blanco. Las continuas referencias a su compañero empezaban a molestarla.

—Si quiero un móvil me lo compraré yo, con mi dinero, ese que tú me pagas al final de cada mes —le soltó con palpable ironía.

Sonrió ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—Vas a ser una compañera realmente interesante para un...

No llegó a finalizar la frase pues su teléfono empezó a sonar de nuevo. Lo sacó del bolsillo y frunció el ceño al ver el identificador de llamada.

—Dame un segundo —pidió, recibió la llamada y le dio la vuelta—. Damek.

No llegó a escuchar la conversación pues el policía empezó a alejarse por la acera. Sin embargo, tampoco le hacía falta para comprender que había pasado algo que lo estaba alterando. Su aura, la cual poseía siempre un tono azul claro empezó a oscurecerse, a hacerse más intensa y sus emociones empezaron a bailar de la misma manera.

—¿Estás seguro? —Oyó ahora que se acercaba de nuevo hacia ella—. Sí, sí, por supuesto. Lo que necesites.

Continuó paseando, dándole de nuevo la espalda, iniciando unas idas y venidas completamente ajeno ya a su presencia.

—Sí, sí. Lo sé, de hecho, ya me han advertido sobre ello —le escuchó decir y había cierta risa en su voz—. Bien, estaré atento y avisaré a mi gente. No, no lo creo... Bien. Estemos en contacto.

Colgó el teléfono y se giró entonces hacia ella, mirándola de nuevo con la misma intensidad que cuando llegó.

—¿Va todo bien?

Asintió y guardó el teléfono.

—Noticias inesperadas, muy inesperadas, de hecho, pero buenas —aceptó y

realmente parecía sentirlo así—. Parece que las próximas semanas van a ser un poco movidas.

—Si puedo ayudar...

Volvió a mirarla de esa manera que empezaba a ponerla nerviosa, entonces sacudió la cabeza.

—Por el momento concéntrate en arreglar las cosas con tu compañero —le dijo—, cuanto antes... formalicéis... antes estará a salvo mi pellejo.

Arrugó la nariz ante su enigmática respuesta.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió de soslayo.

—Ya lo verás —le soltó y señaló su coche aparcado al otro lado de la carretera—. ¿Has venido en tu coche? ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Negó con la cabeza.

—No hace falta, he venido con mi coche —aceptó y señaló el final de la calle en sentido contrario al suyo—. Y me iré de nuevo en él. Tengo algunas cosas que hacer antes de volver a caerme por el agujero de conejo.

—Si te sirve de consuelo, no eres la única que se ha caído por él —le aseguró—, esa madriguera empieza a estar saturada.

Bufó a modo de risa.

—Sí, creo que eso podría resultar creíble, Damek, realmente lo creo.

—Veré que puedo averiguar sobre la persona que te dejó el mensaje en el contestador —la tranquilizó—, si encuentro algo te avisaré.

Eso sería suficiente por ahora.

—Esperaré esa llamada —aceptó y su respuesta hizo que él pusiese los ojos en blanco.

—Estoy empezando a considerar seriamente el regalarte yo mismo un teléfono móvil.

Ahora sí que se rio.

—Olvídalo, me gusta seguir incomunicada en lo que a ti respecta.

Sacudió la cabeza.

—Alejandro va a tener las manos llenas contigo —chasqueó la lengua—. Algunos tienen suerte.

Sin más, le dedicó un guiño, dio media vuelta y se metió en su coche, saliendo al escape a los segundos de encender el motor.

—Es un milagro que no tenga un montón de multas acumuladas por exceso de velocidad.

Suspiró y le dio también la espalda, era hora de continuar con su vida e intentar buscar un poco de paz.

CAPÍTULO 14

Maldita fue la hora en la que había accedido a acompañarla en esta absurda aventura, maldito el minuto en el que cedió a esos ojos iguales a los suyos y a la voz dulce y zalamera de su hermana pequeña. Todo esto era culpa suya, tenía que haber supuesto que algo no iba bien en cuanto Cora le anunció, tras su segundo día de acampada que había quedado allí con alguien.

Podía ser la mayor, llevarle cinco años a esa pequeña intrigante, pero al final la que se salía siempre con la suya, la que actuaba como si el mundo fuese suyo y los demás sus súbditos era Cora. No debería haberle sorprendido que la hubiese utilizado para sus escapadas, para verse con alguno de sus nuevos ligues, pero lo último que había esperado es que su hermana de diecisiete años hubiese quedado con un hombre que aparentaba unos treinta.

Debió haber seguido entonces su instinto, debió haberla cogido del brazo y obligarla a correr, debió dejar que su loba tomase el mando y le desgarrase la garganta al grupo de lobos que habían surgido de la nada y que obedecían las órdenes de ese humano.

Pero no pudo, había sido incapaz de detenerla cuando se lanzó a sus brazos y lo besó en la boca, tampoco había podido evitar acudir en su ayuda cuando la vio abrir los ojos presa de la sorpresa y el aroma de la sangre fresca llegó hasta ella. La mirada azul de Cora bailando entre la incredulidad y el horror fue lo último que vio antes de que las metiesen a ambas en una furgoneta amarilla y las trasladasen allí.

«¿Qué he hecho, Anezka? ¿Qué he hecho?».

«Shh. Tranquila. Todo irá bien. Saldremos de esta».

«He sido una estúpida. Él dijo que me amaba. Fue siempre tan... amable, tan mundano... He cometido un terrible error, Anez, un terrible error».

«No hables. Reserva tus fuerzas».

No recordaba el tiempo que habían estado en esa furgoneta, apenas era consciente de todos los baches y los sonidos a su alrededor pues su atención estaba puesta en la herida de su hermana, en la sangre que le manchaba el vestido a la altura del vientre y sus propias manos.

«Tengo miedo, quiero volver a casa».

Una y otra vez había rogado por volver a casa, por volver al hogar, pero sus súplicas no habían tenido otra respuesta que sus palabras de aliento, el calor de su cuerpo pegado al suyo y los silenciosos ruegos que se repetían una y otra vez en su cabeza.

Un ensordecedor grito volvió a replicar entre esas cuatro paredes, no había luz, no había ventanas a excepción de una pequeña claraboya en el lejano techo y el conducto del aire a través del cual le llegaban los sonidos de la sala contigua.

Volvió a lanzarse contra la pared, aporreando el frío metal, desgañitándose hasta que su garganta quedó en carne viva, rogando y maldiciendo mientras su hermana gritaba y llenaba su lúgubre y oscura celda con el eco del horror, el dolor y la desesperación. Ni siquiera podía alcanzarla ya de otra manera, sus súplicas de ayuda habían dejado de invadir su mente, sus lazos se habían cortado de alguna manera y todo lo que podía llegar a ella ya solo era el horror de los golpes y el sonido de herramientas que solo podía imaginar.

—¡Dejadla, malditos! ¡Dejadla! ¡Os mataré! ¡Juro que os mataré a todos! ¡Cora! ¡Cora, resiste!

Pero su hermana ya no pronunciaba su nombre, de su boca solo salían salvajes gritos, alaridos que le atravesaban el alma hasta convertirse en los gorjeos que venían siendo últimamente.

Dos días. Dos largos e interminables días que contaba únicamente por la claraboya que había en el techo, un minúsculo círculo a través del cual veía la luz del día y la oscuridad de la noche, dos días en los que la muerte no hacía otra cosa que rondarlas.

—¿Por qué nos hacéis esto? ¡Qué queréis! ¡Quién sois! Por dios, es solo una niña, ¡dejadla en paz! ¡Dejadla!

Se echó a llorar, ya era lo único que podía hacer en ese lugar de negrura y olor a sangre que parecía haberse impregnado a su piel y adherido a sus fosas nasales.

La muerte estaba cerca y en lo más profundo de su ser sabía que no sería rápida.

—Señor Alezandru, tiene una visita.

Se volvió desde la ventana de su despacho para ver junto a su cohibida y sonrojada secretaria a Arik.

—Gracias, Natasha, ya me encargo yo.

La mujer asintió y se marchó al instante volviendo a su propio escritorio.

—Tienes un efecto interesante en las mujeres, ejecutor. El lobo optó por ignorar su comentario y entró en la oficina cerrando la puerta tras de él. Su semblante serio y el hecho de que estuviese allí, en su oficina, era ya suficiente sorprendente para empezar.

—¿Qué ha ocurrido? —Dejó el tono distendido y caminó hacia él.

—Rumati ha despertado y se está recuperando.

—Y la noticia parece que no te hace mucha ilusión.

—Sabes lo que opino al respecto, pero no es eso lo que me trae hasta aquí.

Asintió y lo invitó a tomar asiento, pero él lo declinó.

—Entonces, ¿ha podido arrojar algo de luz sobre...?

—Están vivas.

La respuesta tuvo el efecto de un proyectil en su pecho.

—¿Qué quieres decir?

Resopló.

—La princesa Daneli y Nahara, la compañera de Rumati, están vivas y ese loco cree que pueden estar aquí, en el centro de Europa, posiblemente en alguna de las regiones de Bohemia.

La noticia no dejaba de ser impactante.

—¿Está seguro de ello?

Asintió y a juzgar por el nerviosismo que traía consigo, no le cabía duda alguna.

—Velkan ha hablado con él nada más despertar y el maldito lobo cree que esa manada de lobos en realidad estaba siguiendo los pasos de las dos mujeres —le informó—, que su presencia aquí obedece a esa persecución y que esta ha sido ordenada por el mismo culpable que está detrás de la destrucción de la manada Daratraz.

Demasiadas conjeturas, pensó para sí, pero bastante plausibles a juzgar por el empeño que habían puesto esos lobos en separarlos cuando les estaban dando caza.

—Si están ahí fuera tenemos que encontrarlas —aceptó, sabiendo que esa sería a partir de ahora la prioridad de todos los lobos de la región.

Arik asintió y dejó escapar un resoplido.

—Su alteza ha convocado a una reunión a los alfas de Norteamérica y quiere que tanto Mijaíl como tú estéis presentes...

Sonrió de soslayo, la ironía goteando de sus labios.

—¿En la misma habitación? ¿Quiere ver sangre?

—Mijaíl está al tanto de sus deseos y, para que quede claro, le ha advertido, y esto va para ti también, que el primero que ponga una sola pega, se quedará sin una oreja o lo que le apetezca arrancar en ese momento.

—Como que está un poquito alterado, ¿no?

—¿Alterado? —bufó Arik—. Está histérico y nos está poniendo histéricos a los demás.

—Ya veo.

Sacudió la cabeza.

—Durante diecisiete años hemos pensado que ella estaba muerta, que la línea de sangre se iba a extinguir si no aparecía una nueva compañera... y ahora... ahora se ha producido un jodido milagro.

Uno que ninguno de ellos podía pasar por alto.

—Tenemos que encontrarla y traerla a casa, llevarla al lugar que corresponde —concluyó Arik—. Con un poco de suerte eso cortará de raíz el síndrome premenstrual que tiene el príncipe ahora mismo.

—Si están en nuestros territorios, las encontraremos —aseguró pensando ya en la mejor manera de abordar esa búsqueda.

—Lo prioritario ahora será dar con ellas y evitar que quien quiera que esté detrás de sus pasos, las alcancen antes que nosotros —explicó, miró el reloj y bufó—. Tengo a Savage y a Melinka recorriendo los perímetros en busca de algún rastro pero por

ahora no han encontrado nada.

Asintió.

—¿Damek? —preguntó. Sabía que el ejecutor tenía potestad suficiente para recurrir a los rastreadores de las distintas regiones y coordinar sus servicios siempre que los necesitase.

—Lo he puesto al corriente —corroboró sus sospechas—. Al igual que a Nikolae. Necesitaremos tejer una red de seguridad por lo que pueda pasar.

—Toma todos los recursos que necesites —concedió—. ¿Cuándo tiene pensado celebrar la reunión?

—Mañana por la mañana, Odin llegará sobre las once, así que a las doce deberían de estar todos reunidos ya bajo el techo del alfa de Bratislava.

—De acuerdo —aceptó y tendió la mano a su compañero—. Allí estaré.

Correspondió a su saludo.

—Le diré a Velkan que puede morderle el culo si quiere a Mijaíl, es el único de vosotros que ha protestado.

Lo raro, pensó, es que ese irritante lobo mantuviese la boca cerrada incluso si se estaba muriendo.

Con un último gesto, el ejecutor se marchó dejándolo a solas con sus pensamientos. Al parecer iba a tener que cambiar su cita de mañana con Judith, retrasarla o aplazarla y la sola idea hacía que le doliesen los dientes.

—Mierda.

CAPÍTULO 15

Lluvia. Había pocas cosas que le gustan tanto a Judith como la lluvia. Debía de ser una de las pocas personas que disfrutaban tanto paseando bajo el agua, que encontraba en el repiqueo de los charcos e incluso sobre el paraguas una melodía calmante. Ni siquiera estaba segura porqué había dejado el coche en el centro comercial al que había ido a comprar algunas cosas para luego ir a dar un paseo por la ciudad en vez de irse a casa. La idea de meterse de nuevo entre cuatro paredes le había resultado asfixiante, así que antes de darse cuenta se había encontrado callejeando hacia la calle Gogolova que daba acceso al Parque Letná, el pulmón natural de Praga. El parque lleno de superficies verdes, grandes árboles y la construcción de estilo modernista, el pabellón Hanavský, un hermoso edificio de hierro colado que albergaba el restaurante y que ofrecía una de las mejores vistas de los puentes sobre el río Moldova.

Muchos eran los praguenses y turistas que se acercaban allí a pasear, hacer deporte, ver el metrónomo o descubrir el famoso *Beer Garden* dónde podían disfrutar de una pinta de cerveza mientras disfrutaban de un ambiente distendido y grandes vistas de la zona vieja de la ciudad.

En su caso, todo lo que buscaba era alejarse de la intensidad del día, de las aglomeraciones de gente, quitarse de la piel el estrés del día e intentar dejar de pensar en él.

¿Cómo demonios podía alguien obsesionarse de tal manera con alguien al que acababa de conocer? ¿Cómo podía llegar a añorarle cuando hacía escasas horas que se habían visto? Nada de aquello tenía sentido y, al mismo tiempo, encajaba bastante bien con lo que solía contarle su abuela.

—¿Vas a decirme que es un te veo y no meo?

—No meas, no comes, no respiras... Imagínate que te quitan el corazón y entonces te lo enseñan de nuevo. ¿No lo anhelarías? ¿No pensarías en dónde está? ¿Qué hacen con él? No deja de ser tu otra mitad y, mientras si bien sabes que la tienes y que está ahí fuera, una vez que la ves, que la reconoces, no podrás alejarte por mucho que lo desees.

—Eso parece demasiado extremo, es como si te robaran tu propia vida.

—No, Judith, es como si te la devolviesen.

—¿Fue así para ti con el abuelo?

—Para cada una es distinto, pero la conexión que sientes siempre está ahí.

Se había resistido a creerlo, había querido probar que estaba equivocada saliendo con otros hombres pero en ellos siempre parecía faltar algo, la conexión que tenía con Radu.

Un hombre que había surgido de la nada, alguien de quien prácticamente no sabía

nada y que la había hecho sentir con solo unas palabras, una caricia y su sola presencia más que en toda su vida.

Se sentía segura en su cercanía, se había descubierto ante él como no lo había hecho ante nadie más y el tener su aceptación había sido casi tan importante como el respirar.

No sabía que pensar ahora, como proceder, le había aliviado que le permitiese irse, darle espacio pero al mismo tiempo hubiese preferido que la atase y la mantuviese cerca de él.

—Ay Dios, ahora mismo sería un gran desafío para el señor Freud.

La manera en que Damek la había mirado, la forma en que había hablado, la hacía pensar que Radu posiblemente le hubiese hecho alguna clase de advertencia. Su mente no dejaba de dar vueltas a las posibilidades y ello no hacía otra cosa que enfurecerla por un lado y hacer que se derritiese por otro.

Ningún hombre había sentido la necesidad de cuidarla de esa manera, de protegerla como si fuese una flor de porcelana que pudiese romperse en cualquier momento o marcar su territorio ante otros hombres, como creía que podía haber sido el caso.

—No quiero ser solo una posesión.

No quería que le pasase como a su madre. Su padre había sido un buen hombre pero entre ellos no había visto ese amor del que le hablaba la abuela, no había ese anhelo ni ese deseo de unirse con el amor perdido. Se habían tenido cariño, se habían cuidado y respetado y esa era la clase de amor que conocía.

—Yo no sé amar, babička. No he podido enamorarme ni una sola vez.

—Eso es porque no has encontrado todavía al hombre adecuado —le había dicho—. Cuando lo hagas, todo será distinto. Ya no verás sombras, todo será luz.

Deseo. Si cerraba los ojos y pensaba en él, rememorando sus besos, era deseo lo que despertaba en su cuerpo, un deseo tan intenso que la dejaba sin aliento y palpitando. Una necesidad tan arrolladora que si él la llamaba iría sin dudar.

Suspiró. La había convertido en una mujer que no reconocía y la necesidad de él la asustaba más allá de lo imaginable.

Echó hacia atrás el paraguas y dejó que unas pequeñas gotas le mojaran el rostro. El chaparrón había pasado y pronto quedarían solo unas tímidas nubes cubriendo la ciudad. Deambulo entre las mesas de madera ahora vacías y se apoyó en la barandilla que cercana al *Beer Garden* y se tomó unos momentos para contemplar la ciudad. Los puentes surcaban el río mientras los tejados de la vieja Praga se alzaban como silenciosos testigos del paso del tiempo. Cerró los ojos y aspiró profundamente antes de soltar el aire de nuevo.

—¡Que alguien me muestre el camino!

Gritó al aire, a la lluvia y a cualquiera que deseara escucharla.

—Que alguien me enseñe cómo caminar —musitó ahora en voz baja—, y qué dirección tomar.

«SIGUE EL LATIDO DE TU CORAZÓN».

La voz se filtró en su alma, casi podía sentir su presencia, su cariño, pero cuando se giró no era su abuela la que avanzaba por el camino con unos patines al hombro.

Mojado de los pies a la cabeza y tan *sexy* e intenso como la primera vez que lo había visto se encontró con el hombre que daba forma a sus pensamientos y la dejaba sin respiración.

—Radu.

Sus labios se curvaron lentamente, asintió y caminó hacia ella.

—Una ciudad tan grande y venimos a encontrarnos de manera fortuita —la saludó—. ¿Qué haces por aquí y con este tiempo?

—Pasear.

—¿Bajo la lluvia? —Se apoyó en la barandilla.

Sí, podía ser un deporte un tanto extraño, sobre todo cuando se hacía sin paraguas.

—Puedes considerarla otra de mis extrañas aficiones.

—No creo que el que te guste la lluvia sea extraño, *přítelkyně*. —Estiró la mano y le apartó un mechón de la cara—. Ahora, llevar un paraguas y no haberlo abierto a pesar de la que está cayendo, eso sí podría entrar en dicha categoría...

—Podría equipararse a que lleves unos patines contigo y estés chorreando.

Sonrió e inclinó la cabeza en respuesta.

—Concedido —aceptó—. Supongo que a mí también me gusta la lluvia aunque no sea demasiado compatible con las ruedas.

—Un lobo sobre patines —sacudió la cabeza—, me ganas en rarezas.

Se rio, una carcajada limpia que la calentó por dentro. Prefería ver esa luz en su aura y no la tristeza que parecía robársela.

—Visto así —se rio—. Mejor que sea nuestro secreto, mi imagen iba a quedar seriamente dañada si se supiese de mis extrañas aficiones.

Sonrió contagiada por su tono burlón.

—Hecho —aceptó y miró de nuevo sus patines—. ¿Haces esto muy a menudo?

—Todavía no, pero es algo que sin duda podría añadir a mi agenda diaria.

¿Por qué tenía la sensación de que no hablaba del patinaje?

—En cuanto a patinar... hay a quien le gusta correr, la bicicleta y esas cosas, yo prefiero los patines.

—¿Por algo en especial?

—Me desafiaron y perdí, así que aprendí a patinar y, como le cogí el gusto seguí haciéndolo.

Parpadeó ante su sinceridad.

—Creo que es una de las pocas cosas que tengo que agradecer a ese desgraciado.

Su aura fluctuó y salieron a la luz un antiguo rencor y el dolor. Aquello traía consigo recuerdos amargos, posiblemente alguien de su pasado.

—A veces es necesario dejar atrás el pasado para poder arrojar algo de luz al

presente.

Esos ojos verdes se encontraron con los suyos.

—No siempre funciona de esa manera, a veces el pasado está tan arraigado que cuesta dejarlo marchar.

—Lo sé, lo sé mejor que nadie —aceptó—. ¿Pero de qué sirve mantenerlo vivo si eso te hace daño?

—Porque matar a mi propio mellizo no es algo que pueda contemplar realmente —suspiró—. Ganas no me faltan, no lo negaré, pero es mi hermano pequeño y una vez fue todo lo que tuve.

—Lo siento mucho.

Negó con la cabeza.

—Ahora te tengo a ti —le acunó el rostro entre las palmas—, y eres la luz de la que hablas, la que hace que quiera vivir anclado en el presente. Gracias por eso, compañera.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

—De nada... Creo.

Le miró los labios y no pudo evitar contener la respiración.

—Dios, deseo tanto besarte.

—¿Y por qué no lo haces?

La miró.

—Porque luego querré más y más de ti. —Le acarició el labio inferior con el pulgar—. Y ni siquiera entonces se si sería suficiente.

Un resumen perfecto de lo que sentía ella ahora mismo.

Para su sorpresa no la besó en los labios, sino en la frente.

—Eres una condenada tentación ahora mismo —confesó dando un paso atrás—. Pero soy un hombre fiel a su palabra. Te prometí tiempo y te lo daré.

No sabía si sentirse halagada o insultada por ser privada de su contacto, pero si algo sabía era que ese hombre ya la tenía en sus manos.

—¿Y si yo quiero que me beses? —murmuró—. ¿Sería egoísta por mi parte pedírtelo?

La miró con tanto anhelo que dejó de pensar e hizo lo que deseaba, fue hacia él y tiró de su empapada chaqueta para atraerle hacia ella.

—No sé qué clase de hechizo has tejido sobre mí, Radu Alezandru, pero no sé ni quiero luchar contra ello. —Lo besó por propia iniciativa y él respondió envolviéndola y atrayéndola contra su cuerpo, dejando que notase la excitación de su cuerpo y prendiese fuego a la suya.

El paraguas, todavía cerrado, cayó de su mano mientras nuevas gotas volvían a hacer acto de presencia trayendo de nuevo la lluvia.

Se separaron jadeantes, la lluvia empapándolos pero nada de eso parecía importarles a ninguno.

—Te deseo —le susurró al oído y le mordisqueo el cuello—, te necesito... —le

besó el pulso—, quédate conmigo... por favor.

Una súplica, una angustia oculta en sus palabras y en su alma.

—Sí —asintió y se separó lo justo para mirarle a los ojos—. No dejes que me arrepienta.

Le acunó de nuevo el rostro.

—No lo harás, te lo prometo.

Asintió y lo abrazó, solo un abrazo pero que llevaba escrito toda clase de súplicas y promesas.

CAPÍTULO 16

La vida podía dar mil vueltas en un solo segundo, una elección cambiar el rumbo del destino y convertir un día bajo en una nueva oportunidad de disfrutar de aquello que deseaba.

Cuando cogió los patines, se puso la ropa deportiva y salió a quemar su frustración no pensó que podía encontrarse con ella, de hecho había luchado con todas sus fuerzas para no tenerla presente a cada minuto y evitar así añorarla. Se había obligado a concentrarse en las recientes noticias, en cómo enfrentarse a ello y dar con la forma más efectiva de conseguir resultados. No se trataba de un capricho, sino de una misión de máxima prioridad para todo lobo vivo y que hubiese jurado lealtad ante su príncipe.

Quería ser egoísta, quería dedicarle tiempo a su compañera pero para ello debería dar la espalda a su propio honor y no podía afrontar algo así, su orgullo no lo permitiría.

Y entonces la había visto, disfrutando de la lluvia de una forma que nunca había visto, demandando que el agua la empapase. Su lobo la había olido, sabía de su presencia incluso antes de que él pudiese darse cuenta de que estaba allí. Verla había alegrado su espíritu pero no había sido nada comparado a probar de nuevo su sabor, a tenerla en sus brazos y saber que era suya.

La deseaba como nunca, anhelaba probar esa piel y convertirse en uno solo con ella, quería amarla y conocer todos sus secretos y, por encima de todo, necesitaba reclamarla y dejar que el mundo supiese que él era su lobo, su compañero y la mitad de su alma.

—Y está es mi casa, no es ni moderna ni sofisticada pero sus paredes han visto ya tres generaciones de mi familia.

Judith se hizo a un lado y lo invitó a entrar. Había sido ella la que había sugerido ir a su casa, sabía que estaría más cómoda, menos tensa y a él le daba igual el lugar mientras pudiese pasar tiempo junto a esa mujer.

Su hogar era como ella, una mezcla de estilos y de colores, auténtica y única y emanaba una calidez y misticismo que hablaba de su herencia.

—Eso ya de por sí le da más valor que cualquier decoración moderna —aseguró cerrando la puerta tras él.

—El baño está por aquí —le indicó—. Dame un segundo y te doy un par de toallas...

—Judith —la detuvo—. Solo te necesito a ti.

Encontraba adorable la manera en que se sonrojaba, le mostraba esa inocencia que existía bajo esa fachada de mujer autosuficiente, algo nuevo para él.

No, esta dulce niña nada tenía que ver con su anterior compañera y no la

compararía, no sería justo para ninguno de los dos.

La acechó dejando que su lobo hablase por él, que su compañera lo conociese tal cual era, la empujó suavemente hasta una pared desnuda y se lamio los labios.

—¿Alguna vez deseaste algo con tanta intensidad que te daba miedo obtenerlo?

Se lamió los labios.

—¿Cuenta este preciso momento?

Sonrió y le acarició el rostro.

—Sí, cuenta tanto o más que cualquier otro —aceptó—. Te deseo, Judith, tanto que no quiero detenerme.

—Bien, porque yo no quiero que te detengas, te ruego que no lo hagas.

—En ese caso, no lo haré.

La besó suavemente, apenas un roce de labios, quería degustar esa blandura que encontraba bajo los suyos, respirarla como si de ese modo pudiese tenerla dentro y hacerla incluso más suya.

Resbaló las manos por su cuerpo y sintió como su lobo gimoteaba encantado, esto era lo que deseaba, lo que quería; a ella. La ropa húmeda estaba pegada a su cuerpo, como también lo estaba al propio, no había querido detenerse, ninguno de los dos parecía estar pensando con claridad y eso podía ser peligroso.

—¿El cuarto de baño? —preguntó separándose de ella lo justo para ver esos bonitos ojos azules brillantes de deseo—. Nos vendrá bien a ambos librarnos de la ropa mojada y entrar en calor. No quiero que pilles un resfriado por mi negligencia.

Su mirada se suavizó, parecía sorprenderse con cada muestra de ternura o cuidado que tenía para con ella, cómo si no pudiese imaginarse que fuese para ella. ¿Quién la había descuidado tanto? ¿Quién se había atrevido a dejarla sola, desamparada de tal forma que un simple momento de cortesía le resultase ajena?

—Tú estás igual de mojado o más que yo —murmuró bajando la mirada a sus pies, contemplando el charco que se había formado allí dónde estaban ambos.

Gruñó, un sonido muy lupino, parte impaciencia parte recordatorio para sí mismo.

—Nos encargaremos de eso después, pero ahora...

—El único baño que hay en la casa es el de mi habitación —le indicó el camino.

—Nos servirá.

Su mano parecía la de una niña engullida en la suya, pero ahí quedaba toda posible comparación. Las curvas que apreciaba bajo la húmeda ropa eran las de una mujer y ardía en deseos de perderse en ellas.

El baño resultó ser un pequeño cubículo en el que difícilmente cabían los dos, la antigüedad de su decoración recordaba el resto de la casa, solo una ducha de nueva construcción parecía ser lo bastante nueva como para desentonar.

La despojó capa a capa de la ropa que llevaba, una forma única de descubrir sus secretos y encontrarse con esa bonita y suave piel blanca y con el pequeño y recortado nido de rizos rojizos entre sus piernas. Se lamió los labios de anticipación pero no hizo nada más, tenía que concentrarse en su actual tarea, ir paso a paso o se

perdería por completo.

Se despojó de sus propias ropas dejándolas en un montón junto a las de ella y dejó que Judith lo guiase en el manejo de la ducha. Pronto el agua caliente empezó a crear una cortina de vapor a su alrededor, probó la temperatura con el brazo y finalmente los arrastró a ambos a su interior.

—Uff... eso duele...

Sabía lo que provocaba el chorro del agua caliente sobre la piel helada pues lo sentía sobre sí mismo, mil agujas parecían picotear sobre la piel hasta que esta iba recuperando la temperatura y al principio podía resultar doloroso. La atrajo hacia sí, piel con piel, su cuerpo menudo apretado contra el suyo en perfecta armonía. Sus cremosos pechos ejercían una tibia presión contra la parte inferior de sus pectorales y sus caderas se ajustaban de forma única y perfecta al hueco de su pelvis.

Su sexo, ya erecto parecía encontrar realmente apetecible esa intimidad, pues se endureció incluso más en contacto con la húmeda piel. Ni siquiera el frío de la ropa húmeda le había afectado lo más mínimo, la presencia y el aroma de su compañera, ahora incluso más presente, hacía que su deseo aumentase sin tapujos.

Deslizó las manos sobre su espalda, bajando por sus brazos, acariciándole los hombros, masajeándola suavemente hasta que sintió como se relajaba contra él.

—¿Mejor?

Su respuesta fue un asentimiento con la cabeza, su mejilla permanecía ahora apoyada contra su pecho, su pelo rojo cayéndole sobre la espalda como una cortina de brillantes rubíes. Estaba fascinado, todo en ella lo fascinaba de una manera que nunca había sentido antes.

—Podría quedarme así toda la noche.

Sonrió ante su respuesta, deslizó una vez más las palmas por su espalda y recaló en sus glúteos, apretándoselos, empujándola contra su erección al tiempo que le acariciaba el oído con los labios.

—Aunque la sugerencia me resulta de lo más atractiva, me muero por estar dentro de ti —le lamió el arco de la oreja con la punta de la lengua—. Quiero lamerte entera, aprenderme tu sabor, descubrir qué es lo que te enciende, lo que te hace gemir... Quiero descubrir todos tus secretos, pelirroja.

Siguió por su barbilla, mordisqueándosela para finalmente reclamar sus labios en un beso profundo y húmedo, totalmente carnal. Su naturaleza lupina quería más, necesitaba más de esa hembra y él no podía estar más de acuerdo con ello.

Se demoró lo justo para procurarles a ambos un rápido enjabonado y aclarado y no pudo evitar reír para sí al oler sobre sí mismo ese aroma a fresas que conocía en ella. Salieron de la ducha entre besos y arrumacos, desplegó una toalla para secarla y, mientras la envolvía y dejaba que ella se hiciese cargo de escurrirse el pelo, se sacó de encima todo rastro de humedad.

Ella era una cosita *sexy*, una mujer realmente deliciosa y con un pequeño grado de timidez que la hacía si cabía más interesante. Le fascinaba esa manera en la que

mantenía las distancias, como si quisiera darle tiempo para retirarse o arrepentirse de algo, nada más lejos de lo que quería en realidad.

Tiró la toalla a un lado y arrancó la suya con decisión, dejándola desnuda de nuevo a su vista, permitiéndose apreciar ahora esa piel rosada por el agua caliente.

—Nunca te cubras ante mí —murmuró con voz ronca—, no hay nada más bonito en estos instantes que tú así.

Su incomodidad seguía presente, la vergüenza le teñía las mejillas pero no apagaba ese ardor que oscurecía sus azules irises. La sujetó de la cintura, sus dedos hundiéndose suavemente en la blandura de su carne.

—No hay nada de ti que no desee ver, recordar y llevar siempre en mi memoria —aseguró atrayéndola hacia él, hacia el calor de su cuerpo, necesitando de su contacto—. Estás hecha para mí, pelirroja, como yo lo estoy para ti.

Volvió a besarla y encontró en sus labios el alivio para su solitaria alma, sus brazos le rodearon la cintura y el suspiro de rendición que bebió de ella lo hizo aullar de placer. Esta era su mujer, su compañera e iba a dedicarse en cuerpo y alma a amarla como se merecía.

La alzó en brazos como si no pesase nada, como la niña que parecía a sus ojos y los trasladó a ambos al dormitorio. Este, al contrario que la casa, ya poseía un estilo más personal, más suyo, todo allí dentro hablaba de la mujer que llevaba en brazos, de la hembra que depositó sobre la cama y veneró como se merecía.

—¿Hablo demasiado o a ti te ha comido la lengua el gato?

Sus labios se curvaron en una perezosa sonrisa, sus ojos se velaron un poco más y se estiró como una dulce gatita sobre la colcha.

—Me gusta oírte hablar, me gusta ese acento tuyo que parece marcar cada palabra —respondió con un tono de voz somnoliento—, no hay necesidad de decir nada más, ¿no?

La siguió a la cama y admiró la dulce figura que tenía bajo él, se deleitó con los pechos llenos y los rosados pezones que apuntaban hacia arriba. Su respiración aumentaba por momentos, la forma en que se elevaban y bajaban sus pechos, la ligera fricción que ejercían sus muslos eran muy reveladores. Estaba excitada, nerviosa y había incluso un punto de temor en esos bonitos ojos.

—No hay fuerza humana o sobrenatural sobre la tierra que me llevase a hacerte daño jamás, Judith —le dijo acariciándole el rostro, manteniendo todavía una distancia prudencial entre ambos—. Eres demasiado preciosa para mí, como también lo eres para mi lobo, estás a salvo.

Su mirada se suavizó e, impulsándose sobre los codos, se incorporó lo justo para acercarse a su rostro.

—Lo sé, no me preguntes cómo, pero es algo que he sabido desde el primer momento —asintió con una tímida sonrisa—, pero no puedo evitar sentirme nerviosa y ansiosa ante lo desconocido, Radu. Eres el primer hombre al que invito a mi cama...

Su declaración lo dejó en *shock* durante unos eternos segundos, su lobo aulló de dicha, pletórico por el regalo que le estaba haciendo su compañera, ser el primero para ella, su primer amante, su primer compañero, su primer hombre.

—Se te ha mudado el gesto, señor lobo —murmuró ella y parecía divertida por ello.

Sacudió la cabeza saliendo de ese momentáneo aturdimiento e hizo lo único que podía, la besó.

Tomó sus labios con pasión y agradecimiento, la acarició como deseaba hacerlo desde que la vio por primera vez, desde que se le paró el corazón al verla resbalar por el borde y respiró aliviado al sentir su cuerpo bajo el suyo.

—Acabas de noquearme, pelirroja —consiguió contestar por fin—. Me estás haciendo un regalo del que no sé si soy merecedor.

—Eres mi otra mitad, eres el único merecedor de ello.

—Tú también eres mi otra mitad, Judith, la única para mí.

Bajó sobre su cuerpo deleitándose en la curvatura de sus senos, tomando los pezones en su boca, succionándola y aprendiendo junto a ella qué la hacía gemir, que la llevaba a retorcerse o arquear las caderas bajo su cuerpo. La lamió a placer, se grabó su sabor en la mente y en el corazón, descubrió los secretos de su piel, dónde tocarla para hacerla gemir y se dio un merecido festín entre sus piernas llevándola a su primer orgasmo de la noche.

Sabía tan bien como se lo había imaginado, respondía a sus caricias y a sus besos como ninguna otra había hecho antes, lo hacía sentirse poderoso y humilde al mismo tiempo. La amó como deseaba, como quería que ella le amase a él y se vio recompensado por su generosidad y la curiosidad innata de esa mujer.

—No... no puedo más... —La escuchó jadear, su pecho subiendo y bajando por el esfuerzo de llevar aire a sus pulmones, su piel transpirando de sudor después de un segundo orgasmo proporcionado por sus dedos—. Por favor... un poquito de piedad por aquí... necesito respirar...

Se rio entre dientes y ascendió por su cuerpo, abriéndose paso entre sus muslos, guiándose a la entrada de su sexo y acariciándola con la punta del pene.

—Estás respirando, pelirroja, esos bonitos pechos tuyos me dicen que estás respirando —anunció inclinándose sobre ella, haciéndose sitio, acariciándole los muslos e instándola a rodearle con ellos—. Ahora quiero que cojas aire muy profundamente y lo sueltes...

—¿Piensas darme ahora una clase de yoga?

—Respira Judith —le mordisqueó el cuello, distrayéndola—, respira profundamente ahora.

Para su buena suerte lo hizo y aprovechó el momento para empujar en su interior, llenándola, notando como sus paredes cedían y le permitían alojarse completamente en su interior. Su sensible olfato notó el aroma de la sangre fresca, el de su virginidad y sintió una mezcla de orgullo y arrepentimiento al mismo tiempo. Orgullo porque ya

era suya y arrepentimiento por el daño que pudiese haberle hecho al arrebatársela.

—Oh... Dios... —su jadeo lo tranquilizó, la sentía temblar a su alrededor pero no detectaba ningún dolor extremo, solo la tensión propia de la iniciación—. Eso... se avisa...

Procuró mantenerse quieto, algo difícil dado que deseaba moverse más que ninguna otra cosa, deslizó una mano sobre su costado y la acarició suavemente, buscando al mismo tiempo sus labios para regalarle un beso hasta que poco a poco su cuerpo se fue aflojando bajo el suyo.

—Si te hubiese avisado, habrías estado incluso más tensa —murmuró a puertas de sus labios—, no deseo hacerte daño, siento no haber podido evitarlo.

Se movió bajo él y esa breve fricción fue increíble. Su lobo gruñó de placer, quería más deseaba más, quería a esa hembra, necesitaba reclamarla.

—Radu.

—¿Dime?

—Deja de hablar y muévete —gimió—. Por favor... sabía que iba a doler... ahora haz algo para que lo olvide.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Será un placer, compañera, será un placer.

Salió de ella lentamente y volvió a entrar con suavidad, dejó que su cuerpo se adaptase a su tamaño, a las nuevas sensaciones y la acicateó un poco con besos, pellizcos y mordisquitos que sembró sobre su clavícula.

—Oh... señor.

Sonrió para sí e imprimió un ritmo pausado al principio y mayor a medida que su deseo tomaba el mando y la necesidad propia crecía en su interior. Su lobo empezó a moverse de un lado a otro en su interior, su espíritu traspasó su piel reflejándose en sus ojos y alargando sus colmillos en la boca en una obvia reclamación del vínculo de un lobo con su compañera.

—Eres mía, pelirroja, tanto o más como yo te pertenezco a ti.

Sin más advertencia empezó a bombear más fuerte en su interior, dejó que su lobo participase de la cópula y le lamió el hombro antes de clavarle los dientes, marcándola y hacerla gritar con un nuevo orgasmo.

«Mía».

«Nuestra».

Le lamió la herida del hombro degustando de nuevo su sangre, sintiendo ya como sus caninos retrocedían y su lobo se quedaba totalmente saciado, tranquilo, orgulloso de la mujer que el destino había decidido poner una vez más en su camino. No había vuelta atrás, ya nada evitaría que ella fuese suya hasta que la muerte viniese a reclamarla y, esta vez sabía, que no la dejaría irse sola. Se iría con ella.

CAPÍTULO 17

Judith nunca había tenido problemas en saber qué decir, pero ese hombre de pie, desnudo y bañado por la luz que se filtraba ya a través de la ventana le secaba la boca e incluso el cerebro.

Radu era un lobo en toda la extensión de la palabra, su posesividad, su magnetismo animal, esa natural dominación... todo ello salía a relucir cuando se despegaba de su parte humana, de su refinada educación y dejaba que su alma tomase el mando.

No era un hombre que se dejase manipular, sabía lo que quería y no tenía inconveniente en ir a por ello como había demostrado en las deliciosas horas que acababan de pasar juntos.

La conexión que había entre ellos se había intensificado, de un modo que no podía explicarse, sus almas se habían fusionado en una sola y eso hacía que se sintiese más cerca de él.

—Pareces estar perdido en tus pensamientos.

Se giró hacia ella y sonrió, su mirada la recorrió con desnuda hambre haciendo que su cuerpo reaccionase al momento. Parecía tener la clave para conseguir todo lo que deseaba de ella, incluso cuando pensaba que se moriría si no le daba un respiro.

Era un amante atento, entregado y muy pasional, había sido cariñoso, cuidadoso y la había mimado de tal forma que no podía imaginarse ya sin él.

—Intento mantenerlo al margen pero no siempre es fácil —comentó—, están pasando demasiadas cosas ahora mismo y... En cierto modo me siento dividido.

Sabía que era así, lo había sentido en él y visto en la turbulencia de su alma. Su abuela había estado en lo cierto una vez más, en la intimidad del lecho, las almas estaban más desnudas que nunca.

—Entiendo que las cosas no están bien por ese lado —comentó sabiendo que estaba preocupado por su gente, por su príncipe y lo que había ocurrido apenas el día anterior—. Si puedo ayudarte de alguna manera...

Caminó hacia ella, subió a la cama y la abrazó, tirándola sobre el colchón.

—Lo más importante ahora para mí eres tú —declaró clavando sus ojos en los de ella—, eres mi prioridad.

—Yo no soy la que está en peligro y tú necesitas estar en contacto con tu gente, especialmente ahora.

Enarcó una ceja, parecía divertido por su respuesta.

—¿Me echas ya de tu lado?

Negó con la cabeza.

—Es tu casa, en todo caso me echarías tú.

—Mi hogar es tu hogar —declaró y miró a su alrededor—. Esta casa se merece

tener un poco de alegría por una vez.

Sus palabras la llevaron a pensar en él y todos esos oscuros lugares que todavía habitaban en su alma.

—¿No la tuvo con tu primera compañera?

La pregunta abandonó sus labios antes de poder evitarla e hizo que él se tensase durante un momento. Su aura fluctuó y empezó a perder un poco del cálido brillo que había ganado esas horas entre sus brazos.

—Lo siento, Radu, he hablado sin pensar...

Empezó a sentirse incómoda, desnuda bajo él. Acababa de estropear una bonita noche por su necesidad de saber, de buscar la forma de aliviar esa carga que parecía inmersa en su alma.

—No debería haber...

Lo oyó suspirar y, para evitar que pudiese abandonar la cama o a él, la besó en los labios para luego apoyar su frente en la de ella.

—Es alguien de mi pasado, alguien que ya no está y cuya partida causó mucho daño —confesó.

Esa era una respuesta que no se esperaba, especialmente no esperaba el rencor en su voz.

—Lo siento, no pretendía insinuar que...

Lo escuchó tomar aire, masculló algo ininteligible y la liberó. Saltó de la cama con pasmosa agilidad, atravesó la habitación desnudo y abrió el armario a su derecha de la que sacó un par de batas.

—Póntela, por favor —pidió mientras hacía lo propio.

El gesto hizo que se sintiese rechazada, sucia y más avergonzada que nunca de estar allí. Cogió la bata e intentó por todos los medios esconder su mirada de él, pero sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca y en un abrir y cerrar de ojos la habían engullido sus brazos, su barbilla posándose sobre su cabeza.

—No te alejes de mí, Judith. —Era una súplica, el dolor en su voz la sacudió con fuerza—. No ahora.

Aflojó su agarre sobre ella y se encontró con sus ojos.

—Necesito que entiendas algo —le pidió mirándola a los ojos—. Sí, he tenido una compañera y la perdí. El destino quiso darme una nueva oportunidad y me envió una pequeña y preciosa pelirroja. He sido lo bastante afortunado para tener dos compañeras, pero en este momento tú eres la única en la que pienso, la única a la que deseo acariciar, eres mi presente, no un fantasma del pasado. Tú eres todo para mí, *přítelkyně*, mi compañera y quiero que te sientas como tal.

Sus palabras eliminaron un poco de la aprensión que vivía en su alma pero no era suficiente. Él seguía anclado en el pasado, podía ser que no de manera consciente pero algo ensombrecía su alma.

—Sé que no tengo derecho a preguntar y no quiero que pienses que deseo causarte daño con mis palabras pero, me gustaría saber qué ocurrió, saber por qué

todavía pareces llevar luto por ella.

—¿Eso es lo que crees?

Negó con la cabeza.

—No lo creo, Radu, es lo que veo en ti.

Se la quedó mirando un poco, entonces asintió.

—Ekaterina fue mi compañera, de hecho, fue mi mejor amiga durante buena parte de mi infancia y adolescencia —empezó a relatar—, creo que ninguno se dio cuenta hasta más tarde que nos pertenecíamos, que estábamos destinados a estar juntos el resto de nuestras vidas y cuando por fin llegó ese momento, sencillamente nos unimos y empezamos nuestra vida en pareja.

Vivimos juntos algo más de tres años, nos entendíamos, nos esperábamos y supongo que nos queríamos Como debíamos querernos. Todo fue bien hasta que mi hermano se emparejó y su compañera empezó a cambiar. Kata y ella se hicieron amigas, empezaron a llevarse como hermanas por ello nadie pudo sospechar lo que ocurría después.

Hizo una pausa y respiró profusamente.

—Mi antigua compañera fue asesinada por la persona a la que quería como una hermana, murió salvando la vida de una niña humana en la propia casa de mi hermano; le asestó cinco puñaladas antes de que pudiesen reducirla.

El horror se filtró en el rostro de Judith y sintió la necesidad de callar, pero ahora que las compuertas se habían abierto era difícil detenerse.

—Zuzanka había perdido la cordura, lo que durante todo un año parecían episodios aislados emergió en un brote de psicosis que costó demasiado a todo el mundo —continuó—. Mijaíl casi enloquece al mismo tiempo, cuando los encontré, Kata estaba muerta, su cuerpo ensangrentado en el suelo y mi hermano acunaba a una inerte Zuzanka en su regazo. El cuchillo todavía estaba a su lado, estaba herido también y no dejaba de repetir «*perdóname*» a su mujer.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

—Si me hubiese escuchado, nadie habría muerto y él no tendría que haber ejecutado a su propia compañera.

—Oh Dios mío.

—Su propio egoísmo llevó a Ekaterina a la muerte, privó a una joven loba de la vida que todavía tenía por delante, de formar una familia... le arrebató la vida y terminó también con la suya.

Había rencor en su voz, dolor y ahora empezaba a ver de dónde venía esa oscuridad. No solo había perdido a la persona con la que se suponía que iba a compartir su vida, lo había hecho de la peor manera posible y en el proceso había perdido también esa otra mitad con la que había nacido.

Ignoraba si Radu se daba cuenta de ello, pero esa rabia que escuchaba en su voz no era por la pérdida de la mujer amada, sino por una amiga, alguien que había ocupado el lugar que antes había ocupado su mellizo. Su odio era hacia el destino, la

oscuridad que veía en su aura era el dolor que le producía no poder solucionar sus problemas. Había decidido odiarle porque era mucho más fácil que compadecerse de él y de lo que la vida les había hecho a ambos.

—No esperaba tener una nueva oportunidad, no esperaba volver a emparejarme y desde luego no pensé que sería de esta manera.

Negó con la cabeza.

—Nada es como pensé que sería, todo es más... intenso contigo, eres... simplemente sé que eres lo que deseo, lo que no sabía ni que estaba buscando pero alguien sin la que no deseo vivir —le acarició con el pulgar—. Hay cosas que son difíciles de dejar ir, pero sé que ya es hora de que pase página, por ti y por mí mismo. Eres mi presente, pelirroja, eso es todo lo que me importa ahora mismo.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

—Yo... ah... también estoy agradecida de tenerte en la mía —murmuró y se mordió el labio—. Aunque... podía haber sobrevivido sin el pedazo mordisco que me has metido en el hombro. Duele, ¿sabes?

Se inclinó sobre ella y deslizó la lengua sobre la fresca herida provocándole un breve estremecimiento.

—Me disculpo por mi efusividad, mi lobo te necesitaba también y, bueno, es la manera en que reclamamos a nuestras hembras —le aseguró al tiempo que le tendía la muñeca—. Muérdeme.

Parpadeó un par de veces.

—¿Qué?

Le acercó la muñeca a la boca.

—Es lo justo —comentó con voz ronca—. Te he mordido, así que puedes morderme a cambio.

—Yo no tengo colmillos, perro dentado.

Se echó a reír, no pudo evitarlo, era el insulto más ingenioso que había oído nunca.

—No los necesitas —le acarició la mejilla con los nudillos—, no necesitas hacer nada más que lo que estás haciendo.

—¿Y qué es según tú?

Se acercó a sus labios.

—Mirarme como si no existiese nadie más para ti.

Vio cómo sus mejillas adquirían un tono rosado y la vergüenza burbujeaba en su interior.

—Um... en este momento, puede que sea así... ya que no hay nadie más en la habitación que...

—No hables, Judith, no hables.

La besó y la atrajo hacia él, disfrutando de su presencia, su aroma y de la mujer que empezaba a convertirse en todo para él.

CAPÍTULO 18

Radu empezaba a ver las cosas distintas bajo la luz de un nuevo día. La noche anterior había vivido uno de esos episodios que quedan grabados para siempre en la vida, un momento revelador y no solo por el regalo que le hizo Judith, sino por la libertad que obtuvo al dejar que el pasado saliese a la luz y los fantasmas empezaran a desvanecerse bajo otra niebla. Nunca se había parado a pensar en la pesada losa que llevaba sobre el pecho, en lo que la inesperada y horrible muerte de Ekaterina había significado verdaderamente para él. Su nueva compañera había despejado con tan solo su presencia y las cosas que le hacía sentir algo que siempre había pensado pero nunca se había atrevido a aceptar; no había amado a su primera compañera.

Durante demasiados años había querido guardarse para sí parte de la culpa de lo que había ocurrido, se había flagelado por no estar allí e impedirlo, por dejar que ella se sacrificase por su hermano... por permitir que Mijaíl se viese obligado a dar muerte a su propia mujer... Un compendio de desastres que los habían llevado a los tres a perder todo lo que tenían y, en su caso, a perder también a su hermano.

Odiaba a su mellizo solo porque él había estado en el lugar que debía ocupar él, su rabia había crecido porque no había podido hacer nada para salvarlos a ambos, en vez de mantenerse a su lado y ayudarse mutuamente a superar la pena, Mijaíl había seguido un camino demasiado oscuro a través del que nunca podría acompañarle.

Miró la durmiente figura en su cama y no pudo evitar preguntarse qué habría hecho si le hubiesen arrebatado a Judith de la manera en que Zuzanka le fue arrebatada a su hermano.

¿Qué podía ser más doloroso que tener que dar muerte a la mujer que amas? ¿Qué más podría marchitar tu alma, matarte en vida y hacer que subsistieses como un fantasma a pesar de que tu corazón seguía latiendo?

No. Él no había podido protegerla, ni a ella ni a Ekaterina, no había podido salvar la vida de aquellos que había seccionado en su extrema locura y su condena no tendría fin, nunca podría perdonarse a sí mismo lo que había hecho. Nada podía ser peor para un lobo que verse obligado a terminar con la vida de su propia compañera.

Su dulce pelirroja se revolvió sobre el colchón, la sábana con la que la había arropado se desprendió de su cuerpo dejando a la vista la suave y blanca piel de la curvatura de su espalda y el nacimiento de esas perfectas nalgas. Se lamió los labios inconscientemente, su lobo levantó las orejas y olfateó el aire sabiendo que ella era suya y que podía unirse a esa cama si así lo deseaba.

Ahora no. Dejémosla descansar.

Sacudió la cabeza y dejó la habitación, no quería despertarla todavía, le gustaba verla allí, saberla a salvo en su propia cama, la misma que había decidido compartir con él.

Entrecerró los ojos cuando llegó al salón, las persianas estaban todas levantadas dejando que el pequeño lugar se llenase de luz. En muchos aspectos aquel era como un oasis en medio de una tormenta de arena, un paréntesis que le habían concedido con ella, pero no podía evitar pensar en que ahí fuera, en algún lugar de esa ciudad, había una hembra de sangre pura que debía ser devuelta a su hogar.

Volvió a mirar hacia atrás, a la puerta cerrada de la habitación y se tranquilizó a sí mismo. La había reclamado, estaba vinculada a él como cualquier compañera y eso le proporcionaba una tranquilidad y estabilidad que no había tenido antes.

Un ligero cosquilleo en la parte posterior de su mente le alertó de su despertar.

«¿Radu?».

Sonrió a pesar suyo. Su voz cálida y somnolienta le parecía de lo más *sexy*, la timidez con la que le tocaba en su mente hacía que quisiese girar sobre sus talones y volver a ella.

«Duerme tranquila, pelirroja, tengo que hablar con mi gente».

«¿Qué hora es?».

«Hora de que sigas durmiendo». Le aseguró. «Estoy en tu salón, espero que no te importe que ocupe tu espacio».

«Ocupa lo que quieras, no creo que le importe tener visitas si eres tú».

Sus palabras lo hicieron fruncir el ceño, no estaba seguro de si se trataba de una equivocación y de su somnolienta mente o acababa de decirle que había alguien más.

«¿Importarle a quién?».

«A babika».

Su abuela. Miró a su alrededor y sus ojos se toparon con un retrato encima de un mueble. La mujer que lo miraba con unos ojos muy similares a los de su nieta parecía sonreír.

—Espero no le importe que haya invadido su casa —murmuró mirando la foto—. Me he propuesto cuidar de su nieta, mi compañera, por lo que es posible que me vea muy a menudo por aquí.

Su lobo levantó las orejas al momento, se agitó como si sintiese algo y esa sensación penetró también en su alma. Era cálida, tranquila y con un aroma a flores.

Echó un vistazo a su alrededor y sonrió para sí.

—Gracias por la bienvenida.

Dándole la espalda a la foto se acercó a una de las ventanas, contempló a imagen de la tranquila calle y cogió el móvil para llamar a su beta.

—Vaya, al fin decides dar señales de vida. —La voz de Melinka se entremezclaba con los sonidos típicos de la cocina—. Habría salido a buscarte de no ser porque lo más seguro es que hayas dormido muy a gusto y calentito en brazos de tu compañera. ¿Me equivoco?

Hizo una mueca, aquella mujer era peor que una vidente en lo que a él respetaba.

—Más o menos. —Optó por no dar detalles—. ¿Alguna novedad que deba tener en cuenta?

La escuchó resoplar y machacar algo. Posiblemente estaba haciendo la masa para los bollos de canela. Pensar en ellos se le hizo la boca agua.

—No. Solo frustración a raudales —aseguró—. Hemos peinado toda la reserva varias veces, incluso nos hemos extendido hacia los pueblos circundantes sin demasiado éxito. Y ya sabes de qué humor me pone que no me vaya bien en la caza.

Lo que quería decir que esos renegados habían dejado la región a toda velocidad o estaban escondidos, jodidamente bien escondidos.

—Imagino que Arik ya te ha puesto al corriente de la reunión de esta mañana.

—Sí —aceptó con un suspiro—. Algunos se van a caer de culo con las noticias, Nicolae ya lo ha hecho.

Y no era el único, pensó.

—Me reuniré contigo allí, a menos que quieras que vaya a buscarte a algún lugar —sugirió con voz petulante.

Puso los ojos en blanco.

—No es necesario —replicó—. Estoy con Judith.

—El mejor lugar para un lobo que acaba de emparejarse, sin duda —canturreó—. ¿Y bien? ¿Vas a traerla contigo o la dejarás guardada bajo llave?

—No voy a encerrarla. —Aunque cierto era que ganas no le faltaban, sin duda eso aliviaría cualquier malestar al verse privado de su presencia y no saber dónde estaba—. Y no creo que este sea el momento indicado para hacer una presentación en sociedad.

—Bien, la haremos en la próxima reunión anual de la raza —continuó con su acostumbrado buen humor—. Procura no llegar tarde.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó sabiendo que la que era por naturaleza impuntual era ella—. Estaré allí en dos horas.

—De acuerdo, jefe.

Sin más, cortó la comunicación dejándole con el teléfono a la oreja antes de que pudiese incluso decir adiós.

—Lobas... —negó con la cabeza—. Menos mal que esta está ya emparejada y no tengo que aguantarla yo.

Judith no era capaz de quedarse quieta ni en la cama, no cuando sentía la frustración de Radu en su propia piel. Se llevó la mano a la línea del hombro y tembló al notar la piel enrojecida y los contornos de un mordisco. Una marca de propiedad, de unión, la misma que él le había invitado a hacerle en la muñeca cuando se quejó de que le mordiese. La manera en que le había presentado el brazo y la muñeca la sacudió con fuerza.

Él deseaba llevar su marca de la misma manera en que había dejado la suya en su piel. Ese lobo no hacía nada a medias, cuando se entregaba, lo hacía por completo y exigía lo mismo por su parte.

Se lamio los labios y se llevó la mano al convulso estómago. Los nervios volvían a hacer acto de presencia ahora que la luz del sol desvanecía la sensualidad de la noche, con todo no era solo su propio malestar el que sentía, sino el de su compañero. Algo lo había perturbado, posiblemente alguna noticia que acaban de darle.

Hizo a un lado las sábanas y bajó de la cama. El rostro volvió a teñírsele de color al ver las manchas rojizas ya secas manchando la tela, su sexo eligió ese momento para recordarle los excesos de la noche anterior y el placer compartido.

Sacudió la cabeza y pasó al baño. Se dio una ducha rápida y se puso lo primero que encontró antes de atarse el pelo rojo en una coleta y buscarle en el salón.

—No hacía falta que te levantasess —la recibió al lado de la ventana. Su semblante había vuelto a adquirir un poco de la dureza del día anterior, pero sus ojos eran amables cuando se posaban sobre ella.

—Cuando despierto ya no puedo dormir —confesó con un ligero encogimiento de hombros y acortó la distancia que los separaba. Por extraño que pareciese, necesitaba estar cerca de él, quería darle consuelo.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que le preguntó, cogiéndole la mano y depositando un beso en su palma. Ese hombre era extremadamente tierno.

—¿Lo estás tú? —preguntó a su vez.

No se molestó en disimular, algo que sin duda le agradeció.

—Todo lo bien que puedo estar con una posible guerra a las puertas de mi casa —aceptó con un profundo suspiro—. El príncipe ha convocado una reunión en dos horas y tengo la obligación de estar allí.

Asintió comprensiva.

—¿Alguna noticia sobre esos lobos que estáis buscando?

Negó con la cabeza.

—Ninguna por el momento. Velkan ha decidido reunir a sus activos más cercanos e íntimos para ponerlos al corriente de la supervivencia de Denali —compartió la información con ella—. Hay que dar con ella y traerla a casa lo antes posible.

«*Búscala*».

La voz se hizo eco en su mente incluso antes de que hubiese podido conjurar un solo pensamiento. Esta vez sonó tan clara, tan nítida que no pudo evitar volver la mirada hacia el cuadro.

—¿Ella es una de las voces de tu cabeza?

La pregunta vino de su compañero. Radu permanecía repentinamente alerta, su mirada escaneando la sala, casi podía ver a su lobo en la superficie, asomándose a través de sus ojos.

—¿Qué?

La miró.

—Hay algo extraño en tu casa... como una presencia, no sé definirlo mejor... es como si te guardase las espaldas.

Su percepción era asombrosamente fiel y cercana a la suya propia.

—Es una huella similar a la tuya... pero distinta... ella huele a flores.

Ese pequeño detalle la noqueó.

—¿Cómo sabes que es ella?

Los ojos claros del lobo se clavaron en ella y finalmente en mueble sobre el que descansaban los retratos.

—Tú me dijiste que posiblemente no le importaría tener visitas, a tu abuela —respondió con un ligero encogimiento de hombros y señaló el retrato de la mujer pelirroja—. Me presenté, le dije quién era y que estaba aquí para cuidar de ti. Eso debió ganarme su favor.

Y posiblemente ese era también el motivo por el que las voces no le atronasen la cabeza cada dos por tres, ahora parecían asomarse a su mente solo cuando lo necesitaba.

Siguió su mirada hacia el retrato y se lamió los labios.

—Ella fue quién me crio, quién me explicó lo que era y me enseñó a tener una mente abierta ante las cosas que para la gran mayoría no tienen explicación —aceptó y se volvió hacia él—. Ha sido mi guía desde que no está... y una de las voces que oigo en mi cabeza.

—¿De quiénes son las otras voces?

Negó con la cabeza.

—No sé sus nombres, solo que son mujeres de mi línea de sangre, mis antepasadas. —Se encogió de hombros un poco avergonzada—. Esas son las que me guían... las otras, solo gritan... O lo hacían hasta que apareciste tú.

—¿Es así como trabajas con Damek?

El nombre del detective la hizo suspirar.

—En cierto modo —aceptó, le cogió de la muñeca y tiró de él hacia el sofá—. Ven, deja que te dé un curso acelerado sobre la mujer que te ha tocado en la lotería.

La siguió manso, divertido, casi curioso y se sentó a su lado.

—Soy algo así como un pescador que echa la caña en medio de un banco de niebla, ¿vale? —intentó explicárselo—. Puedo oír a los peces chapotear pero no puedo verlos, no hasta que alguno se acerca lo suficiente y decide hablarme.

Se pasó la mano por la frente y lo miró.

—Es como cuando tú me hablas aquí —señaló la sien—. Escucho tu voz pero también tus emociones, es como si pudiese tocar tu alma y supiese que hay en ella. Pues con los... peces... que contactan conmigo pasa igual. Otras veces soy yo la que los busca, la que establece... digamos una especie de llamada a larga distancia... Una foto, una imagen, un objeto... soy capaz de rastrear a la persona y, en ocasiones muy contadas, he llegado a ver a través de sus ojos... o esa es la sensación que me ha dado.

Se volvió hacia él y se encontró con su mirada fija en la de ella.

—Ya te dije que no era... una persona que entrase en la categoría de normal.

—Ninguno entramos en esa categoría, Judith, yo mismo podría encabezar la lista

de cosas extrañas —aseguró con sencillez—. No te avergüences de lo que eres, porque es lo que hace que seas especial.

Sus palabras la calentaron. El poder hablar con tanta sinceridad con alguien y que no se riese o la tachase de loca, era algo que no había tenido desde la partida de *babika*.

—Me ha tocado la lotería contigo, ¿eh, lobo?

Sonrió de soslayo.

—Y yo que pensaba que era a mí a quién le había tocado —le rozó la mejilla como solía hacer cada vez que deseaba su total atención—. No deseo que cambies, quiero que seas tú, siempre, sin importar las circunstancias.

Una ligera brisa la acarició y le revolvió el pelo, una caricia llegada desde el más allá junto con la más clara de las voces.

«*Cuida de mi niña, lobo, protégela con tu vida y ella vivirá solo para ti*».

No se le escapó la forma en que las pupilas de Radu se dilataron, el cambio en su respiración y en el color de su aura.

—Lo haré —murmuró entonces sin dejar de mirarla—, hasta mi último aliento.

Sus palabras no hacían sino confirmar sus sospechas, había escuchado las palabras de su abuela.

—¿Ves lo que tengo que aguantar?

Sonrió y sacudió la cabeza.

—No es tan malo, pelirroja, tendrías que estar en la posición de Velkan para ver lo que son un millar de voces retumbado al mismo tiempo a través del vínculo de la manada, el teléfono, fax e incluso por video conferencia.

Hizo una mueca.

—Pobre hombre —lo compadeció—. Me gustaría poder hacer algo para ayudar. No sé si podría servir de algo, pero si estáis buscando a alguien, quizá yo pueda dar con ella.

La contempló durante unos momentos y asintió.

—En estos momentos toda ayuda es bienvenida —aceptó sin vacilar—. Déjame que hable con Velkan, necesito saber todos los pormenores de lo ocurrido y si es viable la clase de ayuda que puedes prestarnos.

Asintió. Sabía que la respetaba por lo que era, que respetaba su trabajo y lo que hacía, eso ya era suficiente por ahora.

«*Ayúdales a encontrar lo perdido, vnučka*».

La voz se hizo más y más lejana hasta desaparecer dejándole una sensación de paz y determinación que le dio las fuerzas que necesitaba para enfrentarse al mundo.

—Haré lo que pueda para ayudaros —asintió, entonces señaló hacia la cocina americana con el pulgar—. ¿Tienes tiempo para desayunar antes de irte?

No dudó en asentir.

—Sí, puedes apostar a que siempre tendré tiempo para ti.

Y esa era toda una declaración para un hombre tan ocupado como parecía serlo él.

—No he tenido ocasión de preguntarte a qué te dedicas.

Sonrió de soslayo.

—Soy empresario —aceptó levantándose con ella—. Poseo una de las fábricas más importantes de cristal de Bohemia del país.

Parpadeó ante su inesperada respuesta.

—Vaya. —No se esperaba algo así pero, por otro lado, sí, Radu encajaba perfectamente en una oficina, vestido de traje y atendiendo el teléfono y sus negocios—. Me encanta el cristal de bohemia.

Se echó a reír, una carcajada limpia y muy masculina.

—Lo tendré en cuenta, compañera, lo tendré en cuenta.

Sonrió a su vez y lo guio hacia la cocina, su pequeño territorio.

—Gracias por haberte quedado esta noche conmigo.

Unos brazos la rodearon desde atrás, sintió sus labios contra el cuello y su aliento cerca de su oído.

—No me lo agradezcas, pelirroja, quería ser un caballero, quería darte la libertad que necesitabas, tu espacio, pero he descubierto que cada vez que te veo, cada vez que capto tu aroma, no puedo pensar en otra cosa que no sea en ti —le susurró haciendo que todas sus terminaciones nerviosas se pusieran firmes y su sexo se humedeciese—. Sabes Judith, eres el tipo de compañera de la que podría llegar a enamorarme, algo nuevo para mí.

Sus palabras la dejaron sin aire durante unos breves segundos, el corazón latiéndole a toda velocidad.

—¿No estabas enamorado de *ella*?

No hubo vacilación en su voz.

—No lo creo. —Fue sincero—. La quería, pero no de la forma en la que tú me haces sentir —la giró en sus brazos para poder mirarla de frente—. Supongo que es algo que con el tiempo tendré que descubrir contigo.

Enamorarse de ella... Enamorarse de alguien como él. Quizá. Algún día... si llegaba a descubrir que era el amor...

—Si ese día llega, ¿me lo dirás? —Odió la vulnerabilidad en su propia voz pero no pudo evitarlo—. Yo no... No sé si sabría reconocerlo.

Le acunó el rostro como solía hacer.

—Ya te deseo y te anhelo como nunca he deseado y anhelado a una mujer. En apenas un par de días has conseguido que sonría y que mi alma pese menos... No sé si eso quiere decir que voy en la dirección correcta, si te quiero o todavía debo aprender a hacerlo, pero te puedo jurar algo y hacerlo ahora mismo. Siempre sabrás como me siento contigo, Judith, solo tienes que meterte en mi alma para verlo.

Y su alma era de un vibrante y maravilloso color rojo, el color de la pasión, del fuego y de su propio pelo.

—Entonces, ¿desayunamos?

El inoportuno timbre en su puerta le impidió contestar. Miró hacia el lugar en

cuestión y frunció el ceño, no era de las que recibía visitas.

—¿Quieres que abra yo?

Lo miró y negó con la cabeza.

—Será alguna vendedora de Avon madrugadora o uno de esos misioneros en busca de conversos —suspiró, le dedicó una media sonrisa y fue a la puerta, echó un vistazo a través de la mirilla y frunció el ceño.

—Pero qué...

Abrió la puerta y se encontró con una repartidora a domicilio que traía en los brazos un ramo enorme de tulipanes rojos.

—¿La señorita Judith Stevens?

Asintió.

—Sí, soy yo.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró con aquel precioso *bouquet* en los brazos.

—Genial, firme aquí —le acercó una tabla con un recibo—. Que tenga buen día.

—Pero...

La mujer dio media vuelta y se marchó tan rápidamente como había llegado.

—Tendrían que haberte llegado ayer, aunque supongo que este momento es más que adecuado. —Radu se presentó a su lado y cerró la puerta, apoyándose luego en ella—. Con todo, no son tan intensos como tu pelo.

Parpadeó y miró las flores.

—¿Son tuyas?

—Te dije que era un caballero.

Se quedó sin palabras. Jamás nadie le había regalado flores. Miró los tulipanes una vez más y luego a él.

—Eres un hombre extraño, Radu Alezandru —murmuró escondiendo el rostro entre los tulipanes—. Gracias por los tulipanes.

—No hay de qué, pelirroja, no hay de qué.

Sí, ese hombre era extraño, pero era precisamente en su extrañeza dónde radicaba su atractivo, uno que empezaba a descubrir que le gustaba más de lo que debería.

—Vamos, prepararé el desayuno —le indicó la cocina—. Te lo has ganado.

Se rio, una carcajada sincera, masculina, libre de ataduras.

—Siempre que tú seas vengas con el premio, estaré más que encantado de ganar lo que haga falta.

CAPÍTULO 19

Horas más tarde...

Bratislava, Eslovaquia.

—Bueno, ¿vas a contarnos ya el motivo por el que nos has metido tanta prisa y a qué viene tanto secretismo?

Velkan miró a Luke, el alfa de Manhattan estaba de pie a su lado, visiblemente interesado por saber qué lo había hecho coger un vuelo a la velocidad de la luz y trasladarse junto con otros alfas de Norteamérica a Europa.

—Sí, lo haré.

Comprobó que todos y cada uno de los convocados habían asistido sin demora, incluso Mijaíl y Radu estaban presentes en la misma habitación, si bien permanecían cada uno en una esquina. El primero mantenía una sonrisa maquiavélica en los labios, un intento por disimular su obvia incomodidad mientras que el segundo seguía con esa mirada tosca con la que había entrado. Casi podía considerarse un milagro que ambos estuviesen en el mismo espacio sin matarse, especialmente cuando dicho espacio era el nuevo hogar de Mijaíl.

Había conflictos que debían enterrarse para permitir que la vida siguiese su curso, pero en el caso de esos dos, el pasado no era sino un arma para atacarse infinitamente.

—Bien, porque reconozco que estoy intrigado con tanta celeridad —añadió Odin, quien, acompañado de Quinn y las compañeras de ambos, flanqueaban su izquierda junto a Santana y Jeremy—. Como también me intriga el hecho de que Mijaíl esté dando refugio a un jodido asesino.

La acusación no tardó en tener réplica por parte del mencionado.

—Me limito a cumplir las órdenes del principito, Odin —se encogió de hombros—. Considérame el mensajero.

El irritado alfa de Nevada clavó los ojos azules en él con un bajo gruñido.

—Y eso me cabrea aún más —replicó intentando mantener una actitud relajada delante de él—. Una explicación iría maravillosamente bien ahora, a menos que me permitas devolverle el favor.

Y esto era algo que sabía pasaría antes o después. El lobo tenía una cuenta pendiente con Rumati, una que no podía permitirle saldar.

—Me permito recordarte que salvó a tu compañera aquí presente —apuntó oportunamente.

—Sí, pero antes casi acaba conmigo —le recordó empezando a perder la paciencia—. Perdona si le guardo un poquito de rencor.

—Wow, un momento —intervino Leah—. ¿Estáis hablando de ese lobo negro? ¿Él está aquí?

El interés en la joven loba alfa era genuino, como también lo era el gruñido de advertencia por parte de su compañero.

—Leah. —La frenó con tan solo una advertencia—. Que ni se te pase por la cabeza, compañera.

La chica se giró hacia él con total naturalidad.

—¿El qué? ¿Dale las gracias por evitar que me convirtiesen en carne para hamburguesas? —le soltó tan tranquila—. Si no quieres oírlo puedes taparte las orejas y cierra los ojos ya de paso, así no tendrás que verlo.

Dicho eso se giró hacia él.

—Intuyo que, de los aquí presentes, solo Dawn y yo somos las únicas que no le iremos al cuello —comentó poniendo en palabras lo que él mismo había supuesto—. Y hablo en serio, me gustaría darle las gracias por su oportuna intervención.

—Dado que ella y tú sois las únicas lobas originales de su manada, estoy seguro de ello —le dijo y eso captó la atención de ambas.

—¿De su clan? ¿Te refieres al clan Daratraz? —se interesó Dawn cuya mirada empezó a iluminarse—. ¿Ha sobrevivido? ¿Rumati está con vida?

—A duras penas —comentó Mijaíl con su usual sarcasmo.

—Sobrevivirá. —Intervino entonces Malik, quién guardaba un discreto puesto junto la puerta—. Y, si quieres saber mi opinión, Voda, a él podría venirle bien el ver con sus propios ojos que esa noche no pereció toda su gente.

Las miradas de Dawn y el jovencísimo sanador se cruzaron en un silencioso entendimiento.

—¿Es peligroso?

Esta vez la pregunta vino de parte del beta de Odin.

—Quinn... —lo avisó su alfa.

El lobo negó con la cabeza.

—No has estado aquí estos últimos seis meses, Odin, no has visto lo que estos dos —señaló a su compañera y a Malik—, han sido capaces de hacer. Los recuerdos que Dawn reprimía han vuelto y se han despejado varias incógnitas de lo ocurrido entonces. El más importante de todos es por el que Velkan nos ha hecho llamar a todos, ¿me equivoco?

—Rumati Daratraz —añadió entonces Santana. El alfa de Texas era uno de los lobos que había sufrido en sus propias carnes uno de los ataques que se habían producido en los Estados Unidos. Había sido Cleo, la compañera de Jeremy, la que había obrado el milagro de que hoy Santana estuviese con ellos y pudiese disfrutar viendo crecer a su hijo—. Pensé que había perecido con el resto del clan. Esa noche fuimos incapaz de dar con él, algunos de los supervivientes lo vieron salir detrás de los asesinos... Al no encontrar su cuerpo, pensamos que sucumbiera también.

Su mirada fue entonces sobre Odin.

—¿Y él fue el lobo que te atacó? —chasqueó la lengua—. Tienes suerte de estar vivo, compadre.

—Si el recién resucitado jefe de los Daratraz no es el tema de conversación aquí, ¿cuál es? —preguntó Jeremy sin andarse con rodeos—. ¿Por qué nos has hecho venir con tanta prisa, Velkan?

—¿Se lo decimos ya o seguimos manteniendo el velo de tensión sobre todos los presentes? —preguntó Mijaíl descruzando los brazos y adquiriendo una pose más relajada—. No es por echaros, pero preferiría estar haciendo algo útil, como buscarla, a tener que ser partícipe de esta charla a la hora del té.

—¿Buscar a quién? —preguntó entonces Luke. El alfa de Manhattan estaba visiblemente tenso en espera de las noticias que lo habían arrastrado allí—. ¿Velkan?

—La princesa Denali está viva.

El aire pareció ser succionado de repente de la habitación. Cada uno de los presentes se quedó inmóvil, sus rostros adquiriendo gestos de incredulidad e incluso negación.

—Pero... eso no es posible.

—Tienes que estar de broma —chasqueó Odin—. ¿Esto va en serio? ¿Está viva?

—Pero, ¿cómo es posible? —añadió entonces Luke.

Se preparó para lo que estaba por venir, para explicarles lo que él mismo seguía sin comprender y el milagro que significaba al mismo tiempo.

—Si lo que apunta Rumati es cierto, y no tengo motivos para dudar de ello, Denali y Nahara Daratraz, su compañera, habrían escapado esa noche de la matanza —explicó y miró a Dawn con una agradecida sonrisa. Le debía a esa mujer mucho más de lo que jamás podría pagarle—. Tenías razón, Dawny, tus recuerdos de esa noche... coinciden con los de él.

La chica abrió la boca y asintió, al momento saltó y empezó a deambular de un lado a otro presa de su propio entusiasmo.

—Nahara... ¡Sí, por supuesto! —jadeó y levantó la mirada—. Ella era a quién vi esa noche, ella llevaba a la princesa en brazos e iba con... con otra mujer.

—Cala, la hermana pequeña de Rumati.

—¡Sí! ¡Eso es! Oh, te dije que la había visto, Quinn, te lo dije —declaró volviéndose a su compañero—. No podía recordar su nombre, pero era ella. Ahora estoy segura.

—Buen trabajo, dulzura. —La premió su compañero.

—Pero, ¿cómo es posible? —Para algunos todavía era difícil de aceptar—. ¿Dónde ha estado hasta ahora? ¿Por qué no ha venido a ti?

—Desconozco la respuesta a esa pregunta, Luke. —Y era una que no había dejado de hacerse desde el primer día en que Dawn le dijo que su princesa podría haber sobrevivido a aquella noche—. Todo lo que sabemos al respecto es que les están dando caza.

Aquello indignó al instante a los alfas. Nadie en su sano juicio, especialmente

nadie que se preciase de ser un miembro de su raza, atentaría jamás contra esa pequeña loba prometida.

—¿Quién? —Varios gruñidos secundaron la pregunta del alfa de Manhattan.

—El mismo que ordenó la destrucción de mi aldea y ha dirigido varios ataques contra vosotros y vuestros territorios.

La inesperada respuesta procedente de la puerta atrajo la atención de los presentes e hizo que Odin gruñese en voz alta y se moviese como un rayo directo al recién llegado. Los demás cerraron filas de inmediato ante él, solo Mijaíl parecía encontrar divertido el asunto mientras Radu se limita a llevarse los dedos al puente de la nariz como si le doliese la cabeza.

—Tú... —Siseó el alfa de Nevada.

—Te dije que esto iba a pasar —añadió su anfitrión y señaló a los dos hombres con un gesto de la barbilla—. ¿Quieres que los separe?

—¿Por qué nadie me escucha cuando le digo que guarde reposo? —protestó al mismo tiempo Malik girándose de inmediato hacia el moribundo lobo que a duras penas era capaz de mantenerse en pie.

—¡Basta!

La voz de la joven loba alfa se elevó por encima de los hombres. Sin pensárselo dos veces había pasado al lado de la barrera que resultaba el cuerpo de su compañero y se había interpuesto entre ellos.

—Leah, apártate de ahí.

Negó con la cabeza.

—Joder, me gusta esta loba —masculló Mijaíl entre risitas.

—Qué bien. Otra loba suicida en la familia —añadió ahora Nicolai. El beta de Mijaíl había permanecido en silencio al lado de Melinka, su compañera.

—Si alguno dais un solo paso que no sea en son de paz, os muerdo y a la mierda los gérmenes.

Desafió abiertamente a su compañero y a cualquier alfa que se atreviese a interponerse en su camino.

—Lo digo muy en serio.

—Te dije que la dejaras en la habitación —le soltó Luke con gesto divertido. Él también había venido con Shane, su compañera, pero la joven humana estaba en su primer cuatrimestre de embarazo y había preferido saltarse la reunión para echarse una siestecita.

—Lo habría hecho si el principito no hubiese exigido que ella debía estar también presente —gruñó Odin sin apartar la mirada de su mujer—. Te estás pasando, lobita, te estás pasando y mucho.

Su respuesta fue echarse el pelo por encima del hombro y darle la espalda. Si estuviese en forma de loba, no le cabía duda que habría sacudido las patas en el suelo, echándole la basura a los pies.

—Um... bueno, hola. —Saludó entonces al recién llegado—. Um... cómo te lo

digo... —Empezó a darse golpecitos en el labio mientras lo contemplaba—. Estás hecho un asco... y hueles... Dios, odio el olor de la sangre. —Se frotó la nariz, entonces sacudió la cabeza como si necesitase centrarse—. Estoy divagando, perdona. Soy Leah, la chica a la que le salvaste el pellejo hace unos meses en Nevada. Yo no tuve la oportunidad entonces de darte las gracias por ello. Gracias, de verdad. Oh, y Malik dice que quizás deberías saber que tanto mi hermana Dawn como yo, nacimos en el seno de la manada Daratraz. Eso nos hace familia, creo.

Entonces la joven loba hizo algo que quizás no debiese dadas las circunstancias, le tendió la mano.

En un abrir y cerrar de ojos Odin invadió el lugar que había ocupado ella, atrapándola contra su cuerpo y girándola de lado de modo que no pudiese llegar ni a tocar un solo pelo de ella. No es que Rumati fuese tan estúpido como para aceptar el saludo con su compañero allí y dispuesto a despellejarlo vivo.

—Yo, por otro lado, no tengo tanto aprecio por tu pellejo como mi mujer —gruñó con la voz tomada por el lobo—. Tócala y eres lobo muerto.

—Um... yo que tú no proferiría contra él tales amenazas —intervino una vez más Mijaíl. Empezaba a recordarle a su propio beta, Arik, pero su compañero estaba ahí fuera con Savage, intentando encontrar alguna pista sobre el paradero de las dos mujeres. El lobo se giró hacia él—. ¿Se lo digo? Di que sí, porfa. Déjame dar un notición en mi propia casa.

Puso los ojos en blanco ante las palabras escogidas.

—¿Más sorpresas? —preguntó Jeremy mirando a Velkan.

—Solo una más —murmuró Radu, echándole un fugaz vistazo desde el otro lado de la habitación—. Y no es algo que pueda ocultarse así como así... solo hay que mirarles a la cara.

—Rumati es el hermano del príncipe Velkan —atajó Dawn cansada de aquella medición de egos masculinos.

—Ey, esa línea era mía, pelo zanahoria.

La chica ladeó la cabeza y lo miró.

—Lo siento, Mijaíl —respondió con voz suave—, prefieres que les presenta a tu...

—Wow, parad este tren que yo me bajo aquí —intervino Santana recuperando el hilo de lo que allí sucedía—. ¿Tu hermano? ¿Desde cuándo?

—Medio hermano —especificó Rumati, desde la puerta, visiblemente cansado—. Nací antes de que el rey se emparejase con su compañera y naciese Velkan. Él es quién sigue la línea de sangre, yo soy...

—Un bastardo —acotó Odin—. Sí, el nombre perfecto para ti.

—¿Y es el jefe del clan Daratraz o lo era? —comentó Jeremy—. Pero eso te haría...

—El guardián de la princesa —canturreó Mijaíl.

—Bien, esto se pone cada vez mejor —aseguró Odin—. ¿Algún otro crimen más

que añadir?

—Ninguno que vaya a imputarle —negó Velkan poniendo punto y final a aquella disputa unilateral—. Le debo la vida de mi compañera.

—¿Me sueltas ya o te muerdo a ti? —masculló Leah, quién miraba a su compañero con cara de pocos amigos—. Te estás comportando como un lobo con sobredosis de testosterona.

El alfa entrecerró los ojos y sonrió.

—Prometiste dejar los desafíos en casa.

—Y tú las pataletas. —Esa lobita no se amilanaba.

—¿Todavía quieres esos zapatos nuevos?

La pregunta debía de tener alguna connotación privada ya que su respuesta fue bufar. Se soltó de sus brazos y volvió a acercarse a Rumati, pero manteniendo esta vez una prudente distancia.

—Gracias, de verdad.

Él se limitó a mirarla detenidamente, después hizo lo mismo con Dawn y volvió a ella con un imperceptible asentimiento de la cabeza.

—Oh, por amor de Dios —exclamó entonces la mayor de las dos hermanas moviéndose hacia el herido lobo—. Quinn, una silla.

Antes de que pudiese dar un paso, Mijaíl se hizo cargo del lobo y lo llevó a una butaca en la esquina que él había ocupado.

—No quiero que te mueras en mi suelo, y procura no sangrar que Nicolai se pone de morros *cuando le toca limpiar*.

—Genial, esta reunión va cada vez mejor —rezongó Radu obteniendo al instante una mirada de su antagonista.

—Volviendo al tema de la princesa —intervino Luke—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos —negó a pesar de que era una respuesta que él mismo aborrecía—. Llevamos las últimas cuarenta y ocho horas rastreándola sin rastro. Arik está ahora mismo ahí fuera haciendo un nuevo rastreo con la ayuda de Savage.

—Lo que si se ha registrado es una inusual entrada de extranjeros a través de las fronteras —añadió Melinka, la loba le había hecho partícipe de sus pesquisas nada más entrar—. Humanos bastante turbios.

—Las están buscando —declaró Luke.

Asintió.

—Y ellas deben estar escondidas en las entrañas de la tierra, por lo menos —convino Mijaíl.

—¿Qué necesitas? —insistió el alfa de Manhattan.

—Quiero hacer salir a esos lobos o a quién quiera que esté actuando en contra nuestra —declaró apretando los dientes—. Están aquí por orden de un tal Armitage y quiero saber qué órdenes son esas, así como dónde demonios se esconde esa sabandija. Por encima de todo, quiero destripar a ese desgraciado.

—Y ahora hablas mi idioma —aceptó el alfa neoyorquino.

—Ellas no darán ni un solo paso hasta que no vean que es seguro salir —murmuró Rumati con obvia dificultad—. Y carecerán de esa seguridad mientras tengan a esos malditos siguiéndoles... la pista.

—En ese caso habrá que hacer limpieza —declaró Radu sin más vueltas—. Procurarles un lugar seguro y en el que puedan moverse con la suficiente soltura como para que demos con ellas.

—¿Y ese lugar sería? —preguntó Luke, quién tenía cierta forma de pensar parecida al alfa checo.

—Mi ciudad —sonrió el lobo.

—Praga. —Aclaró para todos los presentes y asintió.

—Bien, ¿pero qué seguridad tenemos de que irán hacia allí? —preguntó Odin—. ¿De qué no elegirán otro lugar otro país?

—Nahara.

Se volvieron hacia Rumati.

—Si puedo dar con ella, si puedo hacer que me escuche, iré a Praga.

—¿Es tu compañera? —preguntó Dawn todavía a su lado—. Pero ella... era una niña entonces...

—No la has reclamado —comprendió Quinn.

—Hay muchas formas de reclamar a una loba cuando no está en edad de vincularse con su pareja —intervino. Él y Denali lo estaban, era un vínculo débil, místico incluso, el mismo que le hizo mantener, a pesar de todo, la esperanza de que no la había perdido. Ella había sido apenas un bebé cuando la vio por primera vez, pero había sabido que era suya como ella que él era suyo.

—Marcaste a una niña. —La voz de Odin era acusadora.

—Protegí lo que es mío —replicó con el mismo tono de voz—. Lo mismo que haría cualquier lobo con sangre en las venas y una compañera.

Esos dos parecían más que dispuestos a protagonizar una nueva pelea, algo que no podía permitir, no en ese territorio y no bajo el techo de otro alfa.

—Suficiente, vosotros dos —gruñó, una advertencia que ninguno pasaría por alto—. Dejad las peleas para otro momento. Hay asuntos mucho más apremiantes que atender.

Radu decidió aprovechar entonces el momento para dar un paso adelante.

—Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien —declaró mirándole—. La reunión anual iba a celebrarse de todas formas este año en Europa. Hagámoslo en Praga. Seremos un faro mucho más efectivo tanto para llamar la atención de la compañera de Daratraz y de la princesa, como para que ese *sviňa*^[5] salga por fin a la luz.

—Radu tiene razón —aceptó Luke, apoyando la idea del lobo checo—. Si quieren tocar a nuestras mujeres, que lo intenten bajo la mirada de los alfas.

Aceptó aquel acuerdo, podía ser la mejor opción de reunirse por fin con su compañera, posiblemente, su única opción.

—Está bien. —Miró al alfa de Praga—. Abusaré de tu hospitalidad, si no te

importa.

—Mis puertas siempre están abiertas para ti —asintió respetuoso y miró a los demás—. La invitación queda así mismo extendida al resto de los presentes.

Mijaíl se rio entre dientes.

—¿Vas a devolverme la invitación de hoy?

El lobo entrecerró los ojos, centrándose solo él.

—Claro, ¿cuándo quieres morir?

No le cabía duda de que eso o algo peor podrían pasar con esos dos bajo el mismo techo. La tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo.

—Suficiente —clamó empezando a perder la paciencia. Los fulminó a ambos con la mirada y recularon al momento—. Ya va siendo hora de que empecéis a comportaros como lo que sois... El próximo que intente herir al otro, se las verá conmigo. ¿He sido claro?

—Le quitas toda la gracia a las cosas, Velkan —se quejó Mijaíl, pero dio media vuelta y se alejó.

Optó por ignorarlo y centrarse en el otro alfa.

—¿Tu compañera estará bien con ello?

Ante la mención de la humana que acababa de encontrar, su rostro perdió parte de su dureza.

—Judith está resultando ser una sorpresa en muchos aspectos —le informó—, es mucho más de lo que se ve a simple vista. Es una romaní.

—¿Una gitana?

—Más que eso —replicó callando cualquier posible insulto hacia su mujer—. Es la última de su estirpe y una vidente.

Su comentario sorprendió a más de uno, empezando por él mismo. Sabía que Radu quería hablarle sobre algo con relación a su compañera, pero no sabía que iban por ahí los tiros.

—Sabe lo que soy, lo que somos y está convencida de que sus dones pueden servirnos de ayuda.

—Bien —asintió y se giró hacia los demás, quienes estaban a la espera de sus palabras—. Hagámoslo. No se pierde nada con intentarlo.

No, no perdía nada y sí tenía mucho que ganar.

CAPÍTULO 20

A Nahara le dolían los pies. Llevaba toda la mañana caminando de un lado a otro, había perdido la cuenta de las veces que había regresado al parque nacional *Nizke Tatry* con la esperanza de encontrar alguna pista que la acercase a su compañero, pero todo lo que había descubierto hasta ahora era lo cerca que estuvo de ella las semanas anteriores.

Sus primeras sospechas habían sido correctas. Rumati había estado rastreando a los lobos que las habían estado siguiendo. Posiblemente se había acercado demasiado o algo les alertó de su presencia pues el grupo se dividió y, mientras una parte continuaba el camino, la otra lo había obligado a seguirle y caer en una trampa.

Las huellas hablaban de una lucha cruel, intensa y también de la mano humana. Las marcas de impacto de proyectiles sobre el suelo y arrancando esquirlas de las rocas eran señales inequívocas de disparos; habían apostado un tirador en la zona más alta para tener ventaja.

—Cobardes.

Siempre actuaban como cobardes, asesinos a sangre fría a los que solo movía el dinero y la malsana diversión.

Volvió a cubrir las huellas que había seguido con Denali pero la carretera parecía dispuesta a convertirse en una barrera imposible de franquear. Había intentado diferenciar olores pero el paso del tiempo no ayudaba y el no saber el tipo de vehículo utilizado no hacía más que mermar sus esperanzas.

La ignorancia era frustrante, la zona demasiado grande como para poder cubrirla con la suficiente rapidez. Nunca le habían parecido tan grandes las ciudades y las regiones por las que pasaban como en aquel momento y la ansiedad que anidaba en su pecho no era una buena compañera de fatigas.

—Maldita sea, ¿dónde estás?

Su desesperación era palpable, tanto que le había cambiado el carácter e hizo que su amiga adoptase una actitud pasiva. Su compañera de viaje se limitaba a asentir a sus comentarios y aceptar todo lo que le ponía sobre la mesa. Sabía que tenía miedo, la conocía demasiado bien como para comprender que se escondía detrás de esa forzada sonrisa. La manera en que miraba sutilmente hacia los lados, en la que vigilaba por encima del hombro no era otra cosa que el síntoma de alguien que se sentía acorralado e indefenso, a la espera de ser atacado en cualquier momento.

—No va a volver —murmuró para sí con la certeza de algo que sabía hasta en lo más profundo de sí misma.

La joven princesa de sangre pura no deseaba volver a casa y esa era una realidad que pesaba demasiado. La presencia de su compañero en el lugar la había trastocado pero no en la dirección que debería. No era una loba deseosa de dejar de vagar, de

cobijarse debajo del brazo de aquel que podía protegerla. Denali había olvidado lo que significaba dejar que otros luchasen sus batallas, que cuidasen de ella como debía haber sido desde el principio. Tenía demasiado arraigado su propio credo, aquel que la empujaba a guardar lealtad al príncipe y protegerle como lo haría cualquier miembro de su raza.

No podía dejar que esa línea de pensamiento siguiese su curso, no podía permitir que su vida se convirtiese en una continua huida, había llegado el momento de llevarla a casa, de entregarla a aquel que debía cuidar de ella y que la protegería. Tenía que llevarla con el príncipe Velkan y frustrar así cualquier posible oportunidad que tuviese Armitage de ponerle las manos encima.

—Rumati, Velkan... es más fácil de decir que de hacer —resopló, se pasó la mano por el pelo y miró a su alrededor—. ¿Por dónde diablos empiezo?

Habían dejado su anterior alojamiento para trasladarse a Ruzomberok, un pueblo al norte de Eslovaquia, en la región de Liptov. Estaba lo suficiente alejado y era lo bastante tranquilo como para que pudiesen pasar por dos simples turistas de paso por el país. Habían decidido permanecer de momento cerca del parque natural, sabía que no era probable que regresasen a la zona, pero no perdían nada por esperar unos días.

Sin embargo el tiempo iba pasando y no tenían ninguna pista que le ayudase. Los nervios volvían a emerger de su escondite y la necesidad de recoger sus cosas y volver al camino era cada vez más acuciante.

—De acuerdo. —Cerró los ojos y respiró profundamente. Entonces echó mano a la pequeña mochila que llevaba con ella y extrajo de su interior un gastado mapa de la zona y los países vecinos—. Estamos aquí... y esto es jodidamente grande. Si fuese el alfa de esta zona, ¿dónde tendría mi base de operaciones? ¿Y lo soy solo de esta zona? Oh... joder. ¿Por qué demonios no se me ocurrió preguntar quién rige cada territorio?

Porque hacerlo habría levantado más sospechas de las que ya se creaban con su presencia y las inocentes preguntas que deslizaban en busca de información. Las gentes de la región eran bastante desconfiadas con los forasteros, especialmente en los pequeños núcleos, más aún los lobos, capaces de reconocer a alguien de su propia raza.

—Supongo que lo más obvio sería la capital —murmuró para sí al tiempo que desplegaba el mapa en el suelo—. Tiene que ser algún punto cercano, los rastros de sangre evidenciaban heridas de grave consideración, no han podido trasladarle demasiado lejos. Han tenido que buscar refugio en algún lugar o con alguien de confianza. Pero, ¿dónde, maldita sea? ¿Dónde?

Agudizó la mirada y recorrió cada centímetro del papel esperando encontrar algo que hiciera saltar sus alarmas, que le diese alguna pista, lo que fuese.

—¿Por qué tiene que ser todo tan jodidamente difícil? ¿Por qué sencillamente no puede haber una puñetera guía telefónica lupina a la que llamar?

Alzó la mirada y recorrió las llanuras y montículos con la mirada.

No, no podían seguir esperando a que alguien llamase a su puerta, no podían seguir despertando la curiosidad y desconfianza de la gente del pueblo, había llegado el momento de trasladarse de nuevo y esta vez quizá optar por una de las grandes urbes aunque eso significara arriesgarse a exponerse a la mirada de ese asesino.

—Pero, ¿a dónde? —Resiguió el mapa con el dedo, subiendo y bajando, barajando sus opciones—. Deberíamos dejar el país, cruzar la frontera o hacerle suponer que la hemos cruzado.

Lo más sensato era alejarse del lugar en el que habían ocurrido esas muertes, dejar que el maldito pensase que simplemente se habían topado con los dirigentes de la región y que no les había sentado bien la intrusión.

—Oh vamos, dame una pista, una jodida pista... —acercó el rostro incluso más al mapa como si esperase que este le hablase—. A dónde ir ahora...

Praga.

Sus ojos cayeron sobre el nombre de la capital checa y sintió como un escalofrío le recorría la columna y esa conocida sensación de incomodidad y angustia se instalaba en su pecho.

Praga.

El nombre parecía repetirse en su cabeza, un susurro salido de lo más profundo de su alma, una caricia.

—Praga —pronunció en voz alta. Se llevó la mano al pecho y aferró la chaqueta como si se hubiese quedado sin aire, como si todo el peso del mundo hubiese caído de repente sobre sus hombros y la empujase contra el suelo.

Un nuevo escalofrío la sacudió, levantó la mirada y recorrió una vez más sus alrededores, sintió la caricia del viento pero eso fue todo.

—¿Rumati? —murmuró el nombre de su compañero sintiendo las lágrimas tras sus ojos—. ¿Has sido tú?

Era una idea loca, una tontería, algo totalmente imposible dado que no estaba vinculada a él, no la había reclamado todavía como compañera y, sin embargo, aquella noche...

«Te escuché en mi mente, sentí que me llamabas».

«¿Cómo es posible?».

«¿Cómo no serlo si tú y yo nacimos para pertenecernos?».

Cerró los ojos y lo buscó, trató de encontrar algo que le dijese que él estaba allí, esperándola, buscándola, dispuesto a cumplir con su promesa.

—De acuerdo, compañero —murmuró para sí y abrió los ojos con una completa y nueva decisión bajo sus manos—. Que sea Praga.

Recogió el mapa, lo guardó de nuevo en la mochila y echó un último vistazo a las colinas que empezaban a teñirse con el tono anaranjado del atardecer. Era hora de ponerse de nuevo en marcha, no podía seguir demorándolo por más tiempo, no quería seguir haciéndolo, había llegado el momento de iniciar el camino a casa.

Dale a un perro un hueso que perseguir e irá a por él hasta el fin del mundo, pensó con abierta satisfacción. Sus perros habían sido bien entrenados y ahora seguían las órdenes de su amo aunque este no estuviese presente. Pobres incautos, huyendo solo para dirigirse al lugar exacto donde los quería.

—La ciudad está tomada por los alfas —le informó uno de sus hombres apostados en las inmediaciones.

Sí, ya suponía que lo estaría. El príncipe no dejaría nada en manos del azar cuando se trataba de recuperar algo tan precioso. No podía bajar la guardia, no podía permitirse un solo fallo ahora.

—Es prácticamente imposible dar un paso sin que lo sepan —explicó con voz tensa—. Se habla de la reunión anual que tendrá lugar en unos días.

Oh sí. La reunión anual de la raza.

—Un movimiento inteligente aunque peligroso —murmuró para sí.

Cada año se celebraba en una localización distinta, durante décadas había sido una forma de mantener al pueblo unido a su líder, un momento para que se reuniesen los cabezas de las manadas más importantes de cada región y ponerse al día.

Pero él no era tonto. Ese movimiento obedecía a un único motivo: protección y, posiblemente, una absurda invitación para hacerle salir.

—¿Y ellas? ¿Están localizadas?

Asintió de inmediato, no era un lobo capaz de darle una sola mala noticia, sabía cuál sería su suerte.

—Se han refugiado en un pueblo en la región de Liptov —le informó con rapidez—. Las tenemos localizadas y son monitorizadas en cada momento.

Ah, la dulzura de la caza y la confianza de las incautas presas.

—Continuad con la monitorización, si se mueven, seguidlas —ordenó—, lo más seguro es que lo hagan, que se muevan hacia una de las grandes urbes. Si ese es el caso, dejaremos que se confíen, que piensen que van un paso por delante. Bajarán la guardia, antes o después lo harán y será en ese momento cuando deberéis atrapar a la princesa. Matad a su compañera si es necesario, solo necesito a su alteza.

—Sí, señor —asintió al momento.

Poco a poco cada cosa iba encajando en su lugar, las piezas de un rompecabezas perfectamente diseñado. Deslizó la mano sobre una de las carpetas amarillas que tenía sobre la mesa y la abrió. Sus labios se curvaron con displicencia un segundo antes de levantar de nuevo la mirada hacia su subordinado.

—¿Cómo va nuestra operación especial?

La forma en la que tembló era suficiente respuesta, una que le provocaba una inesperada emoción.

—Tal y como ha ordenado que se ejecute.

Su voz había bajado una octava, su rostro perdió el color sin duda recordando lo que debía haber visto en ese almacén abandonado que en otra hora sirvió como matadero de carne.

—Bien, muy bien —se reclinó en su asiento y cruzó las manos sobre el vientre—. Es hora entonces de que vayamos preparando el terreno para nuestros anfitriones y dedicarles el mejor escenario para una obra de tal sensibilidad...

El hombre no respondió y lo despidió con una mano.

Sabía lo que había hecho, sabía lo que sentía ese petimetre, pero nada podía ser equiparable a lo que serían las cosas cuando por fin estuviese el tablero dispuesto a su conveniencia y la reina lista para el Jaque.

CAPÍTULO 21

¿Podía arrancarse los ojos y dejar de ver el horror? ¿Podía perforarse los oídos para dejar de escuchar los gritos? ¿Podía alguien tener la suficiente misericordia para quitarle la vida? Una tras otra las respuestas eran no, no y no.

Anezka sabía que seguiría viéndola allí colgada como un animal llevado al matadero, recordando el horror con el que sus pupilas habían reconocido esa masa sanguinolenta, el olor nauseabundo de la carne libre de piel y el horror en un rostro que una vez había sido una versión más joven del suyo. Nada, ni siquiera la muerte evitaría que su alma siguiese gritando por aquel crimen, que su mente recuperará la cordura que le había arrebatado el horror.

Ya no era nada, ya no era nadie, su corazón había dejado de latir, sus pulmones de aceptar oxígeno, solo sus dedos seguían curvándose con desesperación alrededor de la barra de hierro a la que se habían aferrado, la misma cuya pinta goteaba por la sangre de un cadáver.

«La he matado».

Había terminado con su sufrimiento concediéndole su último deseo.

«Si me quieres, mátame».

Y la quería, la quería tanto que no podía concebir el hecho de que ya no estuviese, de que ese desfigurado y desollado pedazo de carne fuese ella y había atravesado su corazón matando en el proceso el suyo.

Había pasado días oyéndola gritar en soledad y solo unos minutos en comprender el horror ante el que se encontraba.

—Tú serás la siguiente... —Le había dicho el humano nada más abrir la puerta de su celda.

Una única frase, un par de segundos en los que su loba había tomado el mando arrancándola de la humanidad, destrozando a ese pobre malnacido y llevándola en una carrera incierta hacia ese matadero.

Un aroma, un recuerdo y un aullido que se convirtió en un desgarrador grito que perforó su alma.

¿Intentaron reducirla? ¿La atacaron con armas de fuego? ¿Por qué se quedó él mirándola? ¿Por qué mantuvo esa sonrisa todo el tiempo en su cara? ¿Por qué parecía deleitarse en su sufrimiento?

«Siempre supe que tú eras la adecuada».

Odio, crudo y visceral, extendiéndose por sus venas, tomando su humanidad y dejándole solo furia animal.

Ante ella quedaba el horror de sus acciones, la crueldad de su loba, cadáveres humanos mutilados y él riéndose a carcajadas.

«¿Gritarás de la misma manera que lo hizo la pequeña perra?».

Un helado escalofrío le recorrió la columna como si fuese la mano de la muerte quién la había acariciado.

«Corre, Anezka. ¡Corre!».

No sabía de donde salió esa voz o de quién era pero la sacó de ese círculo vicioso y la devolvió a la realidad.

Correr, tenía que correr. Huir de allí. Buscar ayuda.

—Oh Dios mío. —Dejó caer la vara, cambió a loba y empezó a correr.

—Dios no está aquí, querida. No hay lugar al que escapar... ¡La función no puede dar comienzo sin la artista principal! ¡Eres la musa de mi próxima obra! ¡Mi *Prima Donna*!

Su locura y la enfebrecida mirada que había tras esas horribles gafas le dieron alas a sus pies. Esquivó todo lo que se interpuso en su camino, aulló de dolor cuando las balas impactaron en su cuerpo, pero no se detuvo y corrió con desesperación alejándose del infierno.

¡AYUDA! ¡POR FAVOR QUE ALGUIEN ME AYUDE!

CAPÍTULO 22

Judith empezaba a odiar el contestador automático y esa intermitente lucecita. Nada más despedirse de Radu lo había visto, parpadeando, diciéndole sin necesidad de palabras que había pasado la noche en su propio mundo, inalcanzable para aquellos que pudiesen necesitarla.

—No son los únicos, Judith, él también te necesita, más que ninguna de esas caras anónimas a las que siempre tienes que atender —se dijo a sí misma.

No podía dejar de pensar en lo duro que era el destino, en lo cruel que podía llegar a ser la vida como para arrebatarse la mujer a un hombre y obligar a otro a dar muerte a la suya propia. Radu había tenido su buena cuota de desastres y ya era hora de que alguien le pusiese freno.

Accionó el contestador e hizo una mueca al escuchar la voz del detective.

—Judith, soy Damek. —Su tono de voz era mucho más oscuro y serio que de costumbre, ni siquiera gritaba, parecía incluso... desesperado—. Te necesito en mi oficina lo antes posible. Por favor. Ven en cuanto oigas este mensaje.

Nunca lo había escuchado tan tenso, casi podía decir que estaba asustado y el detective no era precisamente de los hombres que mostraban miedo o temor.

Un inesperado escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, giró el rostro en dirección al aparador dónde estaban las fotos y se fijó en el retrato de su abuela; esta parecía haber perdido la sonrisa.

—¿Qué es abuela? ¿De qué se trata esta vez?

No obtuvo respuesta pero tampoco la necesitaba. Algo no iba bien y lo sabía, una extraña urgencia empezó a coletear en su interior y no se lo pensó dos veces, cogió el bolso y la chaqueta y salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

La comisaría estaba a treinta minutos de su barrio, aparcó el coche y entró sin prestar atención a las miradas y falsas sonrisas que sabía se encontraría antes o después. Dejó el área de recepción, metió su bolso y llaves en la bandeja del detector y pasó al interior con rapidez.

—Ey, Judith, ¿y tú por aquí? —La saludó el policía a cargo de la seguridad.

—¿Dónde está Damek?

Su sequedad cogió al hombre por sorpresa, se volvió y señaló la oficina del detective con el pulgar.

—En su oficina, lleva toda la mañana ahí encerrado —replicó y su tono la advirtió al momento. Recogió sus cosas y lo miró.

—¿Qué ha pasado?

El hombre vaciló, no era del equipo de su jefe y siempre había tenido algo de respeto hacia ella y su presencia.

—Algo sobre la desaparición de unas niñas, parece que son parte de su familia o

conocidas. —Se encogió de hombros—. No conozco los detalles, pero parece que llevan más de cuarenta y ocho horas en paradero desconocido.

Asintió, le agradeció la información y pasó directamente al fondo de la comisaría. A través de los cristales que no tenían las persianas bajadas pudo ver a su jefe moviéndose de un lado a otro con el teléfono en la oreja y revolviéndose el pelo con la otra.

Llamó con los nudillos y nada más verla la hizo entrar con un gesto de la mano.

—Tranquilízate... van a aparecer te lo aseguro...

El policía parecía hoy un poco más viejo que ayer, tenía unas profundas ojeras y su aura se había oscurecido hasta tal punto que empezaba a preocuparse de veras.

—Las encontraremos, Cora, te lo prometo —insistió—. Quédate cerca del teléfono y dile a Petrov que me llame tan pronto sepa algo.

Cortó la llamada y la miró, la forma en que arrugó la nariz le recordó por un momento a su compañero.

—Oh, joder... lo siento, no sabía que... Espero que tu compañero no quiera arrancarme el cuello por hacerte venir tan de repente.

Enarcó una ceja ante su comentario y entonces empezó a enrojecer.

—No es asunto tuyo...

Levantó las manos al momento.

—No, no lo es y ahora mismo tengo mierdas más importantes de las que ocuparme —aseguró visiblemente alterado—. Necesito tu ayuda. Quizá no sea nada, Dios, espero de verdad que no sea nada, pero llevan dos días desaparecidas y ellas no son así.

Caminó hacia él y se encontró con su mirada.

—Dame todo lo que tengas al respecto y ponme al día.

El policía asintió y la acompañó a su escritorio dónde había un par de carpetas abiertas.

«Encuéntrala».

Las voces decidieron hacer acto de presencia en ese mismo momento, pero ya no era una cacofonía como antes, ahora parecían haberse unido en un solo eco, diciendo todas lo mismo al mismo tiempo.

Se obligó a respirar profundamente y mantener la calma, no podía dejar que se impusieran, necesitaba concentración.

—Son Cora y Anezka Petrescu —le indicó su jefe, poniendo nombre a las dos fotos que presentó ante ella—. Son hermanas, dieciséis y veintiún años respectivamente.

Miró las fotos y una brutal sensación de frío y oscuridad se cernió sobre ella. Tuvo que obligarse a tragar el nudo que se le alojó en la garganta, buscar de nuevo el aire que una de las fotos le había robado.

«Encuéntrala».

—Se suponía que iban a pasar el fin de semana en Horní Slavkov, un pueblecito

cerca del bosque Slavkov, llamaron al llegar, se comunicaron esa misma noche y entonces cesó todo contacto con la familia.

Tragó, sus dedos se deslizaron sobre una de las fotos y notó las lágrimas agolpándose detrás de sus ojos.

—Al principio pensamos que habrían hecho un alto en el camino, para visitar otro pueblo de la zona, pero hace veinticuatro horas encontramos su coche abandonado en las inmediaciones de Praga.

Negó con la cabeza.

—No están allí.

El murmullo en su cabeza empezó a crecer, de nuevo un batiburrillo del que no podía extraer ni una sola respuesta.

—¿Cómo que no están?

Negó con la cabeza incapaz de hacer otra cosa que mirar la foto de una coqueta adolescente con una preciosa sonrisa. Pero no era su sonrisa lo que veía, no era la vivacidad de su sonrosada cara lo que tenía ante sus ojos.

«*Encuéntrala. Fue mi culpa. Me equivoqué*».

—¿Judith?

Sus ojos empezaron a desenfocarse por las lágrimas y la oscuridad que se interponía ante su visión. Se lamió los labios y apartó el rostro en un intento de recomponerse.

—Son lobas... las dos, son lobas.

Él asintió y su mirada empezó a oscurecerse, sin duda a causa de su propio semblante.

—¿Qué has visto?

Negó con la cabeza, las piernas empezaban a temblarle y tuvo que aferrarse a la mesa antes de caerse.

—Tengo que sentarme.

Antes de que terminase la frase tenía su brazo alrededor de la cintura y la bajaba sobre el asiento más cercano.

—¿Qué es Judith? ¿Dónde están?

Las lágrimas que había estado reteniendo empezaron a caer por sus mejillas, volvió a mirar la fotografía más cercana y la atrajo hacia ella. Angustia, dolor, miedo, desesperación, horror... esa y muchas otras emociones demasiado oscuras para que se atreviese a echarles un vistazo parecían palpitar detrás de una cortina hasta que esta se descorrió y solo encontró negrura.

Se levantó de golpe, jadeando en busca de aire, dando manotazos a la nada hasta que alguien la sujetó y se encontró dejando escapar un grito de dolor.

En toda su vida jamás había sentido nada como eso, nunca había sido tocada por la muerte de esa manera.

—Ella... ella... —Las palabras se le atascaron varias veces, tuvo que obligarse a respirar, a jadear incluso antes de poder musitar—. Está muerta.

Su declaración hizo que el detective palideciese de manera inmediata, el dolor cruzó sus ojos y pudo incluso oír el grito de su alma un segundo antes de que esta adquiriese una oscuridad inmediata. Su rostro se contrajo formando una máscara libre de emociones.

—¿Estás segura?

No había equivocación posible. Esa muchacha, una niña, estaba muerta.

—Completamente.

El silencio se instaló entre ellos haciendo el ambiente incluso más opresivo.

«¡Encuéntrala!».

Las voces se hicieron más y más insistentes, golpeando dentro de su cerebro, provocándole un repentino dolor. Se obligó a abrir los ojos, a mirar de nuevo la superficie de la mesa y fijarse en la otra foto.

—¿Y Anezka?

La pregunta la estremeció, su tono de voz era demasiado oscuro, demasiado animal, su lobo estaba en la superficie y había algo personal allí.

—No... yo no...

Gruñó, un sonido muy animal que llegó acompañado de un fuerte golpe en la mesa.

—¿Está muerta?

Su actitud la hizo sobresaltarse, sintió miedo y terminó levantándose de golpe del asiento.

«¿Judith? ¿Qué ocurre, pelirroja? Te noto muy agitada».

La voz de Radu en su mente la acarició con suavidad, calmándola, arropándola.

«Es... estoy en comisaría. Damek... unas niñas desaparecidas... Una de ellas... una de ellas está muerta. La... la he sentido. Radu, son lobas y son niñas».

«No te muevas de ahí, pelirroja, voy a por ti».

Sacudió la cabeza y miró al detective.

—Judith, por favor —suplicó él intentando parecer lo más fuerte posible, pero algo lo había turbado a niveles incomprensibles—. Anezka... Necesito saberlo.

Se lamió los labios y volvió a mirar la foto, la cogió entre los dedos y las voces la golpearon al momento.

«AYUDA». «ESTÁ MUERTA». «LA HAN MATADO Y NO HE PODIDO HACER NADA POR EVITARLO».

La agonía que había detrás de la petición de súplica la aturdió. Horror, dolor, locura, ruegos, llantos, gritos... todo se mezclaba en una coctelera demasiado grande, demasiado ruidosa.

«AYUDA». «POR FAVOR, QUE ALGUIEN ME AYUDE».

—Dios mío...

—¿Qué? ¿Qué es? —La asedió Damek—. Por lo que más quieras, ¡habla!

Lo miró a los ojos entre incrédula y aliviada.

—Ella... Ella vive... creo... creo que vive. Damek, ella está viva... tienes que

ayudarla... tienes que ir... tienes...

El policía dejó escapar un profundo suspiro aliviado, fue como si le hubiesen sacado un enorme peso de encima.

—Dios... gracias.

Pero ella no estaba tan aliviada. Algo no estaba bien. Había tanto dolor, tanta desesperación y un miedo tan intenso que no sabía cómo alguien podía seguir respirando.

—No... no sé cómo llegar a ella... no... no puedo verla... no puedo llegar a ella.

Al momento él estaba allí, sus manos apretando las suyas, esos ojos que conocía clavados en los suyos. Su jefe siempre había creído en ella.

—Si hay alguien que puede hacerlo, eres tú —le aseguró con una fe en ella que no compartía consigo misma—. Háblame, Jud, dime algo, lo que sea, dame algo que pueda utilizar...

Sacudió la cabeza, estaba sobrepasada, no podía pensar, no podía hacerlo.

«Respira, Judith. Puedes hacerlo, pelirroja, si hay alguien que puede ayudarle eres tú».

Radu volvió a acariciar su mente, su voz apagando las demás y dejándole unos instantes de calma.

«Necesito que hagas un esfuerzo, pequeña, esas niñas... son nuestra familia».

Las palabras de su compañero le arrancaron lágrimas, sacudió la cabeza e intentó concentrarse de nuevo en lo que tenía delante, pero no podía, no podía sacarse de la cabeza lo que había visto.

«Ha muerto, Radu. He sentido su muerte. He sentido la muerte de una de las niñas».

Sintió la caricia del lobo alfa así como su dolor por la pérdida de alguien a quien conocía.

—Judith, sé que lo que te estoy pidiendo es una putada, que es mucho para ti ahora mismo, pero nos quedamos sin tiempo, lobita, te necesito... Anezka te necesita —insistió el policía mucho más comedido ahora, enfocado en ayudarla, en sacar algo en claro.

Tragó y miró a su alrededor. No sabía qué hacer, no era nada a lo que se hubiese enfrentado antes...

—No... No sé ni por dónde empezar...

Dios, no podía hacerlo, ni siquiera podía escuchar sus propios pensamientos...

«ENCUÉNTRALA. NO LA DEJES MORIR A ELLA TAMBIÉN. SÁLVALA».

Se llevó las manos a la cabeza y se oprimió las sienes. Las voces seguían rugiendo, hablaban todas al mismo tiempo, gritos inconexos y otros sonidos que creaban una ininteligible cacofónica en la que apenas podía escucharse a sí misma.

—Callaos... callaos todos...

«Judith».

«Las voces, el ruido, no puedo... No puedo hacerlo».

«Céntrate en mi voz, escúchame solo a mí, compañera. Háblame, pelirroja, ignóralas y quédate conmigo».

Sus palabras la calmaban, hacían que las otras voces pasarán a un segundo plano, desvaneciéndose y devolviéndole de nuevo la cordura.

«Necesito...». Sacudió la cabeza y miró al detective.

—Necesito... papel.

En un abrir y cerrar de ojos tuvo papel y boli delante de ella.

—No... No sé si esto... funcionará.

A él no parecía importarle.

—Intentémoslo.

Asintió y cerró los ojos.

«Radu, necesito que te quedes cerca de mí, es la única forma en que puedo oír algo claro».

Sintió una instantánea caricia en respuesta.

«Estoy pegado a ti».

Inspiró hondo y aguzó el oído, buscando comprender lo que decían las voces, buscando algo que les ayudase a encontrar a esa chica. Sabía que estaba viva, asustada, muy asustada y que algo muy malo había ocurrido.

«Háblame, maldita sea, háblame ahora, dime dónde estás».

Frío, calor, oscuridad, retazos de luz, el sonido del correr del agua, la dureza y la frialdad del acero... una sensación de impotencia, la necesidad de huir, culpabilidad, arrepentimiento... Correr... el viento golpeando la cara, la necesidad de aire en sus pulmones...

«¡AYÚDAME!».

Abrió los ojos de golpe y miró el papel que había garabateado. La mayoría eran cosas inconexas pero algo le llamó la atención, un símbolo.

—¿Reconoces esto? —Se lo enseñó.

Damek se acercó, entrecerró los ojos y su cerebro pareció hacer clic ya que saltó y empezó a dar voces al momento.

—Es el viejo matadero de Pilsen —aseguró aliviado—. Buen trabajo, nena, buen trabajo.

Se giró y se precipitó contra la puerta llamando a voces a su equipo y empezando a impartir órdenes.

—Están en Pilsen —anunció ahora más comedido—. Os quiero a todos armados y con los ojos bien abiertos. —Hizo una pausa, se giró hacia ella y finalmente volvió a los suyos—. Es posible que tengamos una baja.

Hubo respuestas y maldiciones de parte de los suyos.

—Vamos, vamos, en marcha.

Se levantó de golpe y acudió rápidamente a la puerta.

—Voy contigo —anunció.

El detective la miró y negó con la cabeza.

—Esta vez no, Judith. Radu estará aquí en un momento, espéralo.

—Pero...

Negó con la cabeza y le dedicó un pequeño gesto de agradecimiento.

—Bienvenida a la manada —le dijo antes de deslizarse hacia la puerta—. Chels, quédate con Judith hasta que llegue Alezandru.

—¿Las tenemos?

La miró y algo pareció pasar entre ellos.

—Quédate con ella.

Salió sin decirle nada más.

«¿Radu?».

«No te muevas de ahí».

La orden de su compañero fue clara, casi inamovible.

«Pero».

«La encontrarán, Judith, no te preocupes, la encontrarán».

Sintió su calor y supo que así como ella notaba sus emociones, él podía notar perfectamente la suyas. No había manera de negarlo, él era su otra mitad.

«Ve con ellos, ve con Damek. Ha dicho que era el viejo matadero de Pilsen. Ve, por favor, enconradla».

Su respuesta fue una y la única que sabía iba a darle.

«No dejes la comisaría hasta que vaya a buscarte».

Sacudió la cabeza, volvió a mirar la fotografía sobre la mesa y se estremeció.

—Por favor, enconrad a esa niña.

CAPÍTULO 23

—Una niña... ¡Maldita sea! ¡Solo era una niña!

Radu guardó silencio, su lobo estaba tan frenético y horrorizado como el propio detective. El dolor por la pérdida de una criatura tan joven e inocente le laceraba el alma y lo convertía en un ser peligroso, pero el haber presenciado lo que habían presenciado ellos, no había mente que pudiese resistirlo. No podía quitarse de la cabeza lo que había visto nada más llegar, el grotesco cuadro que alguien había representado en su propia tierra y que hablaba de una maldad y una falta de compasión abrumadoras. No había sido una buena muerte, las señales de tortura, el sadismo y la locura impresa en cada centímetro de la escena del crimen había vaciado sus estómagos y los había dejado a todos en *shock*, incapaces de creer que alguien pudiese haber perpetrado tales acciones y en una niña de dieciséis años.

Y esto lo había visto su compañera. Sabía que Judith había experimentado la muerte, el horror de forma indefinida, las huellas que habían quedado impresas en ese lugar, eso solo le proporcionaba un vago consuelo ya que no había presenciado lo mismo que él.

El equipo de forenses se estaba encargando de llevarse el cuerpo, habían programado una autopsia que arrojaría un poco de luz sobre la hora y la causa de la muerte... Aunque no había dudas al respecto de lo que la había causado.

—¿Qué clase de monstruo ha podido hacer esto? ¿Qué clase de ser diabólico ha podido perpetrar una atrocidad semejante? —La furia de Damek equiparaba a la suya, pero en su caso había también un tinte de desesperación—. ¿Y dónde está Anezka? ¿Qué han hecho con ella?

Dos hermanas, dos jóvenes lobas sin conexión aparente con nadie que pudiese querer lastimarlas de esa manera, dos miembros de la manada de Praga y bastante cercanas a la familia de Damek.

—Judith dijo que Anezka seguía con vida, ¿pero dónde diablos está?

Miró a su alrededor con gesto inexpresivo a pesar de que por dentro estaba rabioso.

—Sabemos que ha estado aquí —murmuró apretando los dientes. La suciedad del lugar y los restos de la carnicería que se había llevado a cabo no habían podido disimular otros aromas, como tampoco el hecho de que la cámara que había contigua a la que habían utilizado para su fechoría, hubiese estado ocupada por alguien en algún momento de los últimos dos días—. Pero no hay un rastro claro que seguir, es como si de repente se hubiese esfumado en el aire.

Gruñó y no pudo reprenderle por ello, él mismo tenía ganas de gruñir y de aullar por lo que había visto.

—Hay que dar con ella. —Giró sobre sí mismo y salió a paso firme del almacén

en el que habían encontrado a la menor—. Moviliza a quién haga falta, pero hay que dar con esa chiquilla antes de que corra la misma suerte que su hermana.

—Quiero la sangre de ese bastardo en mis manos... quiero bañarme en su sangre —masculló el policía con voz oscura—, quiero oírle gritar mientras muere.

No lo censuró, esas eran exactamente sus mismos deseos.

—Ese es un deseo que comparto, Damek, ahora, hagámoslo realidad.

Judith no podía dejar de pasearse de un lado a otro de la oficina, las voces en su cabeza eran más atronadoras que nunca, apenas le dejaban pensar y no conseguía entender lo que decían. Algo no iba bien, todo su ser gritaba que algo no iba bien pero no era capaz de dar con el motivo exacto de aquella urgencia.

—Maldita sea. —Se apretó la cabeza con las manos—, parad ya. Si tenéis que decir algo, hacedlo de manera que lo entienda.

El murmullo volvió a intensificarse haciéndola gemir, apenas podía mantener ya los ojos abiertos y el respirar empezó a costarle cada vez más. Se obligó a llegar hasta el escritorio y apoyarse en él, se frotó las sienes e hizo un esfuerzo para abrir de nuevo los ojos.

«¡AYÚDA! ¡POR FAVOR, QUE ALGUIEN ME AYUDE!».

Su mirada cayó sobre la carpeta con las fotos que seguía abierta sobre la mesa, evitó mirar la de la muchacha más joven sintiendo el dolor todavía presente en su alma y se concentró en la otra.

Tenía que haber alguna forma de dar con ella, de ayudarla.

—¿Dónde estás?

Se inclinó sobre la instantánea llena de angustia, con el corazón latiéndole a mil por hora y los pulmones ardiendo por la falta de aire. Le dolía el pecho, las piernas de correr... pero no era ella la que corría, era... esa niña.

«Abuela, necesito tu ayuda».

No podía hacer esto sola, no podía rastrearla sin un punto de partida y, desde el momento en que había visto las fotos sabía que en esta ocasión no bastaría con sus trucos de siempre. Esto era importante, peligroso... quién estaba detrás de ese velo de sombras era maldad pura, un asesino sin conciencia de ningún tipo.

Se obligó a respirar a través del dolor, a hacer a un lado las voces y encontrar ese lugar de soledad interior, el único en el que podía obtener respuestas.

«Compartes su alma, vnučka».

El eco llegó del más lejano pasado, de un lugar al que todavía no podía ir, el mismo en el que se encontraban sus antepasados.

«Deja que tu voz vuele dónde no puede llegar tu cuerpo».

El silencio empezó a ahogar todo lo demás permitiéndole encontrar solaz en ese íntimo lugar, dejó ir las voces, dejó ir cada uno de sus sentidos y se concentró en buscar a alguien, alguien que la necesitaba, que gritaba pidiendo ayuda.

«POR FAVOR. QUE ALGUIEN ME AYUDE. LA HAN MATADO. ME LA HAN QUITADO. MI HERMANA. POR FAVOR. QUE ALGUIEN ME AYUDE».

Su desesperación se hizo presa de su propio ánimo, de su alma y su corazón, buscó esa conexión que traía su voz y gritó con todas sus fuerzas.

«¡Corre!».

Su voz se hizo eco en la inmensidad de la nada, proyectándose hacia esa presencia aterrada y horrorizada que alcanzó su mente.

«Están detrás de mí. Sé que viene. Quiere que sea la siguiente. Dios mío. La mató. La he oído gritar, pedir ayuda y no pude hacer nada. No he podido hacer nada más por ella».

Su dolor y desesperación se unía a un horror inimaginable, a algo que ahora habitaba en su alma y que dudaba que pudiese erradicar algún día. Horror. Culpabilidad. Muerte. Rabia. Sus emociones eran crudas, demasiado para un ser humano. Su lobo. Había tomado las riendas y era el que la guiaba hacia la libertad.

Judith se obligó en seguir esa estela, en ver más allá del velo que protegía su mirada.

«Corre, por favor, no dejes de correr».

Un sollozo en su mente, una presencia tan palpable que le recordó la presencia de Radu.

«¿Quién eres? Por favor, ayúdame. Necesito ayuda. Él la ha matado, ha matado a Cora. Lo que le ha hecho. Dios mío. No puedo recordarlo, no quiero. Mi pobre Cora».

Su voz se hizo más presente, casi podía ver su imagen atravesando... ¿qué?...

«¿Dónde estás? Necesito que me digas dónde estás».

«No lo sé, no conozco este lugar».

Los sollozos se traslucían en sus palabras, en su desesperación, pero era incapaz de ver más allá y sin más datos no podía hacer otra cosa que acompañarla.

«Dime lo que ves, qué hay delante de ti».

La respuesta llegó tras unos momentos de silencio en el que pensó que la había perdido.

«Árboles, bosque, montañas en la lejanía».

Asintió para sí e insistió. Necesitaba más datos, necesitaba saber dónde estaba exactamente.

«El sol, ¿puedes ver su posición? ¿Está delante de ti? ¿Detrás?».

Un nuevo sollozo y la amarga desesperación volvieron a penetrar en su mente a través de la de ella.

«No lo sé, Dios mío, no lo sé».

Apretó los dientes y luchó por respirar a través del dolor que no era suyo, del miedo y la desesperación.

«No van a dejar que huya. Él no dejará que me vaya. Seré la siguiente. Me lo dijo».

Sacudió la cabeza negando mentalmente. No podía perderla ahora, no podía dejar que pensara en lo que quiera que venía detrás, tenía que hacerla correr, obligarla a huir, ganarle todo el tiempo que podía.

«Corre, haz lo que hazas no dejes de correr».

Su mente empezaba a alejarse por momentos.

«Va a matarme. Me matará como lo hizo con Cora. Lo siento, oh dios, dile a mamá y a papá que lo siento mucho. Es todo culpa mía».

«No voy a dejar que te haga daño, te lo prometo, Anezka, no se lo permitiré».

No podía permitir que le hiciesen daño, solo era una niña asustada, como lo había sido ella misma hacía mucho tiempo cuando el mundo le había dado la espalda y su único apoyo la había dejado para siempre.

«Babička, necesito que me ayudes, necesito saber qué puedo hacer para llegar a ella, necesito encontrarla».

«Sus ojos son tus ojos».

Apenas terminó de comprender sus palabras cuando se encontró viendo ante ella un paraje lleno de árboles, matorrales y naturaleza, pero no de una forma humana, sino desde otra perspectiva, la de un lobo. Sintió la fuerza de sus patas galopando sobre la tierra, el aire golpeándole el pelo a la velocidad terminal a la que corría y también como sus reservas de energía se iban agotando.

Y entonces lo vio, una luz en medio de la oscuridad, el reconocimiento de un lugar conocido.

—El bosque Český.

Se encontró mirando las fotos, la sala a su alrededor seguía como siempre, solo su corazón, latiendo a un ritmo frenético daba cuenta sobre lo que acababa de pasar.

«¿Judith?».

La intensidad de la voz de Radu en su mente la hizo llevarse la mano a la cabeza.

«Český. Es el bosque Český». Respondió en su mente. *«La están persiguiendo, no podrá seguir corriendo durante mucho tiempo. Por favor, ayúdala, Radu, le prometí que él no la tocaría».*

«El bosque Český. Sí, sé dónde está». Escuchó su confirmación. *«Mi gente se ocupará de ello, no te muevas de ahí».*

Sacudió la cabeza y se giró como un relámpago hacia la puerta.

—Y una mierda que lo haré.

Sabía que eran al menos dos horas de viaje por autopista, no había forma humana en la que pudiese estar allí en forma corpórea, pero todavía tenía trucos en la manga y cualquier zona que estuviese dominada por la naturaleza, estaba conectada a ella.

CAPÍTULO 24

Judith saltó de coche nada más apagar el motor, había conducido como una loca y prácticamente había aparcado de la misma manera antes de precipitarse hacia la torre de piedra que ejercía de mirador en el parque natural Košíře-Motol. Aquella era la zona de vegetación más cercana que podía encontrar en Praga y poseía el poder ancestral de todo bosque bohemio. Dejó el puñado de casas a sus espaldas y se dirigió hacia el otro lado del mirador, el que permitía la visión de una amplia extensión de bosque. En otras circunstancias se había adentrado allí, pero no tenía tiempo, si hacía algo, debía hacerlo ahora.

—De acuerdo, de perdidos al río —murmuró para sí.

Extendió las manos por delante de ella y se visualizó a sí misma en medio de aquella extensión arbórea, rodeada de vegetación y calma, con el aroma de las plantas y el aire puro conectándola con sus raíces.

«Ayudadme». Murmuró para sí misma, buscando ese lugar en el que se reunían las voces. «*Guiad mi mano, guiad mi alma y dejadme llegar a aquella que necesita de mí*».

La brisa se levantó a su alrededor, acariciándola, reconociéndola mientras las copas de los árboles empezaban a agitarse mostrándole su propia respuesta. Poco a poco empezó a sentir la llamada de la madre tierra, la energía que mantenía el equilibrio del mundo y permitió que penetrase en su alma.

«¿Radu?».

La voz de su compañero no se hizo esperar, no parecía nada contento, de hecho.

«*Tú y yo vamos a tener una larga charla sobre las repercusiones de desobedecerme y ponerte en peligro*».

Ignoró su gruñido y lo buscó a través del viento y de la tierra, sintiéndole en su corazón y viéndole en su alma con la forma de un enorme lobo marrón oscuro y negro.

«*Ya me sermonearás después, ahora no hay tiempo*». Se concentró en encontrar a la chica, en buscar su huella a través del territorio que cubría el alfa. «*Siento su desesperación, sus patas rozando la tierra... Está... a tu izquierda, algunos kilómetros en la dirección del sol*».

Y no era lo única que había en esa zona, un inesperado escalofrío la recorrió por entero y sintió el malestar de la tierra, su repulsa hacia lo que quiera que la estuviese pisando.

«*No está sola... le están dando caza y a la tierra no le gusta su presencia*».

Y a ella tampoco, pensó dejando que su poder se filtrase a través de su vínculo con la tierra, sanándola, calmándola.

«No tendrá que volver a preocuparse de su presencia, porque no volverá a sentirlos caminando sobre ella».

Su respuesta fue dura, oscura, rabiosa, no era algo que encajase con el hombre que conocía y, al mismo tiempo, era sin duda él.

Sacudió la cabeza.

«Ayuda. Por favor. Ayuda».

Su petición se antepuso a todo lo demás, podía sentir como se quedaba sin fuerzas, como poco a poco iba perdiendo velocidad.

«No te rindas ahora, Anezka, casi estás a salvo. Solo un poco más, aguanta un poco más, ya llegan los refuerzos».

«Por favor, no me dejes».

Se concentró en ella hasta que pudo prácticamente acariciarla.

«No me iré a ningún sitio hasta que sepa que estás a salvo, cariño, te lo prometo».

Escuchó más que vio en su mente un sonoro aullido secundado por otros y la tierra respondió a esa primitiva llamada invitando a los animales a dar caza a aquello que la contaminaba.

«Protégela, Radu, por favor».

Sintió una caricia en respuesta a su súplica de parte de su lobo un instante antes de que cortase toda comunicación con ella, arrancándola de golpe de su propia conexión.

Judith jadeó y terminó cayendo de culo sobre el suelo, estaba sudando a mares y algo húmedo le caía de la nariz, goteando sobre su mano; sangre.

—Por favor, abuela, protege a mi lobo y a esa niña y que la justicia caiga sobre esos que se han atrevido a profanar nuestra tierra.

Radu no pudo evitar gruñir de rabia mientras veía la forma en la que la exhausta muchacha se abrazaba entre gritos y sollozos a Damek. La habían empujado al límite de su resistencia, la habían perseguido como a un conejo y eso solo después de haberla obligado a presenciar el brutal asesinato de su hermana.

El policía estaba tan desesperado como él mismo o más aún, si bien la muchacha pertenecía a su clan, el lobo conocía a sus padres, lo que hacía aquella tragedia incluso más cercana para él.

El desgarrador lamento de la joven los tenía a todos sobrecogidos, incapaces de hacer otra cosa que reclamar venganza como ya habían hecho sobre aquellos que la habían perseguido.

El terreno había quedado sembrado de cadáveres, tres lobos y un despojo humano que apestaba a locura y maldad. Sus ojos febriles, las estruendosas carcajadas y el olor de la víctima impregnada en él fue suficiente prueba de su condena y su ejecución equiparable a la horrible muerte que había orquestado.

Ya solo quedaba un lobo en pie, todavía en forma humana, un despojo de bestia que no hacía otra cosa que reírse como si no se diese cuenta que enfrentaba la muerte.

—¿Quién lo ha ordenado? ¿Quién está detrás de todos estos ataques?

Uno de los hombres del equipo de Damek se enfrentaba ahora con él. Todos habían quedado tocados por el horror que habían presenciado hoy, su rabia era equiparable a la de su jefe, quería sangre, quería desgarrar a su presa y su propio lobo estaba deseoso de secundarlo.

—¿Qué monstruo ordena algo semejante? ¡Contesta!

Una cínica y enloquecida sonrisa curvó unos dientes sucios y manchados de sangre. No había ni una sola brizna de cordura en esa mirada.

—Un buen Daratriz es un Daratriz muerto.

Antes de que el lobo pudiese asestarle un buen puñetazo, el maldito empezó a convulsionar y a espumar por la boca. Segundos después yacía muerto con los ojos en blanco.

—Joder —masculló el hombre apartándose del cadáver de un salto—. Ojalá te pudras en el infierno, cabrón.

—Daratriz —repitió él y negó con la cabeza—. Ellas no pertenecían a ese clan extinguido.

El lobo lo miró entre pensativo y afectado.

—Nadie emplearía tal sadismo en una simple equivocación, señor.

No, él tampoco lo creía, pero últimamente, con la cantidad de cosas que estaban ocurriendo ya no estaba seguro de nada.

—Son ya demasiadas las muertes, demasiadas las desapariciones que están asolando nuestra ciudad y las regiones de los alrededores —añadió otro más—. ¿Quién diablos está detrás de esto? ¿Por qué no podemos ponerle freno?

Miró a los chicos y negó con la cabeza.

—Algo me dice que es el mismo que va tras la princesa —aceptó poniendo de manifiesto ante esos jóvenes lobos que la muchacha estaba viva.

—¿La princesa Delani?

—¿Está viva?

—¿Cómo es posible?

Demasiadas preguntas para las que las respuestas deberían esperar.

—Ahora no es el momento —indicó a Damek—. Hay que sacarla de aquí. Tiene que verla un médico y habrá que dar la noticia a sus padres.

—Yo lo haré —contestó el policía cogiendo a la muchacha en sus brazos. La pobrecilla había sido incapaz de seguir consciente, no después de todo lo ocurrido—. Es mi deber... y ella mi responsabilidad.

Posó la mano en su hombro y asintió. No había mucho más que decir, en momentos así no había palabras que pudiesen ofrecer consuelo alguno.

—Diles que este crimen no quedará impune —declaró con fiereza—. Levantaremos cada maldita piedra hasta dar con el responsable y entonces, se hará

justicia.

Asintió y le dio la espalda alejándose mientras su gente se ocupaba de la limpieza del lugar.

«Pelirroja, la niña ya está a salvo».

Su compañera había sido un infierno de ayuda en ese momento, no sabía cómo demonios lo había hecho pero los había dirigido a la perfección a pesar de estar a cientos de kilómetros de distancia.

«La ha visto morir, Radu, la ha visto... morir».

No había necesidad de preguntar nada más, sus palabras lo decían todo.

Apretó los dientes y cerró los ojos.

«Pagarán por lo que han hecho, pequeña, pagará hasta el último de ellos».

Volvió a mirar a su alrededor y apretó de nuevo los dientes ante las huellas que quedaban de la masacre, se habían atrevido a entrar en su territorio y cometer una atrocidad tal que se le revolvía el estómago.

—Esto tiene que acabar —murmuró para sí.

Sacudió la cabeza y cambió a su forma lupina con solo un pensamiento. Necesitaba volver al lado de su compañera, necesitaba borrar de su mente el horror que había vivido ese día y ella era la única que podía ofrecerle tal consuelo.

Ella era su presente, su futuro, solo esperaba que fuese también lo bastante fuerte como para borrar su pasado.

CAPÍTULO 25

Denali miró la ciudad sin saber muy bien qué sensaciones le transmitía. Era una gran urbe, patrimonio de la humanidad, lugares de los que habían aprendido a huir. Sabía que sus nervios nada tenían que ver con la ciudad y sí con el hecho de que su compañero estuviese cerca. Ya no era algo inanimado ni un objetivo futuro y eso hacía todo si cabía más aterrador.

¿Cómo enfrentarse a alguien a quién pertenecías desde que eras un bebé pero con el que no habías interactuado jamás? ¿Qué sabía de él, de su carácter o de cómo se relacionaba con otros lobos? Su experiencia con los hombres era escasa, limitada a unos cuantos besos robados y a la obsesión de un individuo que no deseaba otra cosa que usarla como herramienta para su venganza.

No. No podía enfrentarse todavía a algo así, no cuando había alguien ahí fuera decidido a robarle cualquier atisbo de felicidad que pudiese encontrar al lado de un compañero. No podía conducir a ese lunático hasta Velkan, no mientras el maldito estuviese vivo y dispuesto a hacerles daño.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

No quería robarle a Nahara la oportunidad de reunirse con Rumati. Sabía que su ausencia era algo que la loba siempre había llorado en silencio y penado en soledad, ya era hora de que obtuviese recompensa a su abnegación y a la renuncia a la que se vio obligada a causa de ella. No le quitaría otra vez la vida para atarla a la suya.

Suspiró y se apoyó ligeramente contra el bajo muro de piedra del Puente San Carlos, desde allí podía ver la ciudad llena de edificios en tonos arena y blancos con techos rojizos que parecían extenderse sin fin a los pies del castillo. Solo esperaba que la antigua urbe europea fuese suficiente para mantener su anonimato.

«Siempre nos hemos inclinado por lugares poco poblados, no imagina que podamos estar escondidas delante de todo el mundo».

Las palabras de su amiga tenían sentido. Él no sabía lo que su implacable persecución les había hecho, como las había obligado a agudizar el ingenio e idear la manera de mantenerse siempre por delante.

No. Él seguía pensando en ella como la dócil niña que había salvado de la muerte, como la estúpida criatura a quien podía manipular a su antojo. Jamás sabría lo que sus mentiras habían causado o lo que sus despiadados subordinados le habían obligado a hacer para mantenerse con vida. La niña que fue murió con las manos manchadas de sangre y un grito de dolor rasgándole la garganta. Nunca comprendería que la loba de sangre pura que habitaba en su interior lo quería muerto. Nunca sabría que, por encima de todo, tenía honor.

Y ese honor la obligaba a darle caza, a teñir de nuevo sus manos de sangre y vengar las vidas de aquellos que habían muerto solo por protegerla.

Suspiró, acarició la piedra del famoso y antiguo puente y volvió sobre sus pasos a través de las calles adoquinadas de la vieja ciudad. Había dejado a su guardiana sola en el hotel en el que habían decidido alojarse en Praga y sabía que no le sentaría nada bien despertarse y descubrir que había salido a reconocer el terreno; al menos esta vez le había dejado una nota.

Se movió con presteza, manteniendo la mirada baja y la cara oculta bajo el ala de la gorra que llevaba puesta, dejó atrás las zonas llenas de turistas y callejeó en busca de lugares menos concurridos. El trasiego y las aglomeraciones de gente que se daban en los sitios más emblemáticos la ponían nerviosa. Siempre había preferido la calma de los bosques, la tranquilidad de los pueblos a las grandes ciudades. Era una loba reservada, tímida en muchos aspectos y posiblemente pueblerina.

Hizo una mueca ante la poco favorable enumeración de cualidades que había hecho sobre sí misma.

—Espero que eso no sea un problema para él.

Él. ¿Por qué le venía ahora de forma continua a la mente? ¿Por qué no podía dejar de pensar en el príncipe cuando nunca había sido otra cosa que una sombra en su mente o en su corazón? Hasta ahora no lo había considerado nada más que algo que había en su vida, algo a lo que tarde o temprano debería enfrentarse, pero no lo había visto como un compañero, alguien real hasta ahora.

—Nunca lo consideraste como algo real hasta que volviste a captar su aroma después de tanto tiempo. Ya no es un mito, ni un sueño, es algo tangible y eso te aterra.

Y esa era una gran verdad, pensó. Su loba aulló en su interior totalmente de acuerdo. Su lupino deseaba entrar en acción, dejarse de tantos pensamientos y tomar la delantera. Ella no tenía dudas, había encontrado el rastro de su compañero y todo lo que deseaba era seguirlo.

—Quizá eso es lo que me ha llevado a dejar la habitación de hotel y recorrer la ciudad —murmuró en voz alta. Se sentía nerviosa, inquieta, necesitaba moverse y no podía evitar echar vistazos cada dos por tres a su alrededor y por encima de su hombro como si esperase que alguien estuviese al acecho y saltase sobre ella.

—Estás viendo fantasmas dónde no los hay, Dena, fantasmas.

Solo esperaba que esos fantasmas se quedasen como espectros y no cobraran vida poniéndole un cuchillo bajo el cuello.

—Necesito moverme y dejar de pensar en estas tonterías.

La ciudad vieja se abrió poco a poco ante ella con sus antiguos edificios, sus suelos adoquinados y la afluencia de gente empezó a crecer y decrecer según las zonas por las que transitaba. Dejó atrás la vía principal y se desvió hacia una calle llena de artesanía de la zona, de alegres vendedores que salían a la puerta invitando a entrar y de turistas despistados que buscaban la manera de salir de allí. Se bajó la gorra un poco más sobre los ojos y se dispuso a dejar atrás la zona cuando algo la alertó.

Era un aroma, algo sutil pero inequívocamente conocido. Levantó la mirada y se encontró con la de una mujer de edad avanzada que la miraba a su vez. Era una loba y parecía regentar el puesto de artesanía al final de la calle. Vaciló durante unos instantes entre dar media vuelta y huir o seguir adelante. Nunca había sido de las que huían, pero esta vez había algo que la molestaba y no sabía que era.

Avanzó lentamente y echó un fugaz vistazo por el rabillo del ojo a las cosas que exponía en su tienda y entonces se detuvo en seco. Entre los típicos suvenires de figuras de cristal de Bohemia, granates engarzados, *matrioskas* y juguetes de madera, estaban expuestas unas preciosas marionetas. Una de ellas captó su atención de manera particular. La forma de su rostro, el color de sus ojos, su vestido... la había visto hacía mucho tiempo en otro lugar, en otra vida.

«*Creo que se sentirá a gusto contigo*».

Dos palabras y una sonrisa. Él era mayor y no sabía porque quería jugar con una niña, pero le caía bien. Había algo en el lobo que le gustaba y la hacía feliz. Cogió la marioneta en las manos y le devolvió la sonrisa.

—Velkan.

Al pronunciar su nombre sintió un nudo en el estómago, su nerviosismo se tornó en ansiedad y las lágrimas empezaron a picarle en los ojos. Se obligó por respirar a través de la angustia que se instaló en su pecho y a apartar la mirada de ese eco del pasado que la contemplaba desde el escaparate.

—Sí, hay cosas que no se pueden ocultar —pronunció la mujer en checo—. Oh sí, lo supe cuando te vi. Eres de los nuestros.

Sus palabras hicieron que se girase de inmediato hacia ella, la sonrisa afable en una cara surcada de arrugas dotaba su rostro de un gesto dulce que contribuía a tranquilizar su exaltado ánimo.

—Pasa, pasa. —La invitó indicando con la mano que la siguiese al interior de la tienda—. Todos los días llegan extranjeros a la ciudad, pero no son muchos los lobos... Debe ser por la próxima reunión, ¿no? Ah, nuestro príncipe ha venido a la ciudad y eso es un motivo de celebración.

Palideció ante su parloteo.

—¿El príncipe?

La mujer se giró hacia ella y asintió emocionada.

—Sí, sí... ¿No lo sabías? No se habla de otra cosa en la vieja Bohemia —asintió emocionada—. El señor de Praga será el que ejerza de anfitrión este año. Es todo un honor para esta vieja ciudad.

—Anfitrión... —Las palabras se confundían en su mente.

—La reunión anual, chiquilla —aseguró con una risita—. ¿No es a eso a lo que has venido? ¿A ver a nuestro príncipe Velkan?

Empezó a hiperventilar.

—Oh señor...

—Sí, sí, es emocionante, ¿verdad? —continuó la mujer ajena a su indisposición

—. He oído que será una recepción fastuosa, que se hará un anuncio. Me pregunto cuál será. —La anciana loba siguió con sus propias ideas—. Algunos de los invitados ya están en la ciudad. Oh sí, han estado paseando por algunas calles según me han dicho. Me hubiese gustado que viniesen a mi tienda, serían bien recibidos...

Dejó de escuchar, sus oídos se concentraron únicamente en los latidos de su corazón y como retumbaban en ellos de manera atronadora.

Velkan estaba en la ciudad, allí, en Praga y no era el único. Sus alfas, los jefes de las distintas regiones se iban a reunir para la reunión anual.

Giró sin previo aviso y echó a correr como si la persiguiese el mismísimo demonio, su loba arañó la superficie desafiante, haciéndose eco de su necesidad de escapar, pero la dominó.

Lobos. La ciudad tomada por alfas. Una fiesta. ¿Había un faro más brillante para alguien como Armitage? Tenían que salir de allí, pero la idea de que más gente de su pueblo sufriera por la locura de un demente le corroía las entrañas. No podía permitir que se llevasen a cabo más matanzas, que otros inocentes acabasen heridos o como daños colaterales de esa locura, pero lo cierto es que tampoco tenía los medios para evitarlo.

«*Ve con él*».

Su loba tenía las cosas muy claras. No había término medio para ella, sabía que la fuerza estaba en la unidad, en la manada. Como loba alfa su instinto era dominar, guiar y proteger, esencialmente a su pareja y a aquellos que dependían de ella. Pero, ¿cómo volver cuando el peligro le pisaba los talones? ¿Y cómo no hacerlo si con ello podía parar todas esas muertes?

Había estado sola toda la vida, incluso con Nahara, su soledad había sido interna pues sabía que no podía anhelar lo mismo que su amiga, ella no tenía esa libertad.

«*Volvamos a casa, volvamos con nuestro compañero*».

Apretó los dientes evitando aullar en su forma humana y redujo el ritmo de su frenética carrera para ver por dónde iba. No podía sucumbir al miedo o a la desesperación, tenía que centrarse y vaciar la mente para poder pensar con claridad. Se detuvo resollando, apoyó las manos sobre las rodillas y luchó para normalizar los latidos de su corazón.

—Basta, Dena, tienes que centrarte, tienes que pensar. No puedes...

Algo la hizo levantar la cabeza, era una sensación extraña, de peligro, algo que había notado ya otras veces y que no traía consigo nada bueno. Escaneó los alrededores con la mirada fijándose en la gente, buscó en el aire esos olores que conocía y contuvo el aliento cuando sus ojos se toparon con un individuo que pensaba podía pasar desapercibido.

—Mierda.

Miró a su alrededor en busca de algún lugar en el que ocultarse y se deslizó tras el saliente de un edificio.

Chaqueta negra, pantalones gastados, botas manchadas y pelo rapado, la forma

despreocupada con la que se inclinaba contra la esquina de un restaurante no podía ocultar a sus ojos la clase de despojo canino que era. A su olfato desprendía un olor de maldad y crueldad que los incautos humanos no podían captar.

Lo vio llevarse la mano al bolsillo y extraer un teléfono que emitía una sorda vibración.

—Todavía nada. Los perros se han desplegado pero no haya rastro de las presas.

Había escuchado demasiadas veces a escondidas su jerga para saber a qué se refería.

—¿Qué ha pasado con el řezník^[6]? —gruñó por lo bajo pero no se inmutó. Desde donde estaba no podía escuchar a su interlocutor y no se atrevía a acercarse más por si detectaba su olor o su presencia—. Entonces todo va de acuerdo al calendario.

Hubo un nuevo momento de silencio mientras él escuchaba.

—Él estará contento, los tiene dónde los quiere, lejos del plato principal, concentrándose en las sobras.

Él. La sola mención del culpable de esos dos años de continua huida hizo que se le acelerase el corazón. Nunca mencionaban su nombre, siempre que se referían a esa escoria lo hacían con el temor presente en la voz.

—Sí. Todo ha de quedar listo dentro del plazo —continuó—. Pronto llegará a la ciudad.

La comunicación se cortó, devolvió el teléfono a su sitio y tras echar un vistazo a su alrededor, abandonó su posición y continuó calle arriba.

«Todo debe quedar listo dentro del plazo. Pronto llegará a la ciudad».

Las palabras seguían resonando en su mente, calentando la sangre en sus venas y haciendo que su loba despegase los labios mostrando una afilada fila de dientes. Iba a venir a Praga, iba a aparecerse en la ciudad. Apretó la mandíbula y luchó con el odio que habitaba en su interior, no podía precipitarse, descubrirse no era una opción pero tampoco podía dejarle ir. Sus palabras habían despertado toda clase de sospechas y su loba no iba a ignorarlas.

Esperó a que se perdiese entre la multitud, dejó su escondite y empezó a seguirle a través de las transitadas calles de la ciudad.

CAPÍTULO 26

El ser humano podía ser realmente carroña, maldad en estado puro, pensó Judith, no hacía falta ser un animal para carecer de conciencia, para dejar que los instintos dominasen la parte racional de algo. Quien quiera que estuviese detrás del secuestro y brutal asesinato de una niña era un auténtico monstruo demente.

—Es la muerte en misma, el lado más oscuro de la Parca —murmuró en voz baja, sobrecogida por los rescoldos de unas emociones de las que no conseguía liberarse—. En su alma solo habita oscuridad, una tan grande que lo devora y contamina todo. No hay compasión, carece de empatía, es maldad pura... la oscuridad definitiva y eso es aterrador.

Notó las manos de Radu cerrándose sobre sus hombros, su cuerpo un escudo vivo protector que hacía que se mantuviese anclada al presente. Era incapaz de dejar de temblar, desde que la había recogido a los pies del torreón del parque no había podido dejar de hacerlo, no había podido drenar la maldad que había sentido a través de la tierra y que solo era un eco de lo que en realidad había detrás.

—Su muerte... no significó nada para él, solo... solo fue un grotesco pasatiempo. —Levantó la mirada y se encontró con los ojos dorados del hombre que se había presentado a las pocas horas en casa del alfa—. No había nada. Ningún fin. Nada.

Su presencia la tranquilizaba de una manera extraña, era como si el hecho de ser el cabeza de su raza no fuese otra cosa que un hecho autoimpuesto y no dejase de ser otra cosa que un lobo joven y amigable.

Bajó la mirada hacia sus manos las cuales habían cogido las suyas, apretándolas suavemente, permitiéndole vislumbrar una conexión nueva y especial; la misma que los lobos tenían con él.

Su aura era de un impresionante color blanco, casi plateado, era como un faro que atrajese a la gente, a su gente, pero incluso el blanco más impoluto se mancha, se corrompe y su alma tenía vetas grisáceas que hablaban de un pasado doloroso, de decisiones y arrepentimientos y de una agonizante soledad que lo había estado carcomiendo poco a poco.

—¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Quién está detrás de esta atrocidad? —preguntó en un bajo susurro—. ¿Quién mueve los hilos de esta locura?

Su mirada se estrechó, sosteniendo en todo momento la suya.

—¿Por qué estás tan segura de que hay alguien?

Retiró sus manos de golpe y se levantó.

—Porque lo vi.

Sus palabras parecieron aspirar el oxígeno de la biblioteca.

—¿Lo viste?

La voz atronadora y oscura del así llamado Ejecutor hizo que se girase en su

dirección. Era la mano derecha del príncipe, un hombre con un aura tan oscura como clara era la de Velkan, pero no había maldad en él, ni una sola brizna, solo determinación, una arraigada lealtad y la sabiduría de que era el único que podía cargar con el peso que cargaba.

Sacudió la cabeza y deslizó la mirada por la habitación hasta encontrarse con el tercer invitado no deseado de esa reunión. Él fue quien más le impactó, el dolor que habitaba en su interior era suficiente para matar un alma. Su espíritu se iba apagando poco a poco, era como si la vida ya no le importase, como si él mismo hubiese muerto mucho tiempo atrás y lo más preocupante de todo era que ese hombre era Mijaíl, el hermano de Radu.

Cerró los ojos y volvió a mirar a Arik.

—No de la manera en que ves con los ojos —explicó. Había sido un momento inesperado, una conexión que no se había seccionado por completo pero estaba allí, agazapado en algún lugar y la tierra lo había descubierto.

—No sé quién es, no he visto su rostro, pero su mente es caos y horror, su sed de venganza es oscura e hiriente —se lamió los labios mientras se paseaba de un lado a otro incapaz de mantenerse quieta en un lugar—. Obsesión. Rabia. Dolor. Determinación. Anhelos. Lo que sea que desea lo desea con todas sus fuerzas y carece de alma.

Dejó que su mirada se encontrase de nuevo con la de Velkan.

—Y un hombre sin alma, es la más peligrosa de las criaturas.

El príncipe le sostuvo la mirada, pudo ver en sus ojos y en el color de su aura como sus palabras le afectaban pero hizo un buen trabajo para no mostrarlo ante su gente.

—Desea algo... —se estremeció al recordar la sensación que la había recorrido, el miedo que sintió y la desesperación que la llenó y que al principio pensó se trataba de la de Anezka—, y no puedes dárselo... ninguno podéis dejar que lo obtenga... no... no podéis.

Empezó a temblar sin control, sintió un inexplicable frío envolviéndola, una neblina oscura cerniéndose sobre ella y las fuerzas empezaron a abandonarla mientras las voces irrumpían en su cabeza en un enorme griterío sin sentido.

«¡Judith!».

El grito en su mente la sacó de golpe de la oscuridad y las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas mientras su cuerpo colapsaba en los brazos de su compañero.

—Lo vi, Radu, vi su mente... —rompió a llorar—. Sabía lo que ocurriría, sabía lo que ese monstruo les haría... ¡y no le importó lo más mínimo! ¡Las envió como se envía un animal al matadero!

—Shh, ya, tranquila, estoy aquí. —La apretó contra él.

Se aferró a él con fuerza, necesitando su contacto, sabiendo que era el único que podía mantenerla estable en esa locura.

—Ellas... ellas no iban a ser otra cosa que una distracción... —concluyó

levantando la mirada, buscando sus ojos y finalmente los del príncipe—. No las quería a ellas... no le servían para otra cosa que distraer tu atención de aquello que desea... La busca a ella para poder destruirte a ti.

Las facciones del joven lobo se endurecieron y sus ojos ardieron.

—Necesito encontrarla antes de que alguien más lo haga, Judith —pronunció su nombre con un tono de súplica—. ¿Podrías encontrarla? Si estuviese en la ciudad, ¿podrías dar con ella?

Más lágrimas se deslizaron por sus mejillas reuniéndose con las primeras.

—No lo sé... —negó con la cabeza. A estas alturas del partido ya no estaba segura de nada.

—Inténtalo a través de mí.

Los presentes se volvieron al unísono hacia la voz que apareció en el umbral de la biblioteca acompañado de Melinka.

—Te dije que deberías haberlo atado.

El comentario de Mijaíl iba dirigido a Velkan, pero este no parecía interesado en sus consejos.

—Era mejor mi primera propuesta —añadió Arik al mismo tiempo con un bufido. «Ayúdale».

La voz de su abuela le acarició la mente, un susurro sutil pero cargado de intención. Dejó el lado de Radu y caminó hacia el recién llegado. Su aura estaba fragmentada, no había un solo lugar que estuviese intacto y eso la mantenía fascinada. Ni siquiera sabía cómo se mantenía en pie con el dolor que sentía, pero el color verde esmeralda que la dominaba parecía hacerse incluso más brillante en esas grietas, era como si alguien o algo las estuviese uniendo.

Esperanza.

Siempre había asociado el color verde a la esperanza, a la tierra y a sus antepasados y, algo en este hombre le daba eso, esperanza.

Extendió la mano y la posó sobre el corazón, notando su latido y su propio lobo bajo la palma.

—¿Podrías encontrarla?

Las palabras hicieron que alzara la mirada para encontrarse con la de él y negó con la cabeza.

—Yo no, pero tú sí —aseguró sin dejar de mirarle a los ojos—. Puedes encontrarlas a ambas... solo necesitas escuchar el alma que ya compartes.

Él asintió y levantó la mirada hacia Velkan con gesto decidido.

—Haré lo que sea necesario —aceptó mirando al joven lobo—. Las traeré.

El príncipe asintió y la miró a ella.

—Estoy en deuda contigo Judith.

Sacudió la cabeza con energía y señaló lo obvio.

—Nada de deudas, por favor —pidió retirando la mano del lobo. Podía sentir a Radu en su interior, intranquilo, nervioso, tratando de dominarse. No le gustaba que

tocase a otros lobos—. Solo rezad para que esto funcione y podamos dar con ellas.

Se volvió entonces hacia su compañero.

—Voy a necesitarte cerca de mí —susurró a Radu—. Más cerca que nunca. No creo que pueda hacerlo de otra manera.

—Me sentirás en cada respiración, pelirroja, en cada latido de corazón y en cada aliento que tomes —le prometió caminando hacia ella con la mano extendida.

—Extremo, pero me sirve —aceptó y se aferró a la mano que le tendió—. Hagámoslo antes de que pierda el valor.

—Eso nunca lo perderás, Judith, forma parte de ti al igual que yo.

Había llegado el momento de enfrentarse a la prueba de su vida, una en la que no podía fallar, no si quería evitar esa guerra de la que todos hablaban.

«Por favor, abuela y demás antepasados, ayudadme a reunir a mi nueva familia».

CAPÍTULO 27

Nahara empezaba a pensar seriamente en esposar a su compañera cada vez que decidiese echarse una siesta, eso evitaría que tuviese que envejecer diez años con cada salida intempestiva de la muchacha. Al menos esta vez le había dejado una nota aunque como siempre era parca en explicaciones.

Se puso la chaqueta, comprobó que su arma estaba cargada y la introdujo en la funda oculta bajo esta. Aquella era una costumbre adquirida y no iba a dejar de hacerlo hasta que supiese que sus días de guardián hubiesen llegado a su fin.

La recibió el ajetreo propio de aquellas horas matutinas, las calles empezaban a llenarse de transeúntes y de tráfico, la mayor parte turistas que venían a disfrutar de la emblemática ciudad. Se subió las solapas de la cazadora y se apretó la coleta, un estudiado e inocente movimiento que le permitía hacer un rápido barrido de los alrededores.

Se lamió los labios y dejó la calle del hotel para doblar a la derecha y bajar hacia la principal. El olor del café recién hecho le hizo la boca agua.

Había algo en esa ciudad que le gustaba, no sabía si era la vida que parecía respirar o las antiguas calles, pero disfrutaba del cambio tras tanto tiempo escondiéndose.

Se tomó unos segundos para empaparse de esas diferencias, de la vida que nunca había llegado a vivir realmente y volvió a su tarea. En las urbes era mucho más complicado seguir un rastro, pero habiendo pasado tanto tiempo con Denali seguirla era prácticamente un juego de niños.

—A veces me pregunto si no lo hará a propósito.

Sacudió la cabeza y estudió la zona buscando el lugar por el que seguramente habría tirado su compañera. No era aficionada al turismo, así que lo más seguro era que huyese de las zonas concurridas, por otro lado, el solo hecho de que hubiese decidido salir sola hablaba del nerviosismo interior que venía aquejándola últimamente.

«*Más te vale que tengas una buena razón para haberte marchado sin más, señorita. ¿Tantas ganas tenías de conocer la ciudad?*».

Envió la pregunta a través del vínculo privado que compartían, uno que había nacido de la camaradería, la lealtad y la necesidad de estar en contacto. La respuesta no se hizo esperar.

«*Mis ganas se han esfumado de golpe*». La escuchó con total nitidez, pero fue su tono y la irritación que había en su voz lo que la puso en guardia. «*Están aquí, Naha, están aquí y no se traen nada bueno entre manos*».

Un breve escalofrío le recorrió entera haciendo que se le pusiese el vello de punta. Empezó a avanzar con mayor rapidez, agudizando la vista y sus otros sentidos

mientras caminaba.

«¿Dónde estás?».

«No conozco el nombre de la calle pero veo el castillo por encima de los edificios».

Se detuvo para orientarse, giró sobre sí misma y maldijo al darse cuenta de que estaba yendo en sentido contrario. Se apresuró a atravesar la calle y cruzar el paso de peatones antes de que el semáforo cambiase de color. Fue entonces cuando lo vio, un hombre vestido de manera informal y ropa oscura, con gafas de sol y el pelo lo suficiente corto para no tener ni que peinarse. Llevaba una pequeña bandolera de cuero cruzada sobre la cadera, podía pasar por un turista cualquiera pero su aroma lo delataba. No era humano, era un lobo y la manera en que lanzaba furtivas miradas hablaba por sí misma.

«Tengo uno justo delante de mí. Parece que están buscando algo... o a alguien».

«Él sabe que estamos aquí. He escuchado una parte de la conversación que mantenía uno de ellos por teléfono. Y, Nahara, no son los únicos que se han trasladado a la capital checa. Acabo de saber que va a celebrarse una recepción en algún momento de la próxima semana y que los jefes de las distintas regiones americanas y europeas ya están aquí. La ciudad ha sido literalmente tomada por los lobos o lo será en breve. Y el príncipe también está implicado».

Las palabras de la joven loba hicieron que se le acelerase el corazón y su sangre bombease incluso con mayor rapidez a través de sus venas.

«Llámame loca, pero creo que todos ellos saben que estamos en la ciudad o lo sospechan».

Y eso era sin duda lo último que necesitaban ahora. Sacudió la cabeza y mantuvo su atención dividida entre el hombre al que perseguía y su amiga.

«¿Te han visto?». Aquella era su mayor preocupación.

«No. He tenido mucho cuidado de que ni siquiera se percate de mi presencia, aunque parece tener prisa, está serpenteando entre las callejuelas... No sé... Um... esta debe ser otra zona turística, es una calle estrecha llena de esas pequeñas y coloridas casas adosadas al muro norte del castillo».

El callejón del Oro, una callejuela en la que se encontraban ahora las tiendas de suvenires más cercana del castillo de Praga.

«Denali, no sigas. Esa calle no tiene salida».

«En ese caso tiene que tener en mente reunirse con alguien en algún lugar y necesitamos saber dónde y con quién».

«Princesa...».

No obtuvo respuesta y eso solo hizo que su corazón latiese más deprisa.

—Maldita sea —masculló y apretó el paso cuando su objetivo se perdió por detrás de un grupo de turistas japoneses.

Siseó en voz baja, dobló el grupo de parlanchines visitantes y maldijo al ver que el lobo había desaparecido.

—Esto no me gusta. —Miró de un lado a otro y finalmente optó por una de las calles que dirigían a lado este del castillo.

«*Nahara, no te acerques al castillo, es una trampa*».

Las palabras de la chica la dejaron sin respiración y le congelaron la sangre.

«*¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí ahora mismo!*».

La ausencia de respuesta de su amiga la puso en un estado frenético. No le gustaba lo que estaba pasando, no le gustaba ni un pelo. Apretó los dientes y sorteó a algunos transeúntes arrancándoles improperios por la premura y brusquedad de su paso. No tenía tiempo para disculparse, necesitaba llegar a ella, tenía que ayudarla, su misión era protegerla, se lo había prometido...

—Si le ponen una sola mano encima, los mataré, los mataré a todos.

Gruñó furiosa y casi derrapa al girar en una esquina solo para encontrarse de frente el castillo. Se obligó a aminorar el paso, a su loba se le erizo el pelo en abierta señal de peligro, pero había algo más, una seguridad que le hizo flaquear las piernas y golpeó su alma y su corazón con fuerza.

«*Nahara*».

La inesperada y deseada voz se filtró en su tumultuosa mente robándole el aliento durante unos preciosos segundos, desestabilizándola y haciendo que perdiese brevemente de vista su prioridad.

—No, ahora no puedo —siseó para sí misma, apretó los dientes hasta que notó la sangre en su propia boca e hizo lo único que podía hacer en tales circunstancias, correr.

«*Rumati, si eres tú y puedes escucharme, ayúdame. No puedo fallarle ahora, no después de todo lo que me ha costado el traerla hasta aquí. Está atrapada, le han tendido una trampa en el callejón del oro*».

Si la información de Dena era correcta y los lobos del príncipe estaban en la ciudad, no era casualidad, no podía serlo y ahora más que nunca necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir.

«*Soy Nahara Daratriz, guardiana de la princesa Denali y necesitamos ayuda en el área del castillo de Praga*».

Dejó la llamada en el aire y corrió a toda la velocidad que le daban sus dos piernas humanas. Tropezó un par de veces con los adoquines del suelo, dribló una valla que estrechaba el callejón y atravesó el portal de reja que, junto con una pequeña garita blanca y rayas grises daban la bienvenida al callejón que en la antigüedad había sido ocupado por joyeros y alquimistas.

«*Aguantad, prietenã, estamos cerca*».

Su voz nunca fue tal bálsamo para su maltrecha alma como entonces, una caricia que penetró en su mente y la envolvió en calidez y fuerza.

Rumati. Su compañero. Estaba vivo e iba a por ellas.

Resuelta a cumplir su promesa, sobrepasó a algunos de los humanos que vagaban por el callejón mirando las tiendas y se dirigió hacia el final de la estrechísima

callejuela.

CAPÍTULO 28

Después de todo seguir a ese maldito no había sido una buena idea, pensó Denali al ver cómo había sido atrapada al final del estrecho y colorido callejón. Tras ella, la pared verdosa de un pequeño negocio le cerraba el paso, en el umbral de la puerta estaba el hombre al que había seguido mirándola con una socarrona sonrisa mientras dos individuos más le cortaban el paso por dónde había entrado y otro la vigilaba desde las alturas, apostado sobre el tejado oculto por el desnivel de alturas de dos casas, con un rifle de asalto con silenciador encañonándola.

—Eres una perra escurridiza, de eso no cabe duda —comentó el tipo al que había estado persiguiendo—, pero no muy lista.

—¿Y quiénes lo dicen? —Le soltó mirándole a él y señalando a los demás con el dedo—. ¿Tres burros y una mula?

El insulto hizo reír al francotirador pero ofendió a los tres que estaban a su misma altura.

—Disfruta ahora que puedes de esa lengua tuya, princesa, con un poco de suerte te la cortará —aseguró con un tono de voz que evidenciaba que le encantaría hacerlo a él.

—Para eso tendría que llegar a mí, pero es tan cobarde que ni siquiera se atreve a dar la cara y manda a sus chacales a hacer el trabajo sucio —declaró en voz baja y carente de simpatía alguna.

«Tienes una forma única de entretener a tu público, Denali».

Luchó por no poner los ojos en blanco ante el comentario de su amiga, la había oído incluso antes de escucharla y sabía que estaba cerca.

«Sí, bueno, te agradecería que me echases una manito. Tengo un pequeño problema de overbooking».

«Tres burros y una mula, creo haberte escuchado decir, ¿dónde está la mula?».

«Arriba, a mi izquierda. Tiene un rifle de asalto y me da que es de gatillo fácil». Levantó ligeramente la mirada y luego volvió a recorrer a los demás. *«¿Cómo lo hacemos?».*

«Cae de rodillas y empieza a lloriquear. Ya sabes, como una princesita desvalida en apuros y nosotros haremos el resto».

«¿Nosotros?».

No esperó a obtener respuesta, hizo exactamente lo que le había dicho y cayó de rodillas y empezó a gemir como si el mundo se hubiese acabado y no quedase más chocolate.

—Oh, por favor, no me matéis... ¡No me matéis! ¡Soy demasiado joven para morir! ¡Todavía no he dado la vuelta al mundo, ni he montado en globo, ni he probado los nuevos Kisses de Hershey!

—Mira que eres exagerada.

El sonido de su voz confundió a los presentes, quienes no dudaron en girarse, listos para atacar mientras el hombre al que ella misma había seguido emergía de la tienda y se abalanzaba sobre ella. Solo tuvo tiempo a ver el brillo de algo metalizado dirigiéndose hacia su cuerpo antes de que un borrón de pelo negro la sobrepasara y se lanzase con las fauces abiertas sobre el desgraciado.

Al momento supo que el tirador apuntaría al lobo, pero este no pudo hacer más que emitir un grito y dejar que el arma se disparase errando en el tiro cuando otro lobo apareció por encima de los tejados y se lanzó a su yugular.

—Oh Dios...

Los gritos empezaron a confundirse con los gruñidos de los animales y el murmullo de los turistas que asistían atónitos a lo que pensaban era algún tipo de representación teatral en vivo.

—¿Están rodando alguna película?

—Será uno de esos espectáculos improvisados que están de moda, como aquel de la orquesta que vimos por la red.

El arma del tirador cayó entonces al suelo con un estruendo que la hizo incluso más consciente de lo que estaba pasando, mientras otro de sus perseguidores cambiaba delante de todos a su forma lupina para atacar a su contrincante.

—No... —Tanta rabia y salvajismo la estremeció, se obligó a cerrar los ojos y respirar profundamente pero el aroma a sangre empezaba a perfumar el aire.

—¡Nahara, sácala de aquí!

No tuvo tiempo de registrar de quién era la voz humana que oyó, ni quién la empujó a los brazos de su amiga, quién no dudó en tirar de ella hacia los atónitos espectadores que empezaron a aplaudir a su paso.

—¿Qué has hecho? —No pudo evitar que su voz se tiñese de reproche.

Los dedos de su compañera se cerraron con fuerza sobre su brazo y, por primera vez desde que la conocía, fue implacable en su respuesta.

—Llamar a la caballería —declaró con frialdad—. Se ha acabado, Denali, no más huir, no más estar a su merced. Es hora de volver a casa así que voy a llevarte con Velkan y me da igual que grites, patalees o decidas dejar de hablarme en lo que me queda de vida.

Parpadeó, no pudo hacer otra cosa.

—¿He sido clara, princesa?

Su voz también se endureció aunque sabía que no tenía motivos para hacerlo.

—Como el agua, Nahara, como el agua.

Antes de que pudiese añadir algo más, se soltó de su mano y se abrió paso entre los entusiastas humanos que aplaudían y no dejaban de preguntar cuando se estrenaría la obra. Volvió a hacer el mismo recorrido pero a la inversa hasta que su amiga la detuvo atravesándose delante en actitud protectora. Solo entonces se dio cuenta de que había ido caminando con la mirada puesta en el suelo y no había

reparado en la presencia de los dos enormes lobos en forma humana y en la mujer que les cortaban el paso a la entrada del callejón.

—¿Nahara Daratraz?

La aludida se tensó y adoptó una pose defensiva.

—¿Quién lo pregunta?

Uno de los hombres se llevó una mano al corazón e inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo.

—Radu Alexander, soy el alfa de Praga.

La tensión se suavizó un poco pero no bajó la guardia mientras deslizaba la mirada sobre el otro hombre. Eran como el día y la noche, luces y sombras en medio del caos que habían dejado a la espalda.

—Ya puedes relajarte, pequeña Daratraz, la princesa está ahora a salvo.

Su mirada se encontró entonces con la suya y, durante un brevísimo instante, creyó haber visto esos ojos con anterioridad.

—¿Nos hemos visto antes, señor?

El hombre esbozó una irónica sonrisa y ladeó la cabeza.

—Mijaíl será suficiente, jovencita y, me sorprende que me recuerdes cuando no eras más que un bebé.

Su mirada fue entonces hacia la menuda mujer, una curvilínea pelirroja con el rostro pálido y cálidos ojos azules. Había algo en ella que le procuró tranquilidad.

—Soy Judith, la compañera de Radu —se presentó con un acento propio del lugar—. Me alegra haber podido conducirlos a tiempo hasta vosotras.

Frunció el ceño ante el ambiguo comentario de la muchacha pero lo dejó pasar. Su mirada fue entonces hacia su compañero, el lobo alfa parecía mucho más serio que su congénere, su rostro era más adusto aunque no por ello menos atractivo.

—Bienvenida a Praga, alteza.

Antes de que pudiese responder a su bienvenida, notó una nueva presencia a su espalda y, a juzgar por la forma en la que se movió su guardiana, no fue la única. Frente a ellas estaba el hombre que la había empujado, uno cuyos ojos estaban fijos en su amiga y no en ella.

—Lamento la tardanza, *prietenã*, pero eres difícil de localizar.

Nahara empezó a temblar y, por primera vez en los últimos años, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Rumati.

El hombre se limitó a asentir y abrir los brazos para ella, quién no se lo pensó dos veces antes de refugiarse en ellos mientras estallaba en llanto.

—Sabía que eras tú, sabía que antes o después vendrías a por mí. —La escuchó musitar y apartó la mirada ante la intimidad que solo les correspondía a los compañeros recién reunidos—. Oh Dios, pensé... cuando encontré tu rastro y toda esa sangre... pensé... pensé que te había perdido.

—Eso nunca, *fata mea*^[7], eso nunca.

Se arriesgó a echar un fugaz vistazo, sintiéndose inexplicablemente sola y despojada de todo y se encontró con la mirada de él y un «gracias» formándose en sus labios antes de pronunciar en voz alta.

—Me alivia sobremanera veros bien, alteza. —La reconoció como lo que era—. Bienvenida a casa.

Apretó los labios y apartó la mirada mientras luchaba con las lágrimas, sus ojos se encontraron entonces con la de los otros dos hombres que asintieron en acuerdo con el lobo.

—Llévalas con el Voda, Rumati, yo tengo que hacerme cargo de lo de ahí dentro —pidió Radu antes de volverse a su compañera—. Ve con ellos. Me reuniré contigo tan pronto termine aquí.

Judith asintió.

—Ten cuidado.

Mijaíl chasqueó la lengua y siguió al hombre por el rabillo del ojo.

—Me ocuparé de que no destripe a nuestros compatriotas, aunque, pensándolo bien, no me importaría verlo pelearse con Arik. —Sacudió la cabeza y miró al lobo que seguía abrazando a Nahara—. Has recorrido un largo camino, lobo, ya es hora de que descanses de tu deber.

Con eso, caminó hacia ella y se la quedó mirando a los ojos durante unos segundos.

—Velkan te espera, Denali, nunca ha dejado de hacerlo —le dijo en voz baja, casi únicamente para sus oídos—. Tenlo presente cuando te encuentres con él.

El hombre se dio la vuelta y se alejó en la misma dirección que el alfa de Praga y no vio como las lágrimas empezaban a caer de sus ojos.

—¿Princesa?

Levantó la mirada y se encontró con la compasión y la comprensión en los ojos de la humana Judith, pero fue la expresión en los de Nahara la que hizo que se echase a llorar como una niña.

—Shh, ya está, Denali, ya está. —Escuchó el susurro de su amiga al oído y notó sus brazos envolviéndola—. Se ha acabado. Volvemos a casa.

CAPÍTULO 29

Si había alguien que conocía a la princesa como la palma de su mano era ella. Nahara sabía con aplastante seguridad que su amiga estaba al borde de un ataque de pánico. Su silencio no venía dado por la timidez, su nerviosismo mal disimulado no era expectación sino ansiedad y sabía perfectamente a qué se debía.

—Denali...

Su amiga traspasó las puertas de la habitación que le habían asignado sin decir una palabra, sin esperar o mirar hacia atrás. No quería estar allí, no quería que la molestasen, deseaba estar sola pero no era soledad lo que necesitaba ahora.

—Dena...

La falta de respuesta por su parte hizo que se detuviese en el umbral de la puerta con gesto vacilante.

—Ve con ella. —La voz de Rumati se coló en sus oídos, apenas un susurro. No tenía que girarse para saber que estaba allí, a escasos pasos de ella—. Te necesita. Solo confía en ti y tiene motivos más que suficientes para hacerlo.

Ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada de su compañero. Sabía que estaba herido, había vuelto a oler la sangre pero él no había dicho una sola palabra al respecto. Había sido un joven lobo de facciones árabes la que había confirmado sus sospechas al detenerle en la entrada y mencionar que sus heridas se habían abierto.

—Más de los que cualquiera pudiese pensar —musitó, hizo una mueca y lo miró—. ¿Vas a estar bien?

Le sonrió lentamente, con la calidez presente en sus ojos.

—Si he aguantado hasta ahora, no hay manera de que no lo haga unos minutos u horas más, especialmente sabiéndote bajo mi mismo techo.

Se sonrojó ante sus palabras pero asintió.

—Te veré en unos momentos.

Inclinó la cabeza a modo de aceptación y señaló el largo pasillo con un gesto.

—Estoy al final de ese largo e interminable pasillo —le informó y miró a Malik—. Te sigo, sanador.

El joven lobo se limitó a enarcar una ceja y echar a andar siempre vigilante de su paciente.

Solo cuando los perdió de vista al final del corredor, se dio la vuelta y entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—Estás teniendo una actitud de lo más infantil. —Fue directa al grano—. Se han jugado el cuello por nosotras, por ti, lo mínimo que podrías hacer es...

—Marcharme de aquí, alejarme lo más posible para que ese malnacido no me encuentre y no les haga daño a ninguno.

La respuesta fue pronunciada con tan desasosiego y ansiedad que no pudo

mantener el tono duro y de reprimenda. Denali estaba angustiada, lo transmitía su voz y su lenguaje corporal, ella no veía lo que significaba esa casa, no podía quitarse de encima esa eterna sensación que había tenido ella misma en más de una ocasión.

Habían estado huyendo demasiado tiempo, siempre alerta, durmiendo a breves intervalos y sobresaltándose con el menor ruido. Era como participar en el juego del gato y el ratón siendo siempre las presas.

—No puedo evitar pensar que esto es lo que él quiere —continuó sin dejar de pasearse de un lado a otro—, que es lo que siempre ha buscado. Me ha mantenido lejos de mi hogar, de mi gente... intentó ponerme en contra de mi propio compañero, me empujó a culparle, a sentir que cada una de sus palabras eran verdad y a odiarme todavía más a mí misma al descubrir que no era así, que nunca fue así. —Levantó la mirada y vio en sus ojos el dolor que habitaba en ellos—. Él me destruyó desde la cuna, Nahara, volvió a hacerlo cuando nos arrebató nuestro hogar, ¿quién puede asegurarme que no vendrá otra vez y se llevará lo único que me queda?

—Respira, vamos, respira. —Caminó hacia ella y la sujetó por los hombros—. Nadie va a quitarte a tu compañero, nadie se acercará a él ni a ti, ninguno de los hombres que has conocido hoy dejaría que os ocurriese algo a alguno de los dos. Por no mencionar, hermanita, que para llegar a ti primero tienen que vérselas conmigo.

—Y eso es algo que también me preocupa, no quiero que te hagan daño, especialmente no ahora que le has recuperado —aseguró con voz más calmada—. Pero no puedo evitar tener esta sensación de desasosiego. Sé que está planeando algo, se lo oí decir a ese lobo y el no saber que se trae entre manos me pone enferma. Ya ha matado antes, Naha, no quiero tener que ver como más gente inocente muere por mí.

—Descubriremos que es y le detendremos antes de que pueda hacer algo —le aseguró con toda la firmeza de la que era capaz—. Habla con Velkan sobre esto, cuéntaselo todo y deja que el príncipe te ayude.

La mención de su compañero la llevó a dar un paso atrás, luego otro, soltándose de sus manos y empezando a pasearse de nuevo.

—No puedo verle, Nahara, todavía no. —Negó con la cabeza haciendo volar su trenza de un lado a otro—. No... no lo he visto desde que era una niña, apenas tengo un vago recuerdo del chico que era y han pasado más de diecisiete años... ¿Y si no soy lo que espera? ¿Y si lo defraudo? Acabo de traer un maldito conflicto a sus puertas...

—Para, Denali, para. —La detuvo en el acto—. Respira profundamente.

—No puedo.

—Claro que puedes, solo coge aire y luego suéltalo. —Le frotó los brazos—. Respira lentamente, no causarás precisamente buena impresión si te caer redonda al suelo.

—No sé, podría ser una excusa endiabladamente buena para retrasar este... encuentro —replicó con un mohín, entonces sacudió la cabeza. Empezaba a recuperar ya el dominio sobre sí misma—. Y aquí estoy yo, quejándome de mi suerte cuando es

lo último que necesitas ahora mismo. Ve con tu compañero, has estado esperando demasiado tiempo y no voy a robarte un solo minuto más.

Sonrió ante sus palabras y pegó su frente a la de ella.

—Rumati no se irá a ningún lado y tú me necesitas ahora. —La abrazó, manteniéndolas a ambas juntas—. Lo que dije antes lo dije en serio, princesa, ya estamos en casa.

E iba a hacer hasta lo imposible porque sus palabras se hiciesen realidad, su pequeña loba merecía tener por fin un lugar dónde quedarse, dónde poder refugiarse y dejar de huir.

CAPÍTULO 30

Denali era incapaz de permanecer sentada y había perdido la cuenta de las veces que había recorrido aquella habitación de un lado a otro. Los amplios ventanales que dejaban entrar la luz hacían que tuviese unas irrefrenables ganas de abrirlos y salir por ellos, el problema era que no estaba segura de sobrevivir a la caída.

Estaba en tal estado de alteración que incluso su loba se paseaba de un lado a otro en su interior, aunque en su caso era de impaciencia. Nada más traspasar las puertas de aquella casa reconoció su aroma y este se hizo incluso más palpable en esta habitación, como si fuese un lugar en el que había pasado algo de tiempo.

Se apretó las manos y las retorció como llevaba haciéndolo los últimos minutos. Diez, para ser exactos, no demasiado tiempo como para volverse una loba psicótica pero los suficientes como para tener ganas de echarse a llorar una vez más o asomarse a la ventana y cometer la estupidez de intentar bajar por el balcón.

Todo en ella gritaba ante la necesidad de escapar, de huir de aquel encuentro con el que había fantaseado en la soledad de su cama y el cual ahora veía como una ineludible realidad y, al mismo tiempo deseaba salir por esa puerta y buscarle, decirle que le había añorado aún sin conocerle y que siempre había conservado la esperanza de reunirse con él.

Sí, se estaba convirtiendo en una auténtica perra bipolar.

—Ni siquiera sé que decirle —se encontró hablando sola—. No le he visto en...

—Diecisiete años y todo encuentro empieza sin duda con un hola.

Las palabras la golpearon al mismo tiempo que su presencia, su loba levantó de inmediato las orejas y empezó a mover la cola ansiosa, reconociéndole como lo que era, el hombre para el que había nacido. Se giró como un resorte y, por primera vez en mucho tiempo, se quedó sin habla.

El hombre que la miraba desde el vano de la puerta nada tenía que ver con el chiquillo que recordaba, aquel que le había regalado una marioneta a una niña de cuatro años. Sus ojos dorados estaban fijos en ella, había calidez en su mirada y también un profundo anhelo que la estremeció hasta la misma alma. Con el pelo negro ligeramente ondulado sobre los ojos dorados y las orejas, facciones juveniles y amables y un desenfadado atuendo compuesto de vaqueros, camiseta y americana, el príncipe de su raza imponía tanto como si llevase puesto un traje de batalla.

—Ho... hola... —Consiguió decir por fin y no pudo evitar sonrojarse ante la forma en que le tembló la voz—. Alteza.

Esos sexys labios se curvaron entonces en una perezosa sonrisa que le daba un aire de pilluelo y le devolvió la exploración que ella había hecho de él.

—Hola Denali. —Pronunció su nombre con ese acento rumano que hizo que se le pusiesen todos los pelos de punta y las piernas se le convirtiesen en gelatina. Sus ojos

volvieron a posarse en los suyos cuando terminó con su escrutinio—. No hace falta lo de alteza, a menos que quieras que te trate de igual modo, princesa.

Se sonrojó incluso más, algo que no le ocurría nunca. Se sentía torpe e incómoda en esos momentos, muy fuera de su elemento.

—No... no, yo... lo siento, es solo que... esto es...

Las palabras volvieron a atascarse en su garganta cuando vio que se movía hacia ella y se detenía a escasos pasos, respetando su espacio personal.

—Algo inesperado.

Asintió con la cabeza.

—¿Extraño?

Ladeó levemente la cabeza antes de asentir de nuevo.

—Sí.

Extendió la mano y no pudo evitar dar un paso atrás. Eso hizo que volviese a bajarla y ella se sintiese como una completa idiota.

—Lo siento. —Se disculpó de inmediato—. Me está costando... un poco... darme cuenta que estás aquí.

Lo vio llevarse las manos a los bolsillos haciendo que sus hombros se arqueasen ligeramente.

—No te disculpes —respondió él y negó con la cabeza—. Ha sido un descuido por mi parte. Es solo que... apenas sí puedo creer que estés aquí, delante de mí y seas... real.

Sus palabras se acercaban mucho a sus propias emociones.

—Prometo comportarme —concluyó con ese interesante y *sexy* tono—. Mantendré las manos en los bolsillos.

No pudo evitar sonreír ante la manera en que lo dijo y la mirada pícara que le dedicó. Su actitud despreocupada contribuyó a calmarla y hacerla sentirse menos torpe.

—Eso estaría bien para empezar —aceptó y miró de nuevo a su alrededor—, y no eres el único que tiene una extraña sensación de irrealidad en estos momentos.

—Es perfectamente comprensible —aceptó al tiempo que sacaba las manos de los bolsillo y la invitaba a acompañarle a la zona de estar de la habitación—, dadas las circunstancias que nos han traído hasta este momento.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Estás siendo condescendiente conmigo?

Su respuesta fue arrugar la nariz, un gesto que en él quedaba muy mono.

—No, no lo creo —negó y prosiguió—. Pero no he pasado por alto el hecho de que tanto Nahara como tú habéis sido perseguidas, asediadas y recientemente os han disparado... según he sido informado.

Um, ¿estaban pisando terreno peligroso? No conocía al hombre que tenía ante ella, no sabía cómo solía reaccionar, si era violento o por el contrario sosegado.

—Es algo que no hemos podido evitar y eso que hemos puesto todo de nuestra

parte para que así fuese —replicó en cambio—. No soy una niña indefensa o una damisela en apuros, si eso es lo que te preocupa, Voda, sé cuidarme y muy bien yo sola.

Sus labios volvieron a curvarse ligeramente, parecía genuinamente divertido.

—Puedo haberme hecho alguna que otra imagen de ti a lo largo de estos años, *prietenă*, pero créeme, palidecen ante la realidad que tengo delante.

Prietenă. Compañera en rumano. La estaba reconociendo como suya en su idioma natal.

—¿Y esa realidad te molesta?

Negó con la cabeza.

—En absoluto, Denali, la encuentro... interesante.

Extendió la mano a modo de invitación hacia uno de los asientos.

—¿Te sentarías conmigo unos minutos más? Presumo que estás deseando salir corriendo por esa puerta —dijo con gesto desenfadado pero más bien parecía estar burlándose de ella—, y asegurarte que tu guardiana está bien.

—Es mi hermana. —Lo corrigió, dejando claro lo que Nahara era para ella—. Puede que no lleve mi misma sangre, pero ha hecho por mí lo que nadie hizo.

Sus ojos se encontraron ante lo que sabía había sido un golpe bajo, un reproche hacia él.

—Y nadie le está más agradecido de ello que yo —aseguró con suavidad, como si estuviese midiendo sus palabras—. Te ha devuelto a mí cuando pensé que ya nada lo haría.

Bajó la mirada durante unos instantes, entonces volvió a encontrarse con él.

—No soy la princesa que esperabas, Velkan, lo sé.

Si le sorprendió su respuesta no dio muestras de ello, al contrario, no dudó en darle réplica.

—No, Denali, eres la loba por la que he estado esperando toda mi vida —aseguró con voz firme, sincera—, y seguiré esperando lo que haga falta ahora que sé que estás con vida y a salvo.

Sacudió la cabeza.

—Puedo estar todavía viva, pero, ¿a salvo? —Negó con la cabeza—. No, mi príncipe. No lo estoy. Y eso te pone a ti también en peligro.

—Deja que yo me preocupe por ambos, princesa, es mi trabajo y mi privilegio. —La sorprendió con un tono que evidenciaba que su lobo estaba cerca de la superficie—. Y el tuyo, por ahora, es descansar y dejar que te conozca.

Su petición la tomó por sorpresa.

—¿Quieres conocerme?

Ladeó la cabeza.

—¿Tú no?

Sí, curiosamente sí quería conocerle y el que le estuviese dando esa oportunidad decía mucho del hombre que tenía ante ella.

—Supongo que... sí —aceptó sin tenderle todavía esa mano. Se sentó en uno de los sillones y lo miró—. Después de todo, no es como si pudiésemos renunciar a lo que somos, ¿no?

Él se sentó frente a ella, a pesar de que había espacio de sobra en su sofá.

—Oh, no tengo la más mínima intención de renunciar a lo que es mío, *prietenã* —aseguró mirándola a los ojos—, especialmente ahora que voy descubriendo qué es lo que me ha enviado el destino.

Optó por no responder a esa abierta insinuación, cosa que no pareció importarle demasiado, ya que retomó la conversación con facilidad.

—Bueno, qué te parece si para ir conociéndonos un poco, me dices por qué estabas intentando bajar por el balcón cuando nadie ha cerrado tu puerta.

Parpadeó sorprendida por esa apreciación, entonces entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante.

—Me viste.

Velkan sonrió ligeramente, se cruzó de brazos y se puso cómodo.

—Y qué vistas, *prietenã*, qué vistas.

Su insinuación la llevó a sonrojarse y desear lanzarle algo a la cabeza. Si este era el hombre que el destino había decidido que fuese su compañero iba a tener serios problemas para controlarse con él.

CAPÍTULO 31

Había momentos como aquel en que las heridas dejaban de tener importancia, en que el haber estado al borde de la muerte no era más que un momento pasajero... todo quedaba atrás y en el olvido cuando la tenía a su lado, viva y la escuchaba respirar.

Rumati le apartó el pelo de la cara para ver su rostro apacible durante el sueño, una imagen que si bien había formulado infinidad de veces en su mente no tenía comparación con la realidad. Ahora que se sentía a salvo el cansancio acumulado en las últimas jornadas la había vencido, su necesidad de contacto era tan apabullante que se había negado a perderle de vista más tiempo que el necesario para asegurarse de que su protegida estuviese bien. Y esa necesidad no hacía otra cosa que alimentar la suya propia despertando en él un deseo que a duras penas podía apaciguar.

Se dedicó a contemplarla sin reservas, aprovechó su inconsciencia para poder verla como era ahora, una mujer, una loba adulta perfecta en todos los sentidos. Su pelo seguía poseyendo esas vetas rubias en medio del color castaño, sus ojos verdes conservaban la misma intensidad, era su rostro el que se había llenado, sus curvas las que se habían acentuado, incluso juraría que había crecido un par de centímetros al recordar cómo se había amoldado ese cuerpo al suyo cuando la abrazó después de tanto tiempo. Poco quedaba de la adolescente que recordaba, la muñequita que lo había vuelto loco de mil maneras, de la pícara inocente que lo había encandilado.

—Una transición que debería haber vivido contigo y sin embargo...

Intentó no pensar en ello, en todos los años que habían permanecido alejados, en los momentos en los que pensó que la había perdido para siempre cuando la verdad era que había sobrevivido a la prueba más dura de todas: mantener la promesa que le había hecho esa noche y proteger a aquella que debería haber protegido él.

Nadie estaba más orgulloso de la mujer en la que se había convertido que él, de la guerrera que había enfrentado el mismísimo infierno para sacar adelante la preciada compañera del príncipe y que había luchado por volver a su lado.

—Nahara.

Le acarició el pelo una vez más, disfrutando de su suavidad, impregnándose de su aroma, conociéndola otra vez. Ella se había presentado en su habitación cuando Malik terminaba de cambiarle los apósitos de las heridas que se habían abierto de nuevo, había llamado a la puerta como si esa fuese su casa y le había pedido con inusual timidez permiso para quedarse con él unos momentos.

«*No es necesario que finjas delante de mí*». Le había dicho ella sentándose en la cama mientras le daba la espalda y se abrochaba de nuevo la camisa. «*Aunque lejano, siento tu dolor y he visto con mis propios ojos las huellas de la pelea. No hay necesidad, no tienes que seguir protegiéndome como lo hacías cuando era una mocosa*».

«Supongo que deberemos acostumbrarnos al paso del tiempo, a que no somos las mismas personas que éramos y a conocernos por lo que somos ahora».

Ella había asentido y, tras un momento de vacilación, había levantado esos bonitos y limpios ojos verdes para hablarle de algo que todavía le hacía apretar los dientes.

«Deja que me acostumbre primero al hecho de que estás vivo, algo de lo que me privaron desde el primer momento».

Las palabras de Nahara habían sido una puerta a todo lo que vendría después. Un poco incómodos al principio y con mayor confianza a medida que pasaban las horas, fueron desgranando sus respectivos pasados. Por su boca conoció la fortuna que sufrieron dos niñas después del derrumbe del túnel, cómo logró salir de allí arrastrándose y tirando de una infante como era entonces Denali, cómo habían escapado junto a otro puñado de chiquillos solo para separarse de ellos ante la promesa de un *«te encontraré»*.

La culpabilidad y los remordimientos serían algo que no lo abandonarían en mucho tiempo, quizá nunca se desprendiese de ellos, pero haría hasta lo imposible para compensarle a esa dulce criatura por todo lo que había tenido que pasar.

«Cuando él nos encontró llevábamos dos días andando, escondiéndonos cada vez que pasaba alguien. De hecho, solo dio con nosotras porque yo ya no podía caminar más y Dena tenía hambre». Le había contado con voz tensa, dura, matizada por las emociones que habían generado todo lo sucedido después. *«Olía a lobo, o eso fue lo que llevó a mi loba a reconocerlo, pensé que no habría nada malo en pedirle un poco de agua o leche para la niña. Le pregunté por la aldea, necesitaba saber si había supervivientes, si tú estabas con vida y su respuesta fue tan categórica que, aunque me negué con todas mis fuerzas a creerlo, acabé por aceptarlo. Cuando te repiten una y otra vez que no te queda nadie, que tienes suerte de estar con vida y te ofrecen un techo y cuidados, ¿cómo no aceptarlos y agradecer que te den cobijo? Pero incluso las mejores mentiras salen algún día a la luz y las tuyas surgieron hace cuatro años destruyendo todo a nuestro paso».*

Cuatro años, habían estado huyendo, viajando de país en país, subsistiendo con lo que poco que tenían, trabajando cuando se les agotaban los recursos, siempre huyendo...

«Huir, esa era siempre la clave, la consigna por la que nos regíamos». Su voz había cambiado al llegar a ese punto del relato. *«Mantenernos ocultas, buscar el anonimato y huir de las grandes urbes... Jamás habríamos venido a Praga sino fuese por... ti. Yo, de alguna manera creo que sentí que eras tú quién me metía la idea en la cabeza».*

Había asentido en confirmación de sus sospechas.

«Lo intenté. Cuando les oí hablar a esos desgraciados de las dos mujeres que estaban siguiendo, supe que teníais que ser vosotras y que estabas cerca. Intenté que me escuchases, sí tú habías conseguido comunicarte conmigo como esa fatídica

noche... tenía que intentarlo, tenía que hacerte saber que iba a por ti».

No, su compañera no había tenido una vida fácil, había aprendido a sobrevivir por necesidad, había aprendido a disparar un arma para poder protegerse y proteger a su amiga, de alguna forma, le había sido robada su juventud para fortalecerla ante lo que estaba por venir.

—Um... —Se revolvió de nuevo, desperezándose, musitando alguna cosa antes de escuchar claramente su nombre—. ¿Rumati?

Incluso somnoliento su nombre sonaba erótico en esos rosados labios que lo incitaban con demasiada facilidad.

—Estoy aquí. —Se inclinó sobre ella, acariciándole la mejilla con los dedos.

Parpadeó hasta que consiguió enfocar y se quedó mirándole durante unos segundos, reconociéndose mutuamente.

—Temía que hubieses sido...

Le tapó los labios con un dedo y negó.

—Estoy aquí, Nahara, estoy aquí y no voy a perderte de nuevo de vista.

Una suave sonrisa curvó su boca.

—¿Puedo hacer yo lo mismo?

Correspondió a su gesto con uno propio y tono confidencial.

—Te ruego que lo hagas, compañera, no hace falta que me pidas permiso.

Ladeó la cabeza y ese bonito cuello lo llevó a tener pensamientos de lo más entretenidos, pensamientos que tuvo que obligarse a hacer a un lado.

—¿Nunca?

—En lo que nos atañe a los dos, no.

—Bien.

Para su sorpresa se incorporó y capturó sus labios en un beso tierno que le llegó al alma. Así era ella, bajo esa coraza de mujer independiente y guerrera seguía existiendo la suavidad y dulzura de una chiquilla, un tierno y dulce regalo.

—Ya veo que lo has entendido —comentó lamiéndose los labios, rememorando su tacto. Le acarició la mejilla y buscó de nuevo su mirada aunque le costaba no fijarse en esa deliciosa boca—. Pero solo para asegurarnos...

La besó con lentitud, probando sus labios antes de envolverla en su abrazo y trasladarla del colchón a su regazo, solo entonces se permitió besarla cómo debía, como el compañero que era. Probó su boca, la persuadió de abrir los labios e incursionó en su interior degustando el sabor en su lengua y la blandura de su cuerpo contra el suyo. No reuló, no le empujó, por el contrario, le devolvió el beso con el mismo ardor que ya le quemaba las venas pero no se aprovecharía así de ella, no era el momento, cuando la reclamase por completo como su compañera, lo haría de modo que nunca pudiese olvidarlo. Se lo debía, le debía toda una vida a esa mujer.

—Eres mi vida, Nahara, ahora y siempre.

Apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos degustando el momento de camaradería y unión que le había sido arrebatado a ambos durante tanto tiempo.

—Y tú la mía, Rumati, tú siempre has sido la mía.

El silencio se instaló entre ellos, cómodo, cálido, un momento íntimo solo para los dos, una forma más de permitir a dos compañeros largo tiempo separados volver a encontrarse.

CAPÍTULO 32

La noche había caído una vez más sobre la ciudad de Praga, Judith podía ver las luces que se encendían a lo largo de la ciudad desde la ventana y no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido en las últimas horas.

Estaba agotada, física y anímicamente, su alma gritaba continuamente y solo encontraba solaz en la silenciosa presencia que permanecía inalterable junto a ella.

—¿Cómo logras mantenerte cuerdo en medio de toda esta vorágine? ¿Cómo logra alguien no caer en la desesperación?

Sacudió la cabeza sin esperar respuesta. Radu estaba justo a su lado, apoyado en el alfeizar de la ventana, mirándola y contemplando también la ciudad a sus pies.

—Tantos años, tanto dolor, tanta pena... Han pasado por un infierno, de un modo u otro, los cuatro han paseado por la vida dejándose en el camino parte de sus almas —murmuró y sacudió la cabeza lamentándose por ello—. Tanto tiempo separados cuando deberían estar juntos... y todo por la inusitada rabia de alguien que habita en las sombras y envía a otros a hacer el trabajo sucio.

Se estremeció, paseó la mirada por la nocturna ciudad y sacudió la cabeza.

—Él está ahí fuera, Radu —aseguró, con cada segundo que pasaba estaba más segura de ello, la tierra gritaba por la maldad que paseaba sobre ella—, y sea lo que sea que se trae entre manos no es nada bueno.

—Le encontraremos, *pelirroja*, le encontraremos y haremos hasta lo imposible por detenerle.

Se giró hacia él y suspiró.

—Hasta hace unos días, todo en lo que podía pensar era en hacer mi trabajo y no parecer un bicho extraño para los demás...

Extendió la mano y le rozó la mejilla con los nudillos.

—Tú no eres ningún bicho extraño.

Enarcó una ceja.

—No soy precisamente normal.

—Eres lo que eres, Judith, no hay nada malo en ti, te lo dice alguien que tiene una mascota peluda propia.

Sacudió la cabeza y se lo quedó mirando preguntándose tantas y tantas cosas.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Seguir adelante a pesar de todo lo que te ha hecho la vida. —Que siguiese en pie a pesar de todo lo que había pasado era admirable—. Después de todo lo que te ha quitado...

—Porque antes o después el tren tiene que detenerse y, si tienes suerte, como ha sido mi caso, la vida te tiene preparada una segunda oportunidad.

Se acercó a ella y le acunó el rostro entre las manos.

—Si me hubiese rendido, si hubiese bajado los brazos, no te habría conocido y tú seguirías estando sola —aseguró mirándola a los ojos—. Y esa idea es incluso más dolorosa que cualquier batalla en la que tenga que intervenir. Soy un lobo, un alfa, el único responsable de las regiones checas y austríacas, soy súbdito de mi príncipe y siempre honrará su nombre... —Le acarició las mejillas con los callosos pulgares—. Pero también soy tu compañero, un lobo que tiene una segunda oportunidad junto a una magnífica mujer y no pienso desperdiciarla. Mi deber es también para contigo, eres mi primera prioridad, Judith y lo serás siempre.

Lo miró sin saber qué decir, sin saber cómo reaccionar a esa declaración y deseando al mismo tiempo poder hacerlo.

—Pareces tan seguro de todo y yo... —negó con la cabeza—. Hay cosas que nunca he sabido decir o expresar, Radu.

—¿Cómo cuáles?

Se libró lentamente de sus manos y lo miró a los ojos.

—Te quiero —respondió con tristeza—. Sé lo que somos juntos, sé que formas parte de mí, que mi alma siempre te ha estado esperando pero, ¿es eso amor?

—Yo a eso le llamo destino.

—Entonces, ¿qué sería el amor?

—Algo que tendremos que descubrir juntos.

—¿Podremos hacerlo?

—Como bien has dicho, somos uno, tú me complementas como yo te complemento a ti. —Le acunó de nuevo la mejilla y no pudo evitar girar el rostro contra su palma para recibir su calor—. ¿Siento cariño por ti? Sí, por supuesto. ¿Te deseo? Creo que no he dejado duda alguna de ello, ¿te amo? Siendo sincero conmigo mismo, es posible que todavía no, no de la manera en que un lobo ama a su compañera. Pero hay algo que sí sé, Judith, y es que cada día que despierto a tu lado doy gracias por tenerte, cada sonrisa que curva tus labios, me hace querer sonreír, cada vez que te siento en mi mente, calmas mi espíritu. No esperaba volver a tener una compañera, no me creía merecedor de tal regalo, pero ahora que te tengo sé que nunca podría dejarte ir.

Se lamió los labios y preguntó con timidez.

—¿Estás seguro de que eso no es amor?

Sonrió con esa tranquilidad suya que la calmaba y encendía al mismo tiempo.

—Si es lo que necesitas, puede serlo.

Lo que ella necesitaba...

—Lo necesito, por encima de todo y de todos, es a ti.

—A mí ya me tienes, pelirroja, me tendrás hasta mi último aliento —aseguró sin dejar de mirarla.

—Creo que puedo conformarme con eso —murmuró agradecida por haberle encontrado.

Dejó que su mano resbalase hasta su barbilla y, tras alzársela, la besó en los labios.

No, podía ser que ninguno de los dos supiese sobre el amor, pero sin duda lo descubrirían juntos.

—¿Puedo pedirte algo más, compañero?

—Lo que desees, pelirroja.

—Echa el cerrojo a la puerta. —Eché un vistazo en esa dirección—. Aunque solo sea durante unas horas, deseo encontrar la calma que solo hayo en tus brazos.

Sonrió de esa manera preciosa que hacía que se le acelerara el corazón y cumplió con su petición.

—Puerta cerrada —anunció, la rodeó por la cintura y la apretó contra su cuerpo—. Ahora, veamos si puedo contribuir a que encuentres una vez más esa... calma.

Lo haría, no le cabía la menor duda, ese lobo era uno que siempre cumplía sus promesas.

EPÍLOGO

Todo duelo lleva consigo un proceso, un periodo de adaptación, a unos puede llevarles meses a otros años, pero al final la meta era la misma, arrancar el dolor enraizado en el alma y que ennegrecía el corazón. Los había que acudían a terapia, que se dedicaban a rezar, él prefería con mucho la venganza.

La paciencia era así mismo una virtud, no precipitarse, dar pasos medidos, controlar cada segundo, cada movimiento en ese estudiado tablero de ajedrez y mover las piezas con suma inteligencia. Qué importancia tenía perder algunos peones cuando podías dar jaque al Rey, cuando habías tenido en tu poder a la reina tanto tiempo que ya era más tuya que de él.

Sí, el momento de hacer el movimiento final se acercaba, pero no había necesidad de precipitarse, los conejos podían haber conseguido escapar de nuevo del incendio de su madriguera pero no podrían huir eternamente.

—Déjalos que corran, que golpeen la tierra con sus patas y se crean a salvo entre los matorrales mientras los acechan los lobos.

Eso los mantendría alerta, en continuo movimiento, conducidos hacia donde él quería, hacia la muerte.

Dejó que sus labios se curvaran en una satisfecha sonrisa, a través del cristal de la ventana que devolvía su reflejo veía la ciudad a sus pies, aquel era el lugar elegido para el movimiento final.

Volvió a mirar la mesa sobre la que estaban las herramientas para su plan, todo perfectamente estudiado y listo para ser ejecutado.

El mal del género humano era la confianza. Siempre confiados, bajaban la guardia en cuanto obtenían lo que querían y se olvidaban de que el diablo podía seguir acechando en cualquier esquina. Con algunos lobos pasaba igual, era una debilidad inherente a su raza, una que pensaba erradicar muy pronto como un cáncer de raíz. Y empezaría con él, el único culpable de toda una vida de tortura y desesperación.

—La venganza es un plato que se sirve frío.

Y él la serviría a temperaturas bajo cero.

Notas

[1] Parque Nacional de la Baja Tatra. <<

[2] «Compañera» en checo. <<

[3] «Bruja» en checo. <<

[4] «Pelirroja» en checo. <<

[5] «Hijo de puta» en eslovaco. <<

[6] «Carnicero» en checo. <<

[7] «Mi niña» en rumano. <<